

12. CULTURAS FEMENINAS EN AMERICA

Están muy extendidas en las tres Américas (Norte, Centro, Sur) y en las Antillas, las sociedades indígenas que se rigen por el derecho materno y muestran, además, una completa identidad de rasgos culturales básicos con la cultura registrada en el tercer ciclo étnico (Tercera Edad) del *Popol-Vuh*.

En el curso del presente estudio se presenta una serie de monografías de esas sociedades femeninas, investigadas por mí, en contacto directo con ellas.

La mayoría de los pueblos del sureste de Norteamérica vivía bajo un régimen de clanes matrilineales.

LOS IROQUESES

Aunque la cultura iroquesa no es la más representativa de las del Sureste, sin embargo, enfoqué mi atención en ella, por considerar que conserva en muchos aspectos sus tradicionales formas de vida y que, entre los sobrevivientes actuales de las culturas orientales de Norteamérica, los iroqueses son los más numerosos.

Su estructura social, política y económica es similar a las de la gran familia muscogi del Sureste.

John R. Swanton nos dice que la tribu más numerosa del Sureste era la de los cherokees que hablaban una lengua iroquesa muy modificada. Los tuscaroras eran la tribu dominante al este de Carolina del Norte y dos grupos menores iroqueses, los nottoway y los meherrin, eran importantes en la historia aborígen de Virginia¹⁴.

¹⁴ John R. Swanton, «The Indians of the Southeastern United States», *Bulletin* 137 Smithsonian Inst. Washington, 1946, pág. 241.

En sus movimientos de expansión hacia el Norte, los iroqueses llegaron hasta el límite septentrional de la agricultura americana, en la región del río San Lorenzo y de los Grandes Lagos, al sur del Canadá y al norte de los Estados Unidos, donde aclimataron maíz, frijoles y calabaza, que llaman las tres hermanas.

La cultura iroquesa parece relacionarse directamente con el horizonte arqueológico denominado Hopewell, continuación de Adena o *Early Woodland*, aunque recibe también influencias del período Mississipi tardío.

Tal filiación parece evidenciarse por el sistema de entierros en pequeños montículos de forma cónica, que datan del nivel Adena y continúa en la cultura arqueológica iroquesa.

Griffin sugiere que la cerámica iroquesa tiene sus orígenes en Ohio-Hopewell, cultura difundida al este hasta New York. La alfarería típica iroquesa con su cuerpo globular y cuello netamente separado, adornada con incisiones e impresiones punteadas, es semejante a la alfarería de Hopewell.

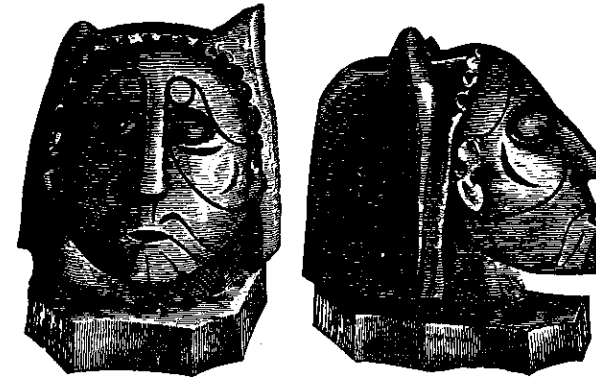
Además los iroqueses conservaron, hasta los albores del siglo XVIII, formas y técnicas decorativas de cerámicas similares a las de Hopewell, así como pipas escultóricas de excelente factura y extraordinaria variedad, características de la cultura *Woodland* en sus distintos niveles. Mostraban especial predilección por el tipo de pipa cuya cazoleta representa una cabeza humana. Dice G. P. Murdock que las pipas iroquesas son, sin duda, las pipas aborígenes más bellas en todo el territorio situado al norte de México¹⁵.

He podido comprobar la exactitud de las observaciones de Murdock, en el curso de una de mis expediciones a Cuaughnawaga, de donde traje un magnífico ejemplar de pipa escultórica de madera, como puede verse en la gráfica 3.

Este objeto, fabricado en la actualidad conforme a los cánones tradicionales, pone de manifiesto la destreza del artista en el dominio de la escultura en madera.

Además de su habilidad para tallar la madera, he podido apreciar en museos norteamericanos, entre otros, el de Historia Natural de New York, bellos ejemplares de pipas iroquesas de piedra ostentando el motivo de cabeza humana o figuras de aves y de animales. Tales correlaciones etno-arqueológicas revelan la vigencia de tradiciones artísticas que se remontan a un pasado muy lejano.

¹⁵ George Peter Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, 1945, página 257.



Se ilustra, a continuación, una pipa de la época arqueológica, con cabeza humana, encontrada en Mound City. El rostro es tatuado; en la pipa iroquesa, la cara es pintada con líneas rojas y ocre¹⁶.

Testimonios del carácter femenino de la cultura Hopewell son las numerosas estatuillas de maternidades y mujeres en diversas posturas, que revelan

una condición ideológica de sacralidad femenina. Tales condiciones son vigentes en la organización social de los iroqueses, que viven todavía bajo un sistema de clanes matrilineales, y rinden culto preferente a deidades femeninas. El matrilinealismo iroqués, como el de las culturas del Sureste, es consubstancial a esas culturas.

La cultura agrícola del Sureste no es autóctona en esa región. Viene del exterior, con sus plantas exóticas tropicales, sus elementos propios y su espiritualidad correspondiente.

Lejos de desarrollarse, a partir de un substratum cazador norteamericano, como lo quieren algunos arqueólogos, las culturas agrícolas del Sureste influenciaron a los cazadores-recolectores que habitaban el país muchos siglos antes de que éste fuera invadido por los pueblos agricultores.

Tal proceso de aculturación de los cazadores por agricultores, en el área *Woodland*, es notorio durante el período protohistórico e histórico. Los iroqueses invaden, desde el Sur, la zona boscosa subártica. Recuerdan, según sus tradiciones, que remontan el río Ohio hacia los Grandes Lagos.

En su movimiento de expansión hacia el Noreste, aislaron grupos de algonquinos de la costa Atlántica, perdiendo éstos parte de su territorio.

Según sus propias tradiciones, los naskapis, tribu algonquina que ocupaba el área del noreste, habían sido empujados hacia esa región en tiempos remotos. Los algonquinos habían penetrado profundamente hacia el Sur donde habían chocado con los muscogis que lograron frenar su expansión y aun desplazarlos.

¹⁶ Reproducción de un grabado de la obra del marqués de Nadaillac, *L'Amérique Préhistorique*, París, 1883, pág. 165).

En sus anales pictográficos llamados *Walan Olum*, los algonquinos establecen su procedencia de un país «frío y nevado» que Kaj Birket Smith sitúa entre el lago Winnipeg y la bahía de Hudson. Al extenderse hacia el Sur, ocuparon la región de los Grandes Lagos, desde el Mississippi hasta el Atlántico.

Al contacto de los iroqueses, los algonquinos adoptaron el cultivo del maíz y se iniciaron en el arte de la cerámica. Pero los más alejados de grupos agricultores ignoran la cerámica y el cultivo. Conservan su *status* de cazador.

Según Howard Deer, uno de mis informantes, los delaware fueron aculturados por los iroqueses, antepasados del que habla. La superioridad intelectual de los hurones sobre sus vecinos algonquinos es mencionada a menudo por los primeros misioneros franceses. La atribuyen a su fuerte organización política y social.

En tiempos históricos recientes, los iroqueses seguían extendiendo su influencia sobre los montagnais.

Leemos en el interesante *Manuel des Indiens du Canada* que los montagnais eran buenos y pacíficos, poco belicosos y aun tímidos. Contrariamente a las tribus iroquesas, sedentarias y agrícolas, que no buscaban en la caza sino una pequeña parte de su subsistencia, los montagnais eran básicamente cazadores; perseguían al caribú en el Norte y al elán en el Sur. Nómadas, incapaces de renunciar a la libertad de la vida de los bosques y de congregarse en aldeas, eran honrados, hospitalarios y de buenas disposiciones para con sus semejantes. Era difícil que resistieran a sus belicosos vecinos, famosos, además, por su habilidad en el arte de la fortificación.

Al contacto con los iroqueses, los algonquinos adoptaron su organización de clanes matrilineales, así como sus costumbres económicas, religiosas y buena parte de su cultura material.

Un estudio comparativo de la religión, mitología, ritos y creencias hace resaltar las desviaciones que ocurren en la reinterpretación por los algonquinos de la cultura espiritual de los iroqueses. Dice Hartley Burr Alexander, al respecto, que, si se comparan las mitologías de las tribus algonquinas e iroquesas, las primeras resultan «nebulosas y confusas»¹⁷.

El mismo fenómeno se proyecta a la cultura material. En el Museo de Historia Natural de New York, se ven ejemplares de alfarería algonquina que tratan de imitar las formas y decoraciones de la iroquesa.

No fue sino parcial la adopción de la cultura iroquesa por los algonquinos. W. Krickeberg hace notar que los algonquinos costeros permanecieron a un nivel bastante bajo¹⁸.

A la luz de los informes objetivos de la arqueología, complementados

¹⁷ Hartley Burr Alexander, *The Mythology of all Races*, New York Cooper Square Pub., 1964, vol. 10.

¹⁸ Walter Krickeberg, *Etnología de América*, México, 1946.

por los datos de las crónicas y de la etnografía, puede inferirse lo que ocurrió en un remoto pasado cuando los agricultores invadieron los territorios del Este ocupados por cazadores primitivos o «arcaicos».

Se repite en el noreste y el sureste de Norteamérica el fenómeno ya notado en el Paleolítico de desplazamientos de culturas inferiores por culturas superiores.

Con los iroqueses

Los iroqueses se llaman a sí mismos *On ke-on we*, «Los Verdaderos Hombres», calificativo que recuerda el de *Halach Winik*, o «Verdadero Hombre», título de nobleza de los jefes mayas, representantes del dios solar que es «El Gran Verdadero Hombre», según el *Chilam Balam* de Chumayel.

Según el *Manuel des Indiens du Canada*, los iroqueses se autodenominan también: *Iri akhoiw*, que significa «verdaderas serpientes», nombre que nos remite de nuevo a los mayas que se autodenominan *Chan* = Serpiente.

Cuando visité por primera vez en 1952 las reservas iroquesas de Brantford (Ontario) y Cuaughnawaga (Quebec), quedé sorprendido al comprobar la supervivencia de patrones básicos de la cultura ancestral. Esos grupos viven en continuidad con su pasado. Pese a la influencia del blanco, a las contingencias históricas y a las vicisitudes que han sufrido desde la Conquista, conservan con admirable persistencia sus modos de vida, formas políticas, económicas, religiosas, sociales, mitos, ritos, ceremonias y símbolos que nos remiten a un lejano pasado.

No sólo sobreviven rasgos culturales muy antiguos, de los que la investigación no ha dicho todo, sino también y con gran vitalidad, la lengua ancestral que los miembros del clan imponen a quienes conviven con ellos. He tenido la oportunidad de escuchar un sermón predicado en mohawak y una misa cantada en la misma lengua por un coro indígena en la iglesia de Cuaughnawaga. Esta población, de unas tres mil almas, es mestiza en su mayoría, pero todos hablan el mohawak en casa.

Además de su lengua conservan algunos rasgos de su escritura pictográfica, como puede apreciarse en el documento que se ilustra en página 613 y sig. Contiene el mensaje de despedida del jefe Poking Fire. Las palabras fueron escritas rápidamente, sin titubeos. Traducidas al español las figuras dicen lo siguiente: «En nombre del Gran Espíritu (estilización de la figura solar), deseo a usted feliz viaje, ya sea en la tierra (wigwam), en el mar (hombre remando en una canoa sobre las olas del mar) o en el aire (estrellas y sol); larga vida con buena salud. Que el mensajero del Gran Espíritu (ave del Trueno) le guíe y le proteja en todas partes y le defienda de los seres malignos» (última figura a la izquierda). Termina la oración con un ave que tiene un dibujo semicircular

en la espalda y que según mi informante constituye el emblema de las seis naciones que formaban la confederación iroquesa.

Curiosa es la explicación que da Poking Fire acerca del origen de su nombre que, en mohawak se dice: *Ra-tsen-ha-ré-sé-ros* = el jefe que atiza el fuego.

Al nacer una criatura, se fijan en algún detalle conmemorativo del acontecimiento del que depende el nombre del niño. Cuando nació Poking Fire, su padre estaba atizando el fuego del fogón. De ahí el origen de su nombre.

Los iroqueses tenían elementos para crear una escritura pictográfica. Escribían pequeños dibujos sobre corteza de álamo blanco para contar sus acontecimientos. Los diseños de La Hontan, reproducidos en *La Vie quotidienne des Indiens du Canada*, muestran que los iroqueses trazaban dibujos utilizando figuras humanas, de animales, astros, casas, canoas, pipas, etc., elementos que figuran en las gráficas de Poking Fire.

Importa resaltar que en el citado memorial cada unidad cuenta por diez. Aparecen, por ejemplo, 18 signos correspondientes a «hombres»; son, por lo tanto, ciento ochenta hombres. Lo expuesto destaca el valor del sistema decimal entre los iroqueses.

Todos mis informantes manifiestan que Dios inventó la escritura.

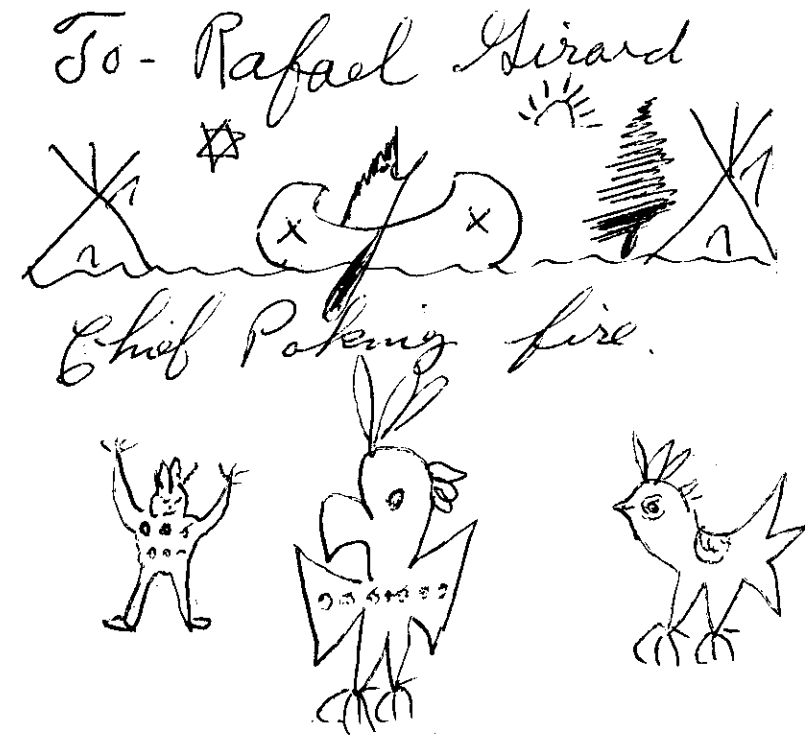
Cuando volví a Cuaughnawaga¹⁹ en 1968, pedí nuevamente a Poking Fire, que por entonces tenía setenta y dos años, me diese un mensaje. Dibujó rápidamente una fórmula semejante a la que había trazado dieciséis años antes, con leves diferencias. Agregó un oso cerca del primer wigwam, que corresponde a su aldea, para significar que su esposa pertenece al clan del Oso, animal protector de la aldea que habita el jefe. El mismo pertenece al clan del «Calumet de Paz», que abandonó para radicarse en la comunidad de su esposa, de acuerdo con la regla de residencia matrilocal. La añadidura del oso en el segundo mensaje prueba la vitalidad del lenguaje pictórico que se actualiza aún.

Pedí informes acerca de algunas figuras, la del sol, por ejemplo, por tratarse de un signo importante de la iconografía indígena. Creyendo que yo dudaba de sus explicaciones, me manifestó enfáticamente que se trata en realidad del sol «que se levanta en la mañana y se interna bajo la tierra en la noche». Con esta definición revela una particularidad de la cosmogonía iroquesa que, como la maya, parte del mismo concepto geocéntrico y de un cosmos tridimensional.

El mensaje de Poking Fire ofrece claras reminiscencias de antiguas pictografías y símbolos que persisten en adornos de la indumentaria indígena.

Llama mi atención la repetición del motivo asociado al ave del Trueno. Siete elementos en ambas figuras; una fila de seis circulitos

¹⁹ Cuaughnawaga significa «donde hay rápidos». Fue fundado en el siglo XVII con refugiados de varios grupos iroqueses.



Mensaje de Poking Fire en 1952.

con una cruz en el centro, en el primer mensaje; una fila de seis rayas, con una cruz en el centro, en el otro. Esos elementos son invariables, porque identifican a un numeral sagrado, el 7, que corresponde al ave del Trueno, *alter ego* o mensajero del dios de la Tempestad, que es un dios-Siete para los iroqueses, como para los mayas es personificado por los Siete *Ahpú* del *Popol-Vuh*. En cambio, la figura del ente maligno sólo tiene seis signos. En el segundo mensaje hay más árboles que en el primero. Arbol y wigwam están juntos.

La manera de expresar gráficamente al clan, la aldea o la casa por un wigwam es conocida desde la época precolombina y se objetiva, en la actualidad, en diversas prendas iroquesas. Esta expresión pictográfica se «lee», por ejemplo, sobre el brazalete que ofrece el novio a su prometida en señal de compromiso matrimonial; un *wampum* en miniatura que dice: «de tu casa, o de tu clan, a mi casa, o mi clan», como puede apreciarse en la gráfica 4. Entre ambos wigwam hay un Ave del Trueno con las alas desplegadas en señal de protección a los futuros cónyuges. En el cierre, un ideograma cósmico (cruz y aspa dentro de un cuadrante)



Mensaje de
Poking Fire
en 1968.

omnipresente en el arte y la mente del iroqués. No difiere del ideograma cósmico de los mayas y de otros pueblos agricultores del continente.

Al igual que en la teología maya, el ave del Trueno o de la tempestad de los iroqueses es el mensajero o *alter ego* del gran dios de la Tempestad. Tiene su correspondencia en el *Voc* o *Vac*, mensajero de *Huracán* según el *Popol-Vuh*.

Los chortis consideran al Ave del Trueno como un dios portador de la abundancia, proveedor de salud y protector de la humanidad. «Hace abundar las cosechas, los hijos, el ganado..., es muy bondadoso». Es decir, que tiene las cualidades del dios de la fertilidad.

Asimismo, los iroqueses consideran que el Ave del Trueno tiene idénticas cualidades y usan su imagen a guisa de amuleto. Representa el poder y la bondad del alto dios, protector de la humanidad, proveedor de la salud, prosperidad y buena suerte; defiende, además, al hombre contra las asechanzas del mal. Poking Fire —cito sus palabras— me ha colocado bajo su guardia y protección.

Pero ¿por qué dos aves, una grande y una pequeña?

A esta pregunta me responde la esposa del jefe, gran conocedora de la tradición: «Las dos aves andan siempre juntas, pues sus funciones son complementarias. El ave menor es un auxiliar de la mayor. La grande va adelante; la pequeña, detrás de aquélla, escruta el espacio para dar

cuenta a la mayor de todo lo que observa y ponerla en guardia contra cualquier peligro. Es un desdoblamiento de la mayor y representa a otras aves que son las que rigen el mundo». Con sus grandes alas abiertas, el ave mayor ampara a la humanidad. Y así figura, con las alas desplegadas, en prendas masculinas y femeninas, a guisa de talismán. Lo luce sobre la frente la esposa del jefe (gráficas 5 y 10). Otro jefe de la casa larga, Howard Deer, lo lleva de adorno en el cuello a manera de corbata. La figura del ave sagrada es omnipresente en collares, brazaletes, bandas frontales, etc., como puede apreciarse en las gráficas pertinentes. Figura en todos los collares que he visto. En algunos de ellos las dos aves están representadas en una sola figura, la más pequeña incorporada dentro de la grande (gráfica 9). Ambas están ejecutadas de la misma manera, diferenciándose solamente por sus dimensiones.

Esta composición artística de englobar una figura divina dentro de otra mayor, puede compararse al estilo peculiar de los mayas de incorporar una o varias entidades divinas en una mayor, expresivo de las mismas concepciones socio-religiosas. La portada del templo que corona la pirámide de El Adivino (Uxmal), por ejemplo, está formada por una gigantesca cabeza de *Chac*, configurada por figuras más pequeñas de dicha deidad. Objetiva magistralmente la concepción teológica de un gran Dios que se desdobra en otros dioses que son sus auxiliares y, al mismo tiempo, el concepto teogónico social de pluralidad dentro de la unidad. El grado jerárquico respectivo se expresa en las dimensiones de las figuras. Tal paralelismo se extiende a las funciones de las aves de la tempestad, equivalentes de los *chac*, que son entidades pluvíferas, tanto en la teología iroquesa como en la maya.

La frecuencia de las representaciones ornitomorfas en prendas de vestir, adornos, collares, brazaletes, canastas, bordados, casas, pipas y objetos de culto, sugiere que se trata de un emblema nacional. El ave del Trueno era, en efecto, el símbolo de la extinta liga iroquesa, como lo recuerda Poking Fire.

Asociados a las figuras ornitomorfas se ven diseños de cruces, cruces decusatas o aspas, rombos, filas de rombos, rombos con una cruz en el centro, brichos, cruz doble con una crucecita en el centro, triángulos escalonados, diagramas cósmicos rematados en cuatro ganchos que miran en direcciones opuestas y otros símbolos conocidos de los iroqueses, como de los mayas, porque expresan las mismas concepciones cósmicas, desde la época arqueológica hasta el presente. En cambio las figuras de pipas y wigwam son típicamente iroqueses, desde la época precolombina hasta la fecha.

Pregunto a una de las vendedoras indígenas de dónde proceden esos motivos geométricos, de carácter panamericano, expresando mis dudas respecto a su originalidad iroquesa. Ella me contesta: «Conocemos

esos dibujos. Nadie nos dice cómo deben diseñarse. Los tenemos aquí en la cabeza —y diciendo esto se da unas palmaditas en la frente—. Todas esas figuras son nuestras y las hacemos tal como lo hicieron nuestros abuelos.»

Pero aún no se ha agotado el tema del ave sagrada.

En la danza iroquesa del Águila participan siete actores con disfraz de esa ave. Uno de ellos personifica al águila mayor y otro, un jovencito, al ave pequeña. Este binomio, que se proyecta en la figura del águila doble, es omnipresente en la iconografía iroquesa (gráfica 9).

En el mensaje de Poking Fire, siete elementos identifican el rango del ave del Trueno, tres en fila, a cada lado de una cruz, que ocupa el centro. Tal ordenamiento, que se ajusta a normas estrictas de la cosmoteogonía indígena, se repite en objetos sagrados antiguos, por ejemplo, en el *wampum* del Museo Parroquial de Cuaughnawaga, que se ilustra en la gráfica 7. Al igual que los signos diseñados por Poking Fire, encontramos aquí dos filas de tres elementos, grecas en este caso, simétricamente dispuestas a ambos lados de una cruz.

Tres y Siete son números sagrados de los iroqueses. A este respecto, la esposa de Poking Fire, que habla correctamente el francés y se llama: *Ka we na ro roks* = «La que junta las palabras», me informa que las entidades divinas se manifiestan siempre por números impares.

Tenemos aquí otro paralelo con la teología maya. Sus dioses principales, que son, a la vez, numerales, son siempre impares (1, 3, 5, 7, 9, 13) y los días impares del calendario son siempre días favorables²⁰.

¡Cuántas enseñanzas resultan del escueto mensaje de Poking Fire! No sólo en lo que se refiere a la supervivencia de una antigua escritura pictográfica, sino también por los paralelismos establecidos entre la religiosidad y el arte iroqueses y mayas.

La sacralidad del Ave del Trueno, idealizada en la figura del águila, rey de las aves, explica el valor mágico-religioso de las plumas de esta rapaz. La pluma, en sí, es un objeto sagrado cargado de poder mágico. Teñida en rojo, con savia de sangre de drago, protege al maíz contra los seres malignos. Los iroqueses consideran que, sin la presencia de las plumas consagradas, no habría buenas cosechas.

Al igual que los mayas y los selvícolas los iroqueses asimilan las plumas del ave sagrada a los rayos mágicos del sol. En todo el área del Sureste, como en las Praderas, los jefes que se consideran representantes o personificaciones de la deidad solar usan un tocado de plumas de águila, de forma variable.

En la reserva de Grand River, el jefe de una comunidad cayuga,

²⁰ R. Girard, *Los Chortis ante el problema maya*, tomo III, pág. 964.

Deskaheh, que me fue presentado por Martha Champion Randle, conserva y luce ese tradicional tocado de la raza (gráfica 2).

Consiste en una mata de pelos de puerco espín, con una gran pluma de águila colocada verticalmente en el centro y montada sobre un armazón de madera. Según referencia del citado jefe, que fue uno de mis mejores informantes, éste era el tocado tradicional de los cayugas. Dada la antigua costumbre iroquesa de cortarse el pelo al rape, la pluma y los pelos surgen de la cabeza, como si fueran la propia cabellera del individuo.

Según Howard Deer, jefe iroqués residente en Cuaughnawaga, que trata de revivir las tradiciones antiguas bajo el patronato del *Cuaughnawaga Council*, el tocado de los mohawak consistía en un gorro coronado de tres plumas de águila que flotaban al viento. Lo conservan como una reliquia, se llama *gustowe*.

Esta prenda de tres plumas es similar a la que corona la cabeza del ave del trueno diseñada por Poking Fire. Cayó en desuso hace dos o tres generaciones. El propio Poking Fire luce, en la actualidad, una espectacular corona de plumas de águila con colgante dorsal que llega casi hasta los pies.

Pero este atuendo no pertenece a la tradición iroquesa, pues es copia de la indumentaria de los siux de las Praderas (gráfica 6).

Antes de la introducción del caballo, el apéndice dorsal llegaba solamente hasta la cintura, pero cuando los guerreros comenzaron a cabalgar lo alargaron hasta igualar y aún sobrepasar la altura del jinete. Esos grandes tocados de guerra estaban hechos para ser vistos en movimiento, ya fuera agitado por el viento o sacudido por el galope del caballo.

La emigración de los siux a las Praderas es relativamente reciente. Su patria original estaba situada en los actuales Estados de Carolina septentrional y Virginia, en la costa atlántica, donde colindaban con los iroqueses. Antes de convertirse en cazadores de bisontes, compartían una cultura semejante a la de los iroqueses y de los pueblos del Sureste.

Me dice Paul Radin que algunos grupos siux, como los winnebago, conservan sus costumbres ancestrales de agricultores que son semejantes a las de los pueblos del Sureste (informe personal). Al igual que el tocado de los iroqueses, la espectacular corona de plumas de los siux tiene un sentido místico.

Al examinar la iconografía arqueológica encontramos figuras de individuos que lucen, con la corona, una larga capa que ondea sobre las espaldas y remata en una cola de serpiente, como puede apreciarse, por ejemplo, en la figura adjunta, reproducción de un grabado sobre cobre hallado en Spiro, Oklahoma.

John R. Swanton afirma que antiguamente los indios del Sureste elaboraban mantos de plumas, así como tocados y otros adornos del mismo material (J. R. Swanton, *op. cit.*, pág. 251).



Al tratar de las culturas de plantadores primitivos, se ha visto que los jefes tupinamba y caribes usaban también un vistoso manto de plumas (ver ilustraciones pertinentes).

Tanto el ofidio sagrado como el ave del trueno son motivos panamericanos, omnipresentes en el arte antiguo del Sureste, y, a la vez, figuras cimeras de la teología iroquesa y de la maya.

Los iroqueses representan esos seres conspicuos de su mitología en danzas rituales y su valor simbólico se mantiene vivo entre ellos.

La unión ave-serpiente se expresa en la figura de la Serpiente emplumada, de la que se reproducen, más adelante, algunas variaciones típicas del estilo del Sureste. Este símbolo panamericano, que tiene su modelo arquetipal en la mítica figura de *Gucumatx* del *Popol-Vuh*, sobrevive en las creencias actuales de los iroqueses, como se verá más adelante.

En ella se inspiraron los mayas para elaborar sus vistosos tocados de plumas de quetzal. La corona de plumas, con su colgante dorsal que cae sobre la espalda a manera de talaria, era un distintivo de los dignatarios mayas, que puede admirarse en códices, monumentos y pinturas murales como las de Bonampak.

Compárese, por ejemplo, la corona de tipo siux, usada por Poking Fire, con las suntuosas coronas mayas de Bonampak, cuyo apéndice dorsal cae casi hasta los pies, como puede apreciarse en la figura siguiente.

Obsérvese en esos tocados que el penacho de plumas de quetzal está asociado a la figura de una serpiente acéfala, con la cola en alto (asociación serpiente-plumas). El concepto ofídico es representado en la indumentaria siux mediante la disminución progresiva del colgante que remata en punta, a manera de cola.

Tanto en el grabado de Spiro, como en las pinturas murales de Bonampak, la serpiente es representada con la cola hacia arriba, pero sin cabeza. Esas serpientes parecen surgir de la cabeza misma del personaje



que es, a la vez, la cabeza del ofidio. La asimilación de la cabeza de un jefe a la de una serpiente se expresa de diferentes maneras en el arte maya, así como en la cultura del suroeste de Norteamérica. Los mayas la objetivan en códices, monumentos y pinturas por medio de una serpiente con cabeza humana. Véase, por ejemplo, la ilustración del *Códice de Dresden* (pág 35) reproducida anteriormente.

Esa misma concepción sobrevive entre los chortis cuyos sacerdotes tienen el título de *Hor Chan* = cabeza o jefe de los *Chan* o Serpientes, nombre genérico de los mayas. Es decir, que el nombre del sacerdote chorti puede expresarse en lenguaje jeroglífico mediante una serpiente con cabeza humana. Es un signo-rebus de fácil entendimiento para los mayas.

Comparando las figuras de Spiro con la del *Códice de Dresden*, se advierte que en el cuerpo del ofidio maya, como en una de las figuras de Serpientes de Spiro, está inscrita una serie de círculos.

Si se extiende la comparación a los símbolos registrados en la citada figura, como la cruz, el motivo cuadrículado, la triple línea o los círculos, encontramos que son comunes a la iconografía maya, a la de Spiro y a la iroquesa. Las coronas tienen cinco picos (cifra solar) y siete elementos están inscritos en el cuerpo de una de las serpientes, que se entrelaza con el de otro ofidio. Además de la técnica de englobar signos en el cuerpo de una serpiente, técnica común a mayas y culturas del Sureste, el 5, como el 7, son numerales sagrados en ambas áreas culturales.

Un dios —o un hierofante— de Spiro sostiene en la mano un cetro, que consiste en una serpiente erguida. En la figura 40 del *Códice de*



Dresden, que se reproduce aquí puede apreciarse el mismo elemento cetro-serpiente, en la mano del dios de la fertilidad. Los dioses del grabado de Spiro se caracterizan por una pintura facial de líneas que cruzan la cara al nivel de los ojos. El mismo diseño adorna el rostro de una deidad pintada en la página 49 del citado códice maya.

En fin, las serpientes sagradas de Spiro, como la maya, no son cualquier ofidio, sino crótalos.

Tales parelos entre figuras y concepciones teológicas de la cultura oriental de Norteamérica y la maya, ponen de manifiesto la existencia de nexos ideológicos entre dichas culturas.

Después de este preámbulo en el cual he presentado al lector algunos de mis informantes y, de paso, ciertas relaciones significativas entre mayas e iroqueses, pasaré a examinar las características fundamentales de la cultura iroquesa.

Organización social y política

Ya se ha dicho que la sociedad iroquesa se rige por el derecho materno. La descendencia es matrilineal y la residencia matrilocal.

La unidad social de los iroqueses es la macrofamilia, *owachira*. Incluye a todos los descendientes de una mujer y de sus hijas. Habitaba, antiguamente una gran casa plurifamiliar que medía hasta 50 metros de largo por 10 de ancho. En ella, cada familia ocupaba un compartimiento y tenía un fogón en el corredor central. En el centro de la casa estaba la sala común donde se reunía el consejo de mujeres y se almacenaban los granos.

Varias macrofamilias consanguíneas constituían el clan dividido en «mitades». Al igual que el clan, la mitad era exogámica. Sus miembros se consideraban hermanos y hermanas y los de la mitad opuesta eran primos. La función principal de las mitades era de carácter ceremonial. Por ejemplo, una mitad jugaba a la pelota contra la otra. Eran asociadas y, a la vez, antagónicas. En los grandes juegos de la tribu las mitades luchaban entre sí.

Varios clanes forman la tribu, que fue la unidad política mayor hasta la constitución de la Liga o confederación iroquesa.

El jefe de la casa plurifamiliar era una mujer, la más anciana, abuela o madre de la abuela de la familia extensa. Era muy respetada.

Una o varias *owachira* constituyen el clan entre los iroqueses, como entre los muskogis. Las mujeres casadas, aptas para la maternidad, tienen derecho a reunirse en consejo para elegir el jefe y el subjefe del clan (*Manuel des Indiens du Canada*).

Lewis Morgan hace notar que el linaje deriva su descendencia de un supuesto antepasado femenino común.

Al igual que la macrofamilia, el clan, que toma su designación de algún animal u objeto, estaba dominado por la figura de una mujer, llamada matrona del clan. Sin embargo el poder era ejercido por un consejo de jefes, electos por la matrona, en consulta con el consejo de mujeres de la familia extensa.

Dice G. P. Murdock que la unidad social es la casa, más exactamente el linaje materno. Su núcleo lo forma un cuerpo de mujeres adultas que ocupan juntas una sola casa larga y que descienden por línea femenina de una progenitora común. Los hijos pertenecen al linaje de su madre. El hombre, cuando se casa, va a residir a la casa de su esposa, pero no adquiere en ella ningún derecho, y no deja de pertenecer al linaje de su madre. En la Casa Larga, la autoridad está en manos de una anciana, una matrona que normalmente es la abuela. Vigila los quehaceres domésticos y ejerce importantes funciones políticas, ayudada por un consejo formado por todas las mujeres en edad de tener hijos. Cada casa adora una divinidad tutelar, cuyo culto está a cargo de sacerdotisas especiales o curanderas, y cuyo animal fetiche o tótem frecuentemente está pintado en la fachada.

En el interior de la casa, la propiedad es comunal y se hereda por línea femenina. Los bienes de una mujer pasan a sus hijas o a sus hermanas. Los del hombre, a sus hermanos o a los hijos de sus hermanas, jamás a su esposa o a sus propios hijos.

Las tierras cultivadas son también propiedad comunal de la casa. Varias casas o linajes, unidas por el parentesco y un tótem común, constituyen un clan, grupo caracterizado por la exogamia, por la descendencia matrilineal y por el deber de ayudar a sus miembros, de reparar sus agravios y de vengar su muerte. Los clanes iroqueses tienen en su mayor parte nombres de animales, pero no son rigurosamente totémicos, ya que no adoran a los animales de los que derivan su nombre, ni la carne de éstos es tabú como alimento, ni los consideran como sus antepasados. Normalmente, los clanes de una tribu están divididos en dos mitades. La mitad funciona como una unidad social y ceremonial, más bien que política.

La tribu es una unidad política, con un territorio definido, un dialecto común y un consejo de jefes que representa a los diversos clanes²¹.

Es tal el poder de las matronas que puede impedir que los hombres

²¹ George Peter Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, 1945, páginas 259-260.

vayan a la guerra y tienen la facultad de nombrar sucesor del jefe, facultad exclusiva de ellas (Murdock). Tenían derecho de vida o muerte sobre los prisioneros hechos en su nombre o que adoptaban. Además de sus dioses particulares, adoraban una o más divinidades tutelares llamadas *oiaron* u *ochinagenda*, cuyo culto estaba a cargo de sacerdotisas (*Manuel des Indiens du Canada*).

En suma la sociedad iroquesa estaba orgánicamente integrada sobre una base femenina. Sociedad, economía y religión eran interdependientes e interfuncionales, lo que explica la predominancia de figuras femeninas en las culturas arqueológicas afines a la iroquesa.

Dos jefes regían los destinos de la comunidad, uno civil y otro militar, con sus atribuciones respectivas. El consejo de jefes tenía funciones legislativas, judiciales y ejecutivas.

Desarrollo del sistema federal.—Dada la estructura de la macrofamilia, del clan y de la tribu, constituida por la confederación de unidades menores, cualquiera forma superior de gobierno sólo podía desembocar en una confederación de tribus, calcada sobre el modelo de las instituciones existentes.

La Liga iroquesa tenía por base la plena igualdad y la independencia de las tribus en todos sus asuntos internos. Igual autonomía gozaba el clan, dentro de la tribu y la macrofamilia dentro del clan. El Gobierno de la Liga era un consejo federal de 50 sachem, todos iguales en categoría. Estos sachem lo eran también en sus tribus respectivas, integrantes del consejo tribal, que no era sino la proyección a escala mayor del consejo de jefes del clan.

Tal desarrollo sólo pudo ocurrir bajo el imperio de necesidades apremiantes. La Liga fue creada en una época de disturbios; por entonces los iroqueses vivían en permanente estado de guerra entre sí mismos y con otras tribus. De esta situación surgió la necesidad de confederarse, no sólo para la defensa común, sino también para lograr la paz entre ellos mismos y en consecuencia mayor poderío militar. El objetivo primordial de la Liga era la «Gran Paz», interna y externa, pues aceptaban a todos los pueblos que deseaban ingresar a la confederación; éstos se encontraban ante la disyuntiva: paz o guerra.

Importa conocer los mecanismos estructurales y las motivaciones que originan la Liga iroquesa, ya que son los mismos que operan en la formación de todos los sistemas confederativos indoamericanos, como se verá más adelante.

Ese sistema ya existía en germen entre los selknam, cuyas hordas se reunían para ir a la guerra en acción de defensa común, lo mismo que los plantadores primitivos.

Ninguna forma superior de gobierno fuera de la confederación o alianza entre tribus, era posible en América, pues la tribu era la organización natural y definitiva.

Se registra un solo caso de desviación a esas reglas socio-políticas. El que ocurrió en la península de Yucatán cuando los cocomes, de estirpe tolteca, trataron de cambiar los estatutos de la Liga de Mayapán, para establecer una nación unificada bajo un solo gobierno centralizado en Mayapán. El intento fracasó por no tener en cuenta la autonomía tribal y el espíritu de igualdad, fundamentalmente democrático de los mayas. Los cocomes fueron asesinados y su población destruida.

División del trabajo.—Pocos son los vestigios que quedan en la actualidad de la antigua organización tribal en mitades. Pero se mantiene, generalmente, la descendencia por línea femenina y la residencia matrilocal.

En Cuaughnawaga oscila entre matrilocal y patrilocal debido a un cambio en la función económica del hombre. Muchas familias ya no dependen casi exclusivamente de la mujer para su subsistencia, desde que el hombre es capaz de mantenerla gracias a los jugosos sueldos que gana. Hace tiempo que la macrofamilia ha sido sustituida por la familia nuclear.

La estructura social tradicional se basa en una economía de agricultura y caza, suplementada por la recolección y la pesca. El hombre prepara la tierra. Prácticamente todo el trabajo de agricultura compete a la mujer. Ella siembra, cuida y cosecha la sementera. La función de cultivadora es propia de ella por ser considerada un símbolo de fecundidad.

Murdock hace notar que las mujeres se unen en la época de la siembra bajo la dirección de una matrona anciana y trabajan las diversas parcelas por turno. En la época de la cosecha cooperan de una manera análoga y deshojan el maíz en tertulias comunales. La mujer es la proveedora tradicional del alimento vegetal. Cultiva, recolecta las plantas y prepara la comida.

Se ocupa, además, de tejer y preparar las pieles de las que se hacen vestidos. Es también alfarera, oficio que va cayendo en desuso desde que la vajilla de peltre o de hierro vino a sustituir la de barro. Hace canastos, tejidos bordados, carga con los bultos, acarrea leña y mantiene el fuego del hogar.

En concepto de Jacques Cartier, los hombres son tan malos labradores que son las mujeres las que han de encargarse de las más duras tareas.

El cuadro siguiente de De Bry, publicado en 1951²², muestra una sementera cultivada por los timucua. Los hombres preparan la tierra y las mujeres, armadas del palo de sembrar y de canastas llenas de semillas, cavan hoyos en los que colocan el grano.

²² Theodor de Bry, *Brevis narratio eorum quae in Florida Americae provincia Gallis acciderunt...*, Officina S. Feirabedii, Frankfurt am Main, 1591.



La caza y la guerra eran las actividades básicas del hombre. Subsiste la caza para proveer de pieles al mercado. El hombre disponía de bastante ocio que aprovechaba para fabricar armas para la caza o la guerra y objetos de artesanía. El arte de la madera ha conocido un gran favor en el país de los bosques. La escultura en madera tallada en la actualidad presenta exquisitas figuras de animales, pipas, máscaras y utensilios de cocina o para el hogar, decorados, a veces, con primorosas figuras zoomorfas.

Detalle curioso acerca de la vida social es el tabú de la suegra. El yerno no podía ver a su suegra ni dirigirle la palabra y ésta no se dejaba ver de su yerno (Swanton). He tenido la oportunidad de observar la misma costumbre entre los shipibos de la Amazonía peruana.

Otro detalle interesante, concerniente a la mujer choktaw es que va a parir sola en el monte, sin auxilio de nadie. Iba sola a un lugar escondido y allí encendía un fuego, pues no podía llevar fuego del hogar, para no mancillarlo²³.

²³ «Relation de la Louisiana», transcrito por John R. Swanton en «Source material for the social and ceremonial life of the Choctaw indians», *Smithsonian Inst. Bulletin*, 103, Washington, 1931, págs. 248-263.

Agricultura.—Los iroqueses son horticultores. Sus plantas culturales básicas son maíz, frijol, calabaza y tabaco, esto es, un complejo de plantas tropicales. Según recopilación de Frank Gouldsmith Speck, no utilizan menos de 200 plantas en su dieta. Cultivan de 15 a 17 variedades distintas de maíz y diversas variedades de frijoles y calabaza. Sus fuentes principales de alimentación consisten en maíz, frijol y calabaza, que son el «sostén de nuestra vida». Esas plantas son sagradas, pues fueron recibidas como un don del Creador²⁴. Las llaman «las tres hermanas».

Los iroqueses sacaban el 70 por 100 de sus recursos alimenticios de la tierra y el resto de la caza y la pesca. Los hombres desflorestaban el bosque con hachas de piedra y las mujeres se servían del palo de cavar y de la azada para formar pequeños terremotos entre las cepas de los árboles. Sembraban los frijoles entre las filas de maíz. Se ocupaban de la siembra, limpia y cosecha. Recogían los productos en canastas que llevaban en la espalda al hogar. Almacenaban el maíz y los frijoles en grandes cofres de corteza, en la casa, y las calabazas en fosas forradas de corteza.

Todos los poblados iroqueses estaban rodeados de campos de maíz; una fuente colonial informa que en una aldea —no de las más importantes— se cosechó 160.000 boisseaux «en una sola estación»²⁵.

En el área que habitan actualmente, los veranos son largos y bastante cálidos para madurar el maíz, principal alimento de los iroqueses. Es únicamente porque sus variedades de maíz no maduraban más al Norte, que los iroqueses no extendieron su territorio más allá del Lago Simcoe y del Valle de San Lorenzo²⁶.

Los utensilios de cocina casi han desaparecido hoy, salvo los canastos e implementos tradicionales de madera. En el Museo Nacional del Canadá



puede verse una piedra de moler, tal como reproducimos en el grabado adjunto, que se utilizaba en la molienda de maíz y de nueces.

Los iroqueses usan, además, morteros de madera, similares a los que tuve la oportunidad de ver entre los seminolas.

Hay que referirse todavía a la siembra del tabaco, o *ion kwa on we*, planta sagrada que se

²⁴ Frank Gouldsmith Speck, *The Iroquois*, Cranbrook Inst. of Science, Bloomfield Hills, Michigan, 1945, págs. 38-39.

²⁵ *Les Iroquois*, Musée National du Canada (Guía, 1937), págs. 3, 4 y foto de la página 7.

²⁶ *Idem*.

cultiva por separado. Hacen primero el almáciego, después se trasplantan las matitas. En cambio, el maíz, o *nen ste*, el frijol, o *sa he ta* y la calabaza, o *ne on se ra*, se siembran en el mismo lote de tierra.

El tabaco (*Nicotiana rustica*) es de flores amarillas.

Tuestan el pescado en barbacoa, práctica muy corriente en América. Al tratar del ciclo ceremonial, se darán algunos informes acerca de las técnicas culinarias iroquesas.

La Casa Larga, imagen del cosmos.—La Casa Larga (Long House) constituye el centro de la vida social, política y ceremonial y foco del conservatismo de la cultura iroquesa. Es, a la vez, lugar de culto y de las reuniones del consejo, un símbolo de la unidad comunal. Tal unidad descansa en los mismos principios de la organización macrofamiliar. La casa larga multifamiliar es el modelo de la del clan, o de la tribu o de la Liga.

«Somos de la Casa Larga» es la expresión de los iroqueses en tanto que entidad social²⁷.

Al igual que la casa multifamiliar, la Casa Larga del clan, de la tribu o de la Liga «es el símbolo del universo de los iroqueses»²⁸, un microcosmos dentro del macrocosmos.

Hazel W. Hertzberg nos brinda informes del mayor interés acerca del simbolismo cósmico de la Longhouse, en la que se reunía el gran consejo de la Liga iroquesa²⁹.

Tres son los puntos principales de esa casa-templo, orientada de Este a Oeste: la puerta de Oriente, la de Occidente y el Fuego Central. Tal planificación está calcada sobre el curso diurno del sol y señala sus tres posiciones significativas: Oriente, Centro, o cenit, y Occidente, según el esquema de la derecha. El plano de la casa representa el plano cósmico y sus esquinas, las del mundo, dos al oriente y dos al occidente, de acuerdo con la cosmovisión de los iroqueses.

El mundo, según ellos, consiste en dos planos cuadrangulares superpuestos, cielo y tierra. Ambos son iguales, siendo el plano terrestre una réplica del celeste. Arriba están los dioses que gobiernan el universo, abajo, la comunidad humana, cuya organización está calcada sobre la divina, como se verá más adelante. En concepto de los iroqueses, como de los crick, la tierra era plana y cuadrada y es una réplica del cielo (Cooke, pág. 430).

Hay, además, una tercera dimensión, la del inframundo según informes personales de Poking Fire.



²⁷ Manuel des Indiens du Canada, ed. James White, Ottawa, 1915, pág. 257.

²⁸ Frank Gouldsmith Speck, op. cit., 1945, pág. 78.

²⁹ Hazel W. Hertzberg, *The Great Tree and the Longhouse*, Macmillan, New York, 1966.

La Casa Grande, imagen del mundo, esta emplazada simbólicamente en el centro del universo lo mismo que el gran Arbol de Vida concebido como un olmo gigantesco.

Por su importancia se tratará del mito de origen del Arbol de Vida en una sección aparte.

Al igual que la Casa Larga, la sementera es una réplica del plano cósmico; su centro es un centro de sacralidad y fertilidad donde se realizan las ceremonias propiciatorias, como se verá más adelante.

La *imago mundi* se proyecta, además, en la plaza del pueblo (ver al respecto la sección «Arbol de Vida»).

Cuando visité, por primera vez, la Casa Larga de Ohsweken (gráfica 8), en la reserva de Grand River³⁰, fui recibido en sesión especial por el consejo de notables. Después de la alocución de bienvenida, que correspondí, firmé en el libro de oro de la comunidad.

Doce personas estaban reunidas con el jefe, éste era el decimotercero, número que llamó mi atención por el valor sagrado que representa.

La posición interior de esta casa rectangular es sencilla, hecha de gruesos troncos de madera escuadrados, con sus dos puertas de entrada, una para mujeres y la otra para hombres. Además de las mesas hay dos filas de bancas: una en la que se sientan las mujeres y la otra para los hombres. Hay dos hornillas, una para las mujeres y la otra para los hombres. Esta separación de los sexos en el ceremonial de la Casa Larga llama la atención.

En la pared está colgado un gran cuerno de bisonte y un caparazón de tortuga, instrumento musical de percusión.

A la par de la Casa Grande y formando ángulo con ella, está la cocina ceremonial, también hecha de madera. Templo y cocina están siempre asociados. En esta casa comunal, que sirve a la vez de templo, actúan dos categorías de autoridades: la civil y la religiosa. La primera, representada por el jefe, y la otra, por el chaman o sacerdote, *huetsch*.

Ese dualismo, gobierno civil y gobierno religioso, coexistente en la misma comunidad, es característico de todos los pueblos agricultores del continente.

Encienden tres braseros, uno al Este, otro al Oeste y un tercero al Centro, alineados sobre la trayectoria diurna del sol. La Casa Larga es, como se ha dicho, una réplica del cosmos; las ceremonias se realizan bajo la advocación de los cinco dioses que mantienen el equilibrio del universo, cuatro en las esquinas y uno en el centro. Al ser invocados en la ceremonia de apertura, esas entidades divinas se hacen presentes, asisten al consejo y participan de las deliberaciones, cuatro en las esquinas de la casa-templo y uno en el centro, donde está el fuego central. Al dirigir sus invocaciones a esas deidades que rigen los destinos del

³⁰ La reserva de Grand River, establecida en 1847, contaba entonces unas 6.000 almas. Su territorio tiene un extensión de 50.000 acres.

mundo, el sacerdote quema tabaco, cuatro veces, en un brasero y en la pipa ceremonial y arroja humo en las cinco direcciones del espacio; en primer lugar, al Gran Espíritu, figura central de la cosmoteogonía indígena y luego, a los dioses de los cuatro rumbos del universo. Al mismo tiempo pide al Gran Espíritu que le guíe y le dé fuerza, salud y sabiduría para poder ayudar a sus fieles.

Tal concepción cósmica está siempre presente en la mente del indígena y recurre en todos los actos significativos de la vida pública o particular. Cuando nace una criatura, por ejemplo, consideran que ella debe «viajar a los cuatro rincones de la tierra», dos al oriente y dos al occidente, puntos que corresponden a los solsticios. En esos actos rituales se reconstruye simbólicamente el mundo y el tiempo, elementos inseparables, ya sea para inaugurar una nueva vida o bien un nuevo ciclo ceremonial.

Al reconstruir el mundo y el tiempo, el sacerdote evoca, a la vez, los mitos de creación de la tierra, del cielo, de los árboles, de la lluvia, de la vegetación, del sol, de los astros y de los beneficios «que se ignoran pero existen» (textual). Al mismo tiempo da las gracias al Gran Espíritu por sus creaciones.

A este acto trascendental, que rememora los mitos de origen de todo lo existente en la naturaleza, participan hierofantes y jefes. Todos contribuyen con tabaco que arrojan en el brasero. Esta oración colectiva se eleva, con el humo, hacia el Gran Espíritu, a la vez que purifica la atmósfera, ahuyentando a los seres malignos.

Debe advertirse que para la eficacia de los ritos, sólo debe usarse tabaco nativo, «auténtico», el que ha sido cultivado y preparado por los indígenas, y no cualquier tabaco comprado en el comercio. Porque el tabaco iroqués es una planta sagrada de origen divino. Procede del propio corazón de la madre de los gemelos (Ver «Mitología»).

El sacerdote usa, además, otro procedimiento mágico para «sanear» el ambiente. En concepto de los iroqueses, el «borde» del mundo está poblado de malos espíritus que el sacerdote aniquila, soplando cenizas calientes en las cuatro «esquinas» de la casa-templo, que corresponden, como se ha dicho, a los ángulos del universo, o sea, a los solsticios. Esa referencia a los solsticios en actos rituales es mencionada también en el *Manuel des Indiens du Canada*, pág. 96.

En el ejercicio de sus funciones, el sacerdote es asistido regularmente por seis acólitos, tres mujeres y tres hombres que, con el líder religioso, forman un grupo de siete hierofantes, número sagrado de los iroqueses, que deriva de modelos cosmo-teogónicos.

Aparte se tratarán los mitos y ceremonias. Sólo mencionaré por el momento, el curioso rito de apertura de las sesiones del consejo, según las costumbres vigentes en Long River.

Las sesiones no pueden iniciarse mientras el *wampum* no haya sido

colocado sobre la mesa por el *Feuer kipper*, «el que mantiene el fuego», y es, a la vez, el guardián del *wampum*. Antes del depósito de este singular instrumento sobre la mesa, debe observarse un riguroso silencio. Nadie puede hablar; tampoco el consejo puede deliberar.

En la reserva de Grand River, se ha conservado con relativa pureza la institución de la Casa Larga, foco de tradiciones indígenas que han caído en desuso en otros grupos iroqueses «cristianizados».

Durante mi segundo viaje en 1968 he podido observar en Cuaughnawaga un curioso fenómeno de retorno al pasado, un intento de reactualizar los valores antiguos en torno a la Casa Larga. Para este propósito existe una oficina central llamada Cuaughnawaga Iroquois Council cuyo jefe, Andrew Delisle, dirige el movimiento que tiende a fomentar el renacimiento de los antiguos ritos y costumbres.

En la Casa Larga ofician, actualmente, dos jefes y cuatro guardianes, que transmiten al Gran Espíritu los ruegos colectivos de la comunidad. Las ceremonias actuales pueden no ser rigurosamente ortodoxas, pero resaltan el culto tradicional a las cuatro esquinas y al centro del universo iroqués. Es interesante observar este renacimiento de un pueblo indígena en busca de una conciencia más viva de su identidad cultural.

El sacerdote.—El sacerdote, *huetsch*, es, a la vez, el líder espiritual de la comunidad y curandero. Dirige los ritos y ceremonias religiosas, principalmente del ciclo agrícola. Le llaman también *retetsens* = el que actúa, el que hace, el que interpreta los sueños. Su oponente es *ata hen naras*, el hechicero, el que hace sortilegios, función que puede recaer en un hombre o una mujer.

Esos hierofantes representan a los héroes míticos cuyo antagonismo llena las páginas de la mitología iroquesa.

Como curandero, el chaman utiliza principalmente hierbas medicinales de la rica farmacopea iroquesa. Practica, además, la técnica de succionar la parte enferma del paciente para extraer el objeto patológico, generalmente un pedazo de madera. La sonaja es el instrumento característico de sus funciones. El sacerdote es, además, un adivino. Predice el futuro, basándose en los sueños. Dice Murdock que los iroqueses tienen una gran fe en los sueños, que son manifestaciones de la voluntad de *Taronhaiwagon* o revelaciones hechas al alma cuando vaga a lo lejos durante el sueño. Una vez interpretados por el sacerdote, los sueños tienen que obedecerse a toda costa (*op. cit.*, pág. 268).

En Cuaughnawaga, el chaman y médico herborista se llama *astén haron kwas*, y el hechicero, *ata hen naras*. Mis informantes coinciden acerca del uso de saetas mágicas por el hechicero, lo mismo que sobre las causas sobrenaturales de las enfermedades, generalmente traídas por el aire.

Cada familia, cada clan y cada tribu iroquesa tienen su propio sacerdote y sus propios dioses.

No han variado a través del tiempo las técnicas y funciones del sacerdote, en las diversas tribus del Este. Manifiesta René de Londonnière que, en la Florida tienen sacerdotes en los que creen plenamente, ya que son grandes magos, adivinos e invocadores del demonio. Estos les sirven de médicos, algunos son sodomitas. Los médicos los succionan hasta hacer brotar la sangre en el lugar donde se produce el dolor³¹.

En cuanto a los iroqueses, informa el *Manuel des Indiens du Canada* que el sacerdote, mediador entre los seres divinos y el hombre, tenía un control objetivo de sus espíritus, absolutamente como si tuviera que maniobrar instrumentos (*op. cit.*, pág. 535).

División del tiempo. Calendario. Contabilidad.—El calendario iroqués está calcado sobre el ritmo de la naturaleza. Se divide en dos partes iguales que corresponden a las dos estaciones del año, invierno-verano, las cuales están relacionadas con los períodos de actividades humanas: la caza, practicada por los hombres durante el invierno, y la agricultura, a cargo de las mujeres, durante el verano. Esos ciclos económicos son señalados por dos fiestas semianuales. El calendario iroqués es, a la vez, un almanaque agrícola que rige la vida social, religiosa y económica de la comunidad y la vincula a la vida universal.

Está bajo el signo de la luna, como las formas religiosas, sociales y económicas. Se subdivide en lunas, o meses; las unidades menores no se cuentan por días, como entre los mayas, sino por noches, lo cual es lógico, a que las noches corresponden al dominio de la luna. El calendario iroqués no se contrae al mero registro de lunaciones, como el de los plantadores primitivos, sino que es un calendario lunar descriptivo de las fases del astro nocturno, que llegó a usarse por la mayoría de las tribus de Estados Unidos y del Canadá, como lo hace notar Kroeber.

J. A. Cuoq nos da el nombre iroqués de los doce meses o lunas del año, traduciendo diez de ellos como sigue: Diciembre = Pequeño frío; Enero = Gran frío; Febrero = Pequeña luna (luna nueva, que, como se verá más adelante, tiene gran importancia calendárica); Marzo = Luna grande (plenilunio); Abril = Pequeña hoja; Mayo = Hoja grande; Junio = Fruta verde; Julio = Fruto bien maduro; Octubre = Pequeña miseria; Noviembre = Gran miseria.

En otras transcripciones se habla de la luna del maíz, luna de las hojas que caen, etc. John R. Swanton da para los meses tuscaroras los nombres siguientes: Luna del arenque; Luna de las fresas; Luna de las moras; Luna de la florescencia de ciertos árboles, etc.

De esta manera, el calendario iroqués registra las variaciones del

³¹ Cita en la obra de J. M. Gómez Tabanera, *Teoría e Historia de la Etnología*, Madrid, 1964, tomo II, pág. 283.

clima y los fenómenos naturales del ambiente en que se desenvuelve la vida indígena.

Toma en cuenta, además, los solsticios. El cómputo solsticial es inseparable de la noción cosmogónica de un mundo cuadrilateral que se dramatiza en los ritos de apertura de las ceremonias que se celebran en la Casa Larga. La figura del dios solar, «Maestro de la vida», adquiere por entonces gran importancia. Preside las ceremonias del año nuevo, como se verá al tratarse del ciclo ritual.

La observación de los solsticios se hacía por medio de postes clavados en el patio y está testimoniada en la arqueología del Sureste, como se verá al tratar la sección pertinente.

Además de la posición del sol en los solsticios y de las fases de la luna, la astronomía iroquesa tiene en cuenta varias estrellas y constelaciones, entre ellas, las Pléyades, Venus y la Vía Láctea.

Gran importancia tienen las Pléyades como marcador del tiempo. La posición cenital de este cúmulo estelar determina, en combinación con la fase de luna nueva, la fiesta del año nuevo. Observan la posición de las estrellas en el cielo nocturno y de la luna al amanecer.

Deskahéh, mi informante principal de Long River, a quien pido mayor precisión respecto a la posición significativa de las Pléyades me dice: Cuando el sol está abajo (en el ocaso), pueden verse *o gé n ya* (Las Pléyades) en medio del cielo y, al amanecer, la luna nueva. Entonces «ha llegado el tiempo» del «año nuevo». Considero de interés la información anterior acerca de observaciones astronómicas vigentes.

El sacerdote-pluviomago lleva el control del tiempo y de los fenómenos meteorológicos que domina mágicamente, así como la marcha de los astros y estrellas. Dotado de poderes sobrenaturales, no sólo controla el tiempo, sino también predice el futuro como astrólogo.

En el sistema cronológico de los iroqueses, los factores tiempo y espacio son indivisibles. Esto es evidente en la propia naturaleza de los dioses cósmicos y su correspondencia con sectores del tiempo y del espacio.

Al finalizar el ciclo anual, comienza otro que es repetición del anterior. Tal repetición representa simbólicamente un retorno periódico a la creación primordial que se dramatiza en los ritos de año nuevo y al comienzo de las ceremonias que se realizan en la Casa Larga, como se ha visto. De esta manera el ciclo anual se repite *ad infinitum*, siempre del mismo modo, como los fenómenos celestes que le determinan.

Tal regularidad en la sucesión de los fenómenos naturales explica el concepto de predeterminismo, propio de la mentalidad iroquesa. Para el indígena, cualquier acontecimiento o actividad de carácter humano, natural o cósmico tiene «su tiempo» prefijado.

Este mismo concepto ha sido observado por Hazel W. Hertzberg, que manifiesta que hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un

tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar, un tiempo para matar y un tiempo para curar, un tiempo para el ocio y otro para construir, uno para llorar y otro para reír³², etc. Las entidades cósmicas son, a la vez, seres antropomorfos, astros y números, y esos numerales sagrados se proyectan al calendario. Así, por ejemplo, la celebración del año nuevo dura siete días que se computan en dos series, una de cinco días y otra de dos. Cinco corresponden a los dioses de los cinco sectores del mundo, y siete a las Pléyades, concebidas como «siete muchachos», según el mito que se transcribirá más adelante.

Es obvio que tal sistema de valorar numéricamente a las entidades divinas implica ciertos principios de aritmética.

Sabemos que los iroqueses usaban el sistema decimal, como todos los pueblos cultivadores del Sureste. Esta cuenta se basa sobre el número de los dedos de las manos, comenzando a contar por la izquierda y siguiendo con la derecha. Las cantidades mayores eran múltiplos de diez. Así, por ejemplo, para contar veinte, se decía dos diez; setenta eran seis diez, etc. Mil significa en iroqués «diez golpes de las manos», es decir, diez cientos (*Manuel...*, *op. cit.*, pág. 129). De esta manera llegaron a contar grandes cantidades. Baraga y Cuoq dan los términos de contabilidad hasta un millón y más, pero parece dudoso que hayan sido empleados antes de entrar en contacto con los europeos.

Conocido el sistema de contabilidad de los iroqueses, falta saber cómo registran la cuenta del tiempo. Según los datos etnográficos y los que obtuve de mis informantes, el método más usual de contar el tiempo consiste en una cuerda de nudos. El *Manuel...*, pág. 410, hace referencia a esos «nudos conmemorativos empleados a guisa de calendario, para tener las cuentas de las fiestas y celebraciones religiosas». Swanton manifiesta que llevan la cuenta del tiempo por medio de nudos en cuerdecillas o muescas en una vara (*The Indians...*, *op. cit.*, pág. 257).

Ka we na ro roks, una de mis informantes de Cuaughnawaga, recuerda que su abuelo, que era un gran jefe, hacía cada luna, *se wen nitha*, un nudo en su cuerda para «guardar el tiempo» y calcular las fechas de las fiestas. Ella misma hizo, ante mí, un nudo en una cuerdecita para mostrar cómo lo hacía su abuelo. De esta manera sabía cuándo la fiesta debía comenzar.

El ciclo ceremonial

Fiesta del Año Nuevo.—El año iroqués se inicia con la fiesta del año nuevo, que cae, generalmente, en febrero. Está determinada astronómicamente por la posición cenital de las Pléyades, en combinación

³² *The Great Tree...*, *op. cit.*, pág. 35.

con la luna nueva. El año nuevo comienza el quinto día de la segunda luna nueva, a partir del solsticio de invierno.

La «luna de año nuevo» no sólo determina el comienzo del año, sino también un cambio climático que preludia la proximidad de días más cálidos. Según la posición que tiene, anuncia abundancia de lluvia o de nieve.

Además de su relación con la lluvia y la nieve, la luna nueva está vinculada con el Viento del Oeste. Dice F. W. Waugh, al respecto, que si llueve en luna llena, la temperatura se suaviza y soplan entonces los cálidos vientos del Oeste (*Iroquois Foods...*, *op. cit.*, pág. 30).

Presidiendo los fenómenos astronómicos, así como las ceremonias principales del año nuevo, está la egregia figura de la deidad solar «Maestro de la Vida» y «Gran Creador». A él se ofrenda el tabaco y el sacrificio de un perro. El rito del Fuego Nuevo, que se celebra en esta ocasión, también está conectado con el sol.

Los iroqueses recitan, al comienzo de las ceremonias de año nuevo, los mitos de origen del mundo, de la humanidad y de las plantas, actos que implican un retorno al tiempo primordial. Comienza, entonces, el ciclo calendárico-ritual, dentro de un mundo y un tiempo nuevo; una renovación simbólica del mundo y de la vida humana. H. W. Hertzberg hace notar que se renueva, en esta ocasión, las relaciones con el «Maestro de la Vida» y con el mundo.

Esta renovación general se manifiesta en el rito de expurgación de los seres malignos, celebrado por la compañía de las «Caras Falsas». De esta manera se purifica el espacio y el tiempo. Asimismo se purifican los individuos, mediante el rito de la confesión, sintiéndose desde este momento con nuevo estado de ánimo.

Además de la confesión se purifican mediante ayunos. La razón del ayuno ha sido explicada por un sacerdote cherokee como un medio de espiritualizar la naturaleza humana y de hacer más viva la visión sobrenatural, absteniéndose de alimentos terrestres (*Manuel...*, pág. 267).

Según Hertzberg, en los ritos del año nuevo se busca clarificar la mente de los sueños pasados y comenzar el nuevo año con una mentalidad distinta (*op. cit.*, pág. 46). Los iroqueses, como los mayas, muestran gran credulidad con respecto a los presagios manifestados durante el sueño.

El año nuevo es también «el tiempo» de dar nombre a los niños que nacieron después del gran festival del maíz nuevo, como si entonces nacieran de nuevo. Pude observar esa misma costumbre entre los seminolas de Everglades, que visité en 1968. A las jóvenes se les recorta el cabello para que luzcan «nuevas», como la luna nueva, su patrona.

Hay un aforismo iroqués que dice que «la luna nueva da la vida, lo da todo», igual que la madre tierra, que duerme durante el invierno, pero se despierta en el año nuevo, cuando se apresta a revestir su manto vegetal» (Raymond Gabriel, informante de San Regis). El citado infor-

mante manifiesta que en la reserva iroquesa de San Regis (*O-kwe-sas-ne*, nombre del poblado en iroqués) la fiesta del año nuevo dura también siete días y que las ceremonias comienzan con la colocación del *wampum* en la mesa de la Casa Larga, rito similar al de Grand River, descrito precedentemente.

Las ceremonias.—El ceremonial de año nuevo comienza con la extinción del Fuego Viejo en la Casa Larga y en todos los hogares. Destruído el fuego viejo, se esparcen las cenizas.

Siete hierofantes (tres mujeres, tres hombres y el sacerdote) llamados «los mantenedores de la fe» se encargan de encender el fuego nuevo por medio de un taladro. Consideran que el fuego es una manifestación de la divinidad que surge, de nuevo, en esta ocasión.

En seguida se desarrolla el rito de purificación del mundo y del tiempo. Para este propósito, la agrupación de las «Caras Falsas» toman cenizas calientes de los fogones apenas apagados y las arrojan a los cuatro sectores del universo, y sobre las cabezas de los participantes, para conjurar a los espíritus malignos. Las «Caras Falsas» se disfrazan con máscaras grotescas, cumpliendo el rito de ahuyentar a los seres malignos, productores de enfermedades y desgracias. Las máscaras, en concepto de los iroqueses, tienen efectos profilácticos y curativos. Están talladas y grabadas en un árbol vivo. El actor se identifica con el espíritu sobrenatural que representa; es el espíritu mismo cuyo comportamiento dramático aleja lo nocivo.

Con la expulsión de los seres malignos queda purificado el mundo iroqués, incluso sus habitantes. Este ritual se mantiene con su primitiva potencia y simbolismo religioso³³.

A su vez, la comunidad humana se purifica interiormente mediante el rito de la confesión, que se repite en cada ceremonia del ciclo calendárico. El hombre da cuenta de sus actos a la divinidad para quedar «limpio» de culpas.

Los penitentes depositan ofrendas, tocan el *wampum*, símbolo de veracidad, y ruegan «de todo corazón» el perdón de sus pecados. Después del rito de la confesión danzan alrededor de todas las casas.

³³ Las máscaras son representaciones de seres míticos. Una de las más conocidas muestra a una cara deforme, con la nariz aplastada y ojos enormes. Pregunto a Howard Deer acerca de su significado. Me cuenta la leyenda de un gigante que se asomó en el borde de la tierra, haciendo contacto con el Gran Espíritu. El gigante desafia al dios, manifestándole que él era más fuerte, porque podía mover las montañas. Entonces el gigante empuja un cerro desde la orilla al centro de la tierra. El Gran Espíritu vuelve a colocarlo donde estaba, arrollando al gigante, que recibe el choque en pleno rostro, y desde entonces queda desfigurado. Tal es el mito de origen de la máscara ilustrada en la gráfica 11, que representa al gigante desfigurado por el Gran Espíritu. Esta leyenda recuerda un episodio del *Popol-Vuh*, el que se refiere al gigante *Zipacná* que movía las montañas y desafia al héroe cultural, pero fue vencido por éste, que le aplasta bajo una montaña.

El primer día sacrifican a un perro blanco, símbolo de pureza, ahorcándolo. Se pinta el animal y se cuelga con él el *wampum* blanco. El último día de las celebraciones llevan el cadáver del perro sobre una litera de cortezas a un altar donde le queman, en tanto que los oradores pronuncian discursos, se canta, se elevan oraciones al «Maestro de la Vida» y se ofrenda tabaco. El humo del tabaco se eleva al cielo, cual mensaje del pueblo hacia el Creador, implorando la protección divina contra cualquier peligro durante el año que ahora se inicia.

Afuera, el pueblo contempla el juego de pelota con raqueta, llamado *lacrosse*, que se disputa entre las mitades. Los espectadores hacen grandes apuestas sobre los jugadores de su preferencia. El juego entre mitades dramatiza el antagonismo de los gemelos, registrado en la mitología iroquesa.

Swanton informa que entre los cherokee, los jugadores debían abstenerse de todo contacto sexual siete días (cifra sagrada) antes de la partida (*op. cit.*, pág. 674).

Otros juegos se practican en esta ocasión: el de la «culebra de nieve», por ejemplo. Se ejecuta, además, la «danza de la pluma», o «de la paz», dedicada al dios solar y vinculada al rito del Fuego Nuevo y del solsticio de invierno.

Cada día se celebra una ceremonia diferente, acompañada de cantos, danzas y juegos. Para marcar el ritmo del canto o el compás de las danzas, usan la sonaja, hecha de un caparazón de tortuga, que es la típica sonaja iroquesa. La de calabaza se usa específicamente en los ritos agrícolas.

Detalle significativo es la forma y el significado de los envases rituales. Durante las fiestas de año nuevo, se usa una copa de madera semi-esférica, forma que imita una media calabaza. Mis informantes puntualizan que la sacralidad de ese tipo de recipiente se debe a que ha sido dado por el Creador. F. W. Waugh y Swanton confirman ese concepto acerca de la naturaleza divina de las copas usadas, en esta ocasión, por los iroqueses.

Asimismo los chortis y los mayas usan ritualmente envases hemisféricos, hechos de la corteza de calabaza, por ser éste el fruto en que se transformó la cabeza del Creador, *Hun Hunahpú*. El lector podrá apreciar ese tipo de envase en varias ilustraciones.

Al igual que la ceniza y las máscaras, el humo de tabaco tiene la propiedad de ahuyentar a los seres malignos, pero el humo de tabaco «legítimo» tiene además la virtud de elevar los mensajes humanos hacia la divinidad. Siempre se ofrenda en primer lugar al Gran Espíritu; luego, a los dioses de las cuatro esquinas del mundo.

Fiesta del arce azucarero.—La extracción de la savia de arce es un descubrimiento que se debe a los iroqueses y que se explota hoy en gran escala, principalmente en la provincia de Quebec. Este jarabe, de fuerte

contenido en sacarosa, es la bebida nacional de los iroqueses. Con él se fabrica azúcar.

En la primavera (marzo y abril) sube gradualmente el termómetro. Cuando las noches son frías y los días cálidos, llega «el tiempo» de entallar el árbol, para extraer su savia. En esta ocasión se realiza el primer festival de primavera, con ceremonias de acción de gracias al Creador y al árbol de arce, las cuales son celebradas con danzas, juegos y ofrendas de tabaco. Del rito de acción de gracias participa toda la comunidad. Se levantan al alba para esperar la aparición del sol. Entonces le dirigen la oración siguiente: «¡Oh gran corazón del Gran Espíritu: sosténgame y seré más fuerte, guíeme por el buen camino» (informante, Deskaheh, de Grand River).

Según la esposa de Poking Fire, en su comunidad elevan la misma oración todas las mañanas al Gran Espíritu, dándole las gracias por encontrarse con vida.

A continuación viene «el tiempo» de preparar las tierras de labor.

Relación del escalpe con la agricultura.—La preparación de las tierras de cultivo incumbe al hombre, que es quien maneja el hacha. Derriba los grandes árboles con ayuda del fuego, para abrir un claro en el bosque. Esa tarea era realizada por los guerreros, que eran, a la vez, cazadores. La caza, la guerra y la agricultura estaban integradas al mismo complejo económico-religioso. La caza de cabezas como la de animales eran la cosecha de los guerreros, como el maíz y otros productos agrícolas eran la cosecha de las mujeres. En la danza al sol, que es el dios de la caza y de la guerra, se pedía éxito en la caza, victoria en la guerra y fertilidad de la tierra. El escalpe, llevado triunfalmente por los guerreros, transmitía una poderosa fuerza mágica y contribuía a la fecundidad de la tierra, pues, según los mitos, el escalpe produce el rocío y la lluvia³³.

Al igual que el sacrificio humano, el canibalismo o la caza de cabezas, el escalpe, está vinculado mágicamente con la fertilización de la tierra.

El Señor de los animales.—En lo que respecta a la caza, los iroqueses cumplen todavía con las reglas cinegéticas establecidas por el Dueño o Señor de los animales, que limita las piezas de cacería según las necesidades del hombre y prohíbe cazar las hembras preñadas o dejar heridos a los animales³⁴. Como se ha dicho, esas leyes de caza son panamericanas.

Fiesta de la siembra.—Gran importancia reviste la ceremonia de la siembra, en concomitancia con los ritos petitorios de la lluvia, ya que de ellos depende la subsistencia de la comunidad. En la ceremonia impetratoria de la lluvia, que se desarrolla desde la salida del sol hasta

³³ *Mytologies des steppes, des forets et des iles*, Librairie Larousse, París, 1963, pág. 183.

³⁴ Hazel W. Hertzberg, *The Great Tree...*, op. cit., pág. 68.

mediodía, el sacerdote pide, a la vez, abundancia de alimentos, salud e hijos para su comunidad. Mediante las ofrendas de tabaco y el humo que se eleva al cielo, el sacerdote se comunica directamente con la divinidad. Así como tiene la facultad de «hacer llover», el pluviomago tiene también el poder de hacer suspender las lluvias cuando no se necesitan³⁵.

Las siembras se hacen generalmente en mayo, a veces a fines de abril o al principio de junio. La fecha es decretada por el sacerdote, cuando calcula que «el tiempo» de sembrar ha llegado.

Danzas, ofrendas y oraciones a las fuerzas creadoras de la naturaleza caracterizan esas festividades. Se invoca particularmente a la Madre Tierra y sus hijas, las «Tres Hermanas», o sea, al espíritu del maíz, del frijol y de la calabaza. Invocan, además, a *Heno*, dios del trueno, así como a las entidades de los cuatro rumbos del universo. Las danzas son, en sí, ritos de atracción de la lluvia. Manifiestan mis informantes que «cuando llaman la lluvia, hay que bailar», de acuerdo con el modelo arquetipal establecido en los mitos por la primera mujer que hizo nacer las plantas a fuerza de danzas.

Según Thompson, hacen ofrendas de plumas y ramas verdes a los dioses pluvíferos. Importante función mágica desempeñan, además, los sahumeros, las sonajas y el tambor. En tanto que el pluviomago usa la técnica del sahumero, la matrona, una mujer anciana, trae agua virgen de una fuente en una olla, y la asperja como agua de lluvia que cae sobre la tierra, en un típico rito de atracción mágica de las lluvias, ceremonia que se realiza con cantos y danzas.

El sacerdote procede, además, al rito de consagración e inmunización mágica de las semillas seleccionadas para la siembra. Estas son preparadas por la matrona, que las baña en agua tibia mezclada con hierbas para favorecer la germinación.

La siembra, en sí misma, es un acto ritual y la sementera un campo sagrado. En ella no tienen acceso las mujeres impuras, que tampoco pueden ingresar a la casa-templo. Al igual que la Casa Larga, la sementera es la imagen del cosmos. En su centro, que simboliza el centro del universo, se coloca la matrona para realizar los actos rituales de costumbre. Desde allí dirige sus invocaciones a las deidades protectoras de la agricultura, el Gran Espíritu, la Madre Tierra y sus hijas, pidiendo la multiplicación y fructificación de las semillas. F. W. Waugh nos da la fórmula siguiente: «Dios, nuestro Padre, mírame con mis hijos. Estamos en el centro de la sementera, donde hemos venido para sembrar nuestro alimento. Le rogamos favorecernos con un rendimiento abundante de maíz (*Iroquois Foods...*, op. cit., pág. 20).

³⁵ Boyle, citado por Waugh, transcribe la fórmula siguiente de un chamán iroqués: «Cuando quiero parar la lluvia, pongo un poco de cenizas y carbón y un poco de tabaco en una pequeña vasija y, mirando hacia el Oeste, vigilo.» (*Iroquois Foods...*, op. cit., pág. 28).

Luego las mujeres, acompañadas de sus hijos, proceden a la siembra de maíz, frijoles y calabazas.

Lugar de sacralidad y fecundidad es el centro de la sementera donde se reactualiza el mito de origen de las plantas culturales básicas. Al morir la madre de los gemelos (Madre-Tierra), enterraron su cadáver en el centro del mundo. De su cuerpo nacieron el maíz, el frijol y la calabaza, las tres hermanas, y de su corazón brotó el tabaco.

Siete días dura la ceremonia de la siembra. Antes del acto de sembrar se realiza de nuevo el rito de la confesión de los pecados. Se ejecuta la danza de la pluma. Después de la siembra vienen los ritos de acción de gracias a la Gran Madre, al dios del Trueno y de la Tempestad, al Sol, a la Luna y a todos los dioses protectores de la agricultura.

Cuando las plantas alcanzan una altura de dos pies, celebran nuevas ceremonias a los dioses pluvíferos. Entre esas entidades divinas resalta la «Gran Serpiente del Agua», llamada, a veces, Maestra del Agua, por ser la dispensadora de este elemento vital. La Serpiente mítica «trabaja» en unión del Ave del Trueno.

En esta ocasión se ofrendan alimentos a las deidades mencionadas, principalmente a la «Gran Madre», y se quema tabaco, en el rito de acción de gracias.

Fiesta de las fresas.—A fines de mayo o comienzo de junio han madurado en los bosques las fresas silvestres. Mujeres y niños proceden, entonces a la recolección de fresas y moras, que dan lugar a una fiesta con cantos, danzas, sahumeros y ritos de acción de gracias. Es el festival de los primeros frutos silvestres. No falta la danza de la pluma.

El gran festival del maíz nuevo.—Comienza el segundo «medio año» del calendario con la magna fiesta del maíz nuevo, de los elotes, dirían los mayas. Constituye la mayor festividad del año agrícola, dura siete días y se celebra a fines de julio o principios de agosto, cuando el maíz ya es comestible.

Por tratarse de un nuevo sector del calendario, se reactualiza en esta ocasión el rito de reconstrucción del mundo y del tiempo descrito precedentemente.

Celébrase la gran danza del maíz. Para este propósito seis madres de clan se reúnen en torno a una pila de maíz, cada una toma una mazorca en sus manos, canta y danza alrededor del maíz, en tanto que las otras mujeres, los hombres y los niños dan la vuelta a la Casa Larga. Luego se colocan en dos filas y realizan un rito de acción de gracias a las madres del clan, quienes, a su vez, dan las gracias a la Madre-Tierra, a las Tres Hermanas y a los dioses dispensadores del alimento.

En cierto modo puede considerarse dicha ceremonia como un rito de desacratización del maíz y demás productos, ya que sólo después de cumplirse pueden aprovecharse. «Antes de la fiesta del maíz nuevo, el maíz

es propiedad exclusiva del Gran Espíritu. Los hombres sólo son sus guardianes y no pueden tocarlo hasta que la luna del maíz haya hecho su aparición» (Swanton, *op. cit.*, pág. 770). Los iroqueses miran con veneración al maíz y sus hermanas, por ser animadas del espíritu divino.

Según mis citados informantes, la fiesta del maíz nuevo se celebra el primer día de luna llena, la luna del maíz, que señala una nueva dimensión temporal.

Además de la celebración de los ritos de renovación del mundo y del tiempo, se repiten los de purificación, la confesión de pecados, el fuego nuevo, la danza de la pluma, el juego de pelota y la ceremonia de dar nombre a los niños que nacieron después del año nuevo. Se reactualizan los mitos de origen de las plantas culturales y se dan las gracias al Maestro de la Vida, a su madre, que es, a la vez, madre del maíz y sus dos hermanas, al sol, a la luna, a las estrellas y al dios del Viento.

Detalle interesante, en esta ocasión los danzantes usan máscaras de calabaza y agitan sonajas de calabaza, en lugar de las de concha de tortuga.

Todo el festival se desarrolla en medio de la alegría general.



Vomitório colectivo.—Se abre un paréntesis para hacer referencia a un curioso rito de purificación practicado por los creeks durante la fiesta del maíz nuevo. La ceremonia, llamada *el busk* (*buskita* = ayuno) era solemnizada en este festival. Asociados a ésta también se hallaba el uso de la «bebida negra», obtenida de la cocción del «iris versicolor», y el mantenimiento del fuego perpetuo³⁶.

El rito consistía en tomar la «bebida negra» para luego arrojarla sobre la tierra. Era practicado por otras tribus del Sureste, los timucuas, por ejemplo, de los que tenemos un grabado de De Bry, tomado de una pintura de Le Moyne, hecha en la Florida en 1654-65. Esa pintura, que se reproduce aquí, muestra en primer plano a las mujeres preparando la bebida negra, y sentados en hemicírculo, los hombres, tomando esa bebida y arrojando.

A diferencia del vomitorio de los romanos, esta ceremonia tenía un profundo sentido religioso. Los cashinawas de la Amazonia peruana, donde realicé investigaciones etnográficas, practican una costumbre semejante que consideran un rito purificadorio, benéfico para la salud y la mente y, a la vez, de ofrenda a la tierra.

En su fiesta de año nuevo, los creeks realizaban ceremonias similares a las iroquesas, como la reconstrucción del mundo, la danza de la pluma, la ceremonia del fuego nuevo, que inauguraba el «medio año», el juego de pelota, etc.³⁷.

Fiesta de la cosecha.—Es la fiesta «de todas las cosechas de la tierra», manifiestan mis informantes. Se realiza en octubre, cuando el maíz ha madurado y tiene la suficiente consistencia para ser almacenado. Las mujeres se unen, como para la siembra, bajo la dirección de la matrona-jefe y cooperan en la tarea de cosechar, amontonar los productos de la sementera, deshojar el maíz y transportarlo a los graneros.

Las ceremonias comienzan en la «luna de la cosecha» y duran cuatro días. Son dedicadas principalmente a la diosa-madre y sus tres hijas (maíz, frijol, calabaza). En su honor se ejecutan varias danzas por las mujeres. Se baila, además, la danza de la pluma, la danza del oso, la danza del águila y la danza de la serpiente.

A propósito de la «luna del maíz» que rige la fiesta de la cosecha, como la del maíz nuevo, y corresponde al plenilunio, considero de interés el informe siguiente de Charles Lanman, transcrito por Swanton³⁸. Los cherokees no pueden realizar ningún rito o ceremonia relacionado con el maíz antes de la aparición de la luna llena, es decir, antes de la presencia de la luna del maíz. Aun cuando las mazorcas fueran aprovecha-

³⁶ Daniel G. Brinton, *La raza americana*, Buenos Aires, 1946, pág. 89.

³⁷ Paul Radin, *Histoire de la Civilisation indienne*, Paris 1935, pág. 163.

³⁸ John R. Swanton, *The Indians...*, op. cit., pág. 770.

bles en otra fase de la luna, no pueden tocarlo ni realizar sus ceremonias mientras no surge en el horizonte el disco de la luna del maíz, debiendo aplazar hasta entonces sus operaciones económicas-religiosas. Durante el proceso de maduración del maíz, las sementeras son vigiladas celosamente, para que nadie infrinja esas leyes religiosas, pues el maíz pertenece al Gran Espíritu, hasta que se realicen los ritos de desacralización.

Indudablemente esas reglas tan estrictas dimanaban de modelos míticos que constituyen la ley vigente.

No colocan el maíz sobre la tierra, sino que le almacenan en graneros o le cuelgan en largas trenzas, bajo el techo de la Casa Larga. Es de rigor poner en una de las trenzas, o en el granero, una pluma de águila, tinta en rojo, para asegurar la protección de la cosecha. Resalta, de nuevo, el valor mágico de la pluma que materializa el espíritu protector del maíz. La pluma protegía las mazas de guerra y las pipas ceremoniales. Constituye una síntesis del ave sagrada, protector del género humano.

A raíz de la fiesta de la cosecha se come ritualmente manjares confeccionados con maíz maduro y se ofrendan los mismos alimentos a los dioses, con los que se consubstancian los hombres.

Durante la ceremonia de la cosecha, el maíz es quebrantado en rústicos morteros de madera o de piedra, mientras dos mujeres cantan simultáneamente una melodía con la frase *nah uiné na*, la canción del maíz, en acción de gracias al Gran Espíritu. En la cocina ceremonial anexa a la Casa Larga, las matronas preparan harina de maíz en tanto que las mujeres danzan lentamente en torno de la casa-templo.

Con la fiesta de la cosecha finalizan las tareas agrícolas y comienza el ciclo de la caza que se prolonga hasta el año nuevo. Por entonces osos y venados están gordos; su carne es deliciosa, ya que durante el período de lluvias los animales encuentran suficiente agua y alimento.

Los iroqueses desconocen la tortilla típica del área mesoamericana. En cambio usan técnicas culinarias, populares en esa área, como la confección de tamales, especie de empanada de masa de maíz, envuelta en hojas verdes y cocida al vapor. Confeccionan varias clases de tamales, entre otras el llamado *onensto*, de carne desmenuzada mezclada con pasta de maíz. Lo cuecen al horno y le envuelven con hojas verdes sacadas de la mazorca. Luego hacen hervir los tamales en una olla.

Manjar delicioso es el «pan de maíz», *kanatoro honwe*, que los iroqueses reservan para los días de gran circunstancia. Está hecho con pasta de maíz, revuelta con frijoles y chile verde. Su confección dura tres días a partir del desgranado de las mazorcas. Hacen hervir los frijoles, y después preparan la pasta de maíz, mezclada con pimienta. Los granos de maíz son hervidos en agua con ceniza, para abrir la película

que luego se separa, mediante sacudida en una canasta, bañada en agua del río. El producto está listo entonces para la molienda. El «pan de maíz» es el tradicional manjar en las fiestas matrimoniales³⁹.

La esposa de Poking Fire tuvo la amabilidad de confeccionar un «pan de maíz» con que me obsequió al momento de la despedida (gráfica 10). Obsérvese que la matrona luce el tradicional vestido de cuero de venado, de dos piezas, y ostenta en el pecho y en la frente la imagen del ave del trueno, protector de la familia iroquesa.

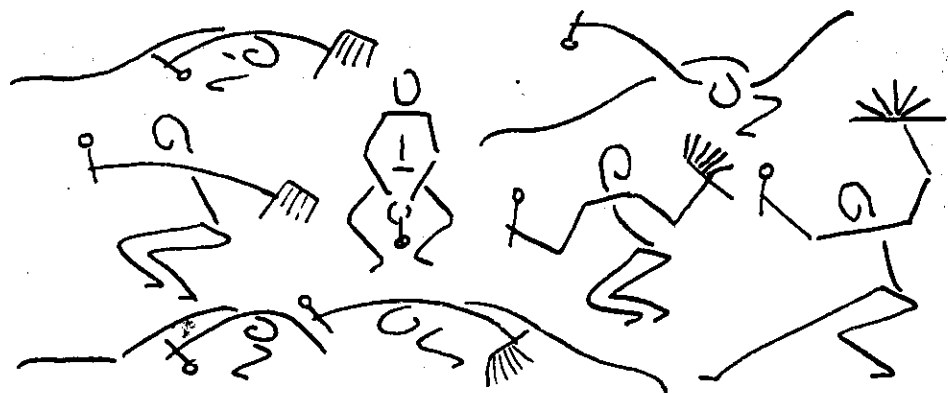
Respecto al modo de comer, hay que agregar que los hombres comen aparte de las mujeres, como tuve ocasión de observar entre los shipibos de la Amazonia peruana.

Según Murdock, las recetas para el procesamiento del maíz como alimento ascienden a cerca de 50 (*op. cit.*, pág. 253).

Danzas rituales.—Los danzantes iroqueses, en los lugares que tuve oportunidad de visitar, están organizados en sociedades o ligas. Morgan da una lista de 32 danzas rituales, entre ellas la del maíz nuevo, de la gran Pluma, de las caras falsas, de las cuatro noches, de la serpiente, del pez, del oso, del águila, del lagarto, del tambor, de la muerte, etc.

Al describir el ciclo ceremonial, se ha visto que la danza, el canto, la oratoria y el juego forman parte del ritualismo religioso; se han mencionado, además, algunas de las danzas principales. Ésas danzas han sido descritas y coreografiadas por eminentes especialistas, como William N. Fenton, Gertrude Prokosh Kurath y otros.

Los actores masculinos suelen gesticular con vehemencia en la eje-



³⁹ Los mayas de Yucatán hacen todavía una torta o pan de maíz compuesto de maíz, frijoles y semillas de calabaza, que llaman *tutiuh*.

cución de pantomimas, gestos y actitudes violentas; cuando se trata de representar animales míticos, imitan sus movimientos, como puede apreciarse, por ejemplo en la coreografía de la danza del Aguila, que se reproduce aquí (de Gertrude Prokosh Kurath). En cambio el movimiento de las mujeres es más lento y más acompasado.

Dice el *Manuel...*, que la danza de la mujer iroquesa no es violenta como la de los hombres. La mujer mantiene el cuerpo derecho, avanzando ligera y alternativamente una y otra espalda, lo que produce un mecido que imita el de la caña de maíz agitada por el viento (*op. cit.*, pág. 145).

Philip Phillips observa que las actitudes de danza plasmadas en el arte arqueológico del Sureste «is inescapably Middle American»⁴⁰. Esos paralelos arqueológicos se continúan en la etnografía.

Si se compara, por ejemplo, la danza del Aguila, ilustrada por George Catlin⁴¹, con la danza ritual chorti de las sonajas, que también es una danza solar y cósmica, sus similitudes son sorprendentes. En ambas, los danzantes forman una cuadrilla que ejecuta habilidosos pasos de danza, con posiciones genuflexas en cada esquina de un cuadro imaginario que representa los cuatro rumbos del mundo⁴². En la página 34 del *Códice de Dresden* puede verse una danza en cuadrilla que ofrece grandes semejanzas con aquéllas.

Los iroqueses ejecutan la danza del Aguila cuando van a cazar el ave sagrada, difícil de alcanzar en las montañas más altas. El director de esa danza es el propio jefe que, en esta ocasión, es llamado *ra cowana* = el que es grande. El jefe representa o personifica al dios solar cuyo símbolo es el águila.

Dice Murdock que «la sociedad Aguila puede incluso restablecer la salud de los ancianos y moribundos» (*op. cit.*, pág. 270).

El jefe, en función *ra cowana*, dirige y encabeza la danza de la «Gran Serpiente», que no sólo se ejecuta en ceremonias religiosas, sino también en el rito de reintegración a la comunidad de personas que retornan a la Casa Larga, después de una ausencia más o menos prolongada.

En esta ocasión los actores danzan en fila que imita las ondulaciones de la serpiente en movimiento. La fila de danzantes está encabezada por el jefe que representa la cabeza del ofidio, en tanto que los participantes simbolizan el cuerpo integrado a la cabeza. Esta figura dramatiza, *in vivo*, el pensamiento chorti de que el sacerdote es la cabeza

⁴⁰ Philip Phillips, «Middle American influences on the Archaeology of the South-eastern U. S. A.», en *The Maya and their Neighbors*, New York, 1940, pág. 356.

⁴¹ George Catlin, «Letters and notes... 1844, reproducida en Bureau of American Ethnology, *Bulletin* 103, lámina 6.

⁴² R. Girard, *Los Mayas Eternos*, México, 1962, pág. 315, foto n.º 207.

de su comunidad concebida como una serpiente (*Cahn*) y por esta razón es llamado *Hor chan* = cabeza de serpiente. Ese título sacerdotal se ilustra en los códices mayas por el glifo-rebus de una serpiente ondulante con cabeza humana (ver ilustración pertinente).

Muchos paralelos podrían establecerse entre actitudes de los indios del Sureste y de los mayas contemporáneos. Para no cansar al lector sólo me referiré todavía a la posición significativa que adopta el Gran Sol, o jefe de los *natchez*, durante la fiesta del maíz.

Se coloca, de pie, frente al templo, mira sucesivamente hacia los cuatro rumbos del mundo; luego al templo que, en concepto de ellos, simboliza el centro del universo. Extiende los brazos horizontalmente (en cruz), rehaciendo con sus gestos la imagen del cosmos⁴³.

La misma posición, con el mismo sentido es adoptada por el actor *chorti* que en la danza de los gigantes representa o personifica al dios solar. Se coloca, de pie, mira hacia los solsticios y extiende los brazos, formando una cruz⁴⁴.

La Fiesta de los muertos.—En todo el área iroqués, el festival en honor a los muertos, *ohgi'we*, se celebra en los primeros días de noviembre, después de la temporada agrícola. En *Cuaughnawaga*, alrededor del 1 de noviembre, en luna llena; entre los *oneida*, la celebración comienza el 29 de octubre y entre los *onondaga*, el 5 de noviembre. Aunque las fechas difieren, siempre caen después de la época del cultivo.

En esta ocasión hacen una visita a sus muertos, en el cementerio y los convidan a un banquete festivo. Cada familia prepara los alimentos preferidos de los difuntos, principalmente sopa de maíz. Sirven la mesa; los espíritus de los familiares fallecidos acuden, y se sientan a la mesa a comer.

En la Casa Larga se desarrolla el ceremonial dedicado a los muertos que están presentes, espiritualmente en todos los actos que se celebran en su honor.

Participan en las ceremonias, en las danzas y los banquetes, en alegre convivio con sus familiares.

Son las matronas las que asumen la dirección de los actos festivos, en los que participan activamente las mujeres casadas, en virtud de la solidaridad entre lo agrario y lo funerario. Los muertos contribuyen a producir las lluvias que fertilizan la Madre-Tierra, trabajada por las mujeres.

Mediante el humo de tabaco, los vivos se comunican con los muertos, en la misma forma como lo hacen con los dioses. Hay, en efecto, rela-

⁴³ Paul Radin, *Histoire de la civilisation...*, op. cit., pág. 170.

⁴⁴ R. Girard, *Esoterismo del Popol-Vuh*, México, pág. 262.

ciones de afinidad entre el espíritu de los muertos y el de los dioses. Según los informes de la esposa de *Poking Fire*, los muertos que han cumplido con los deberes de la moral religiosa son luminosos, irradian luz, como el Gran Espíritu. Es decir, que tienen la condición de un dios solar.

Se ejecuta en esta ocasión la danza del tambor que es el instrumento del Trueno. Porque los muertos colaboran con el dios del Trueno en «hacer» la tempestad.

A la luz de esas concepciones se explica la observación de algunos etnógrafos de que el tambor, como la sonaja, es una entidad espiritual, objeto de respeto y veneración. Asimismo, el tambor es el instrumento del dios del Trueno y de la Tempestad, para los mayas, y así figura en el *Códice de Dresden*, según la reproducción que se ilustra aquí.



A la medianoche se celebra el culto a los muertos, cuando el sol está en el nadir, alumbrando el mundo ífero. Los muertos se equiparan al dios solar, al dios del Trueno y al dios del Aire, e influyen en la temperatura.

Además de la danza del Tambor se les dedican la de los guerreros, la del pez, la de los muertos y otras. Según Jacques Cartier, las viudas se pintaban la cara de negro en señal de luto.

La danza de la Muerte, *oh ki we*, dramatiza el mito de la Gran Serpiente que destruyó la humanidad iroquesa. Cuentan que un muchacho encontró, hace muchísimo tiempo, una pequeña serpiente. Esta fue creciendo y creciendo hasta adquirir proporciones gigantescas y se tragó toda la gente de la aldea. Pero el héroe cultural, mató a la fiera, librando a la humanidad de este peligro. Los que pasaron, después, por el lugar donde cayó la serpiente oyeron cantar a los muertos engullidos por la fiera. Son esos cantos los que se repiten en la fiesta de los muertos danzando al son del tambor.

Escatología

Cuando pregunté a la esposa de *Poking Fire* que dónde van los muertos, me contestó «van a buscar otra tierra de cacería, una tierra donde hay animales y de todo en abundancia». La vida futura no es sino una continuación de la presente, un mundo mejor.

Al igual que todos los pueblos agricultores, los iroqueses consideran que el individuo posee dos almas; una es su «sombra», la otra es la que viaja al país de los bienaventurados.

Dice Murdock: Cuando muere una persona, los supervivientes visten el cadáver con sus mejores ropas y le pintan la cara (de rojo, según Swanton). Miembros de la mitad opuesta llevan el cadáver al cementerio del clan, lo entierran en un hoyo circular cuyas paredes han sido recubiertas con varas y lo cubren también con maderos; después alzan un poste u otro monumento conmemorativo para señalar el lugar del enterramiento.

Los iroqueses exponen el cadáver sobre una plataforma en lugar de enterrarlo, o lo atan a una rama de un árbol. Los parientes depositan al lado del cadáver los implementos y los utensilios del difunto, una pipa y un poco de tabaco y de comida. Encienden una hoguera sobre la tumba y a menudo dan libertad a un pájaro cautivo para que se lleve el alma del fallecido.

Al morir, el alma, que es un doble incorpóreo parecido a una sombra, cesa de animar el cuerpo y se convierte en un espectro. Frecuenta la tumba durante el día y vaga a lo lejos durante la noche en busca de alimentos, manifestando su presencia gimiendo, chillando y silbando. Los muertos producen enfermedades y otras desgracias. Se les teme en consecuencia y los hombres tienen la precaución de no mencionar jamás el nombre de una persona fallecida (G. P. Murdock, *op. cit.*, págs. 267-268).

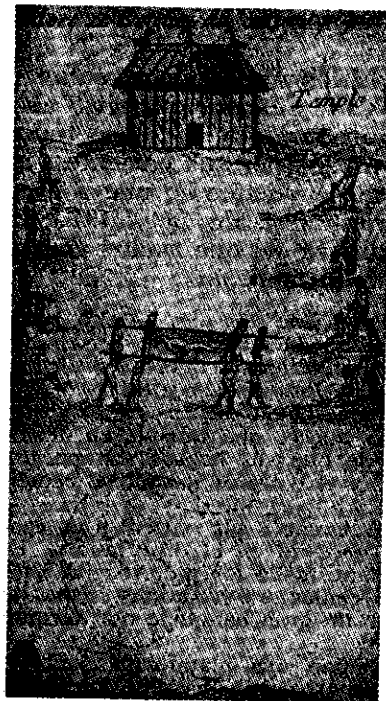
Debido al temor del muerto, al transportar el cadáver le hacen dar varias vueltas para que «pierda el camino».

Esa curiosa costumbre iroquesa es practicada todavía por los quichés y otros pueblos agricultores, así como los del Sureste. A continuación se ilustra con el grabado de Du Pratz, los funerales de un jefe de guerra natchez, llamado Serpiente Tatuada. Su muerte fue acompañada por un extenso sacrificio humano que incluyó el de su propia esposa favorita y otros personajes.

Este documento, único en la etnografía americana antigua, registra las circunvoluciones del cortejo fúnebre desde que sale de su casa hasta el templo.

Obsérvese, además, que transportan el cadáver manteniendo los pies hacia adelante.

Mis informantes concuerdan en que los muertos se integran al inframundo por el Occidente, es decir, por donde desaparece el sol, dato que coincide con los de la etnografía antigua y moderna. De esto se infiere que la posición del cadáver, en la mencionada ilustración, está orientada de Oriente a Poniente, es decir, con la cabeza al Oriente y los pies al Poniente.



En esta misma posición llevan los mayas y los quichés a sus muertos rumbo al cementerio.

En los pueblos agricultores del continente resalta la importancia del viaje *post mortem* y sus relaciones con los mecanismos tribales de control social.

Douville y Casanova hacen una reseña del viaje *post mortem* de los iroqueses, un viaje difícil y lleno de peligros. El muerto debe cruzar un río, donde puede naufragar. En las tétricas regiones del mundo infero ha de defenderse de un perro bravo y puede encontrarse con el espíritu de los prisioneros de guerra que fueron quemados con su complicidad. Para evitar ese peligro tienen cuidado, después de la muerte de los prisioneros de guerra, de dar golpes con una varita, a derecha e izquierda, y de gritar, para obligar a las almas de los muertos a alejarse. Ha de pasar también por una especie de purgatorio donde expía sus faltas.

Después de sufrir muchas tribulaciones llega, por fin, al paraíso, si ha sido un buen guerrero y un buen cazador, cualidades básicas del hombre iroqués. Ese paraíso es nada menos que la propia casa de *Ataentsic*, tapizada de collares de porcelana⁴⁵.

En el más allá, los muertos conservan el mismo estilo de vida que en la tierra. Cazan, pescan en reservas inagotables y se regocijan en la casa grande de la abuela, conservando su residencia matrilocal.

Diversos sistemas de sepultamiento se practican entre los iroqueses. El más usual era el entierro secundario, que era una práctica general en los pueblos del Sureste.

La esposa de Poking Fire recuerda que, antiguamente, los iroqueses colocaban el cadáver sobre una plataforma y debajo de ella colgaban su vestimenta. Encerraban el cadáver en una bolsa hecha de dos pieles de venado cocidas y la rellenaban con hierbas para que el cuerpo del difunto no fuese comido por los animales. El cadáver era tabú, nadie podía tocarlo. En el festival anual a los muertos, separaban la carne de los huesos, dejando la osamenta limpia. Este «trabajo» lo hacían los parien-

⁴⁵ R. Douville y J. D. Casanova, *La vie quotidienne des indiens du Canada*, Hachette, Paris, 1967, pág. 100.

tes del fallecido. Los huesos eran envueltos en nueva ropa y el esqueleto era llevado a la sepultura familiar. Sobre la tumba se construía una cabaña y se encendía una hoguera.

Tales informes coinciden, en general, con la descripción de un entierro hurón, registrado en el *Manuel des Indiens du Canada*, que dice así: «Los hurones daban su festival de los muertos en otoño; entonces todos los que habían muerto en el año eran exhumados por sus parientes. Le separaban la carne de los huesos y éstos eran envueltos en nueva ropa y colocados en el lugar de sepultura de la tribu» (*op. cit.*, págs. 191-192).

Este sistema de entierro secundario no difiere del que estaba en uso en la región meridional. Según la *Relation de la Louisiane*:

«Después de muerto levantan una especie de cabaña de seis pies de alto, sobre seis postes donde colocan al cuerpo... Ese cuerpo queda allí cinco o seis meses hasta que creen que está podrido, lo que da una infección terrible. La mujer de la aldea que se encarga de descarnar los huesos, los limpia bien y los coloca en una canasta muy limpia que envuelve en una tela. Luego hacen un banquete. Después de comer llevan la canasta al cementerio, que es una cabaña. Lo mismo hacen cuando muere un jefe, con la diferencia de que sus huesos son puestos en un cofre, después de pintar de rojo la cabeza, y el cofre es llevado al cementerio de los jefes

Creen que el fantasma del muerto regresa a reclamar a sus parientes en caso que éstos no le hayan provisto de todo lo que necesita en el otro mundo. En los primeros días de noviembre celebran la gran fiesta de los muertos (al igual que los iroqueses). Cada familia se reúne en el cementerio común y visita los cofres fúnebres de sus parientes. Al regreso hacen un gran banquete que termina la fiesta.

Cuando muere un choctaw, sus parientes levantan una plataforma sobre la que depositan el muerto, envuelto en una piel de oso o de bisonte, y le dejan allí siete u ocho meses. Cuando juzgan que el cadáver se encuentra en un estado de putrefacción suficiente para que las carnes se separen fácilmente de los huesos, el chaman se encarga de la disección, usando para ello sus uñas. Todos los parientes y amigos del muerto deben estar presentes a esta ceremonia que se termina con un banquete. Las carnes son quemadas. Después colocan los huesos en un cofre que tapan con una tabla. Las mujeres encienden antorchas y se quema la plataforma y la carne en una gran fogata»⁴⁶.

Observa Walter Krickeberg que la combinación del templo con la casa sepulcral, en las culturas antiguas del Sureste, está relacionada con los sepultamientos secundarios.

En algunos monumentos de Ohio y de Virginia occidental, los cadáveres eran tendidos sobre una capa de ceniza de algunos centímetros de espesor, sin duda para proteger a los muertos contra la asechanza de los seres malignos. Esto se infiere de las propiedades mágicas de la ceniza y su uso por los iroqueses contemporáneos para conjurar a los espíritus malignos.

Antes, como ahora, se encendía fuego sobre las tumbas, a juzgar

⁴⁶ John R. Swanton, «Source Material for the social and ceremonial life of the Choctaw Indians». *Smithsonian Inst. Bulletin*, 103, Washington, 1931, págs. 251, 260, 265 y 266.

por la caja de tierra medio cocida que cubría las sepulturas antiguas, las de Tennessee oriental, de Ohio, de Virginia occidental y de Carolina del Norte⁴⁷.

En muchos mounds de Illinois, de Kentucky, de Tennessee, del nordeste de Georgia y de algunas partes de Ohio, se han encontrado criptas forradas con piedras. Algunas contienen los huesos desarticulados y atados formando un paquete. En Ohio se encontraron cámaras funerarias de piedra y entierros colectivos. También bóvedas funerarias⁴⁸. Pequeñas cajas de piedra conteniendo osamenta se encuentran, a veces, en gran número en un mismo montículo. Entierros colectivos encontrados por Mac Spaddin están ilustrados en la obra de Beuchat⁴⁹. Las pipas y los vasos funerarios encontrados en los mounds relacionan las costumbres del pasado arqueológico con las costumbres funerarias de los iroqueses contemporáneos.

Los montículos funerarios constituyen la clase más numerosa de túmulos de la región sureste de Norteamérica.

También se practicaba ocasionalmente la cremación en Ohio, Missouri y el estado de Nueva York, costumbre que se mantuvo entre los iroqueses hasta los tiempos históricos.

De lo expuesto se concluye que las costumbres funerarias de los iroqueses se remontan a tiempos muy lejanos y que eran en muchos aspectos similares a las que se practicaban en el Sureste.

Momificación.—Las tribus del Sureste practicaban una especie de momificación del cadáver y el entierro colectivo, reservado a difuntos de gran prestigio. Revestían la osamenta con la piel previamente disecada y rellena (Krickeberg, *op. cit.*, pág. 125). El citado etnólogo nos habla de las momias de los jefes que descansaban sobre estantes.

Esa práctica funeraria, como la del entierro colectivo, se remonta también a la época arqueológica. Momias, con el cuerpo disecado, fueron encontradas en Salt Cave, Kentucky. Datan del período Woodland⁵⁰. La citada investigación habla, además de numerosas referencias a momias en sepulturas del centro oeste de Kentucky y en Salt Cave (*op. cit.*, página 201).

Asimismo James Brown se refiere a la práctica de la momificación en el sureste de Norteamérica, pero no especifica los sitios donde fueron localizadas las momias o los cuerpos disecados⁵¹.

De las diversas formas de sepultamiento, ya sea cripta, en pozo fo-

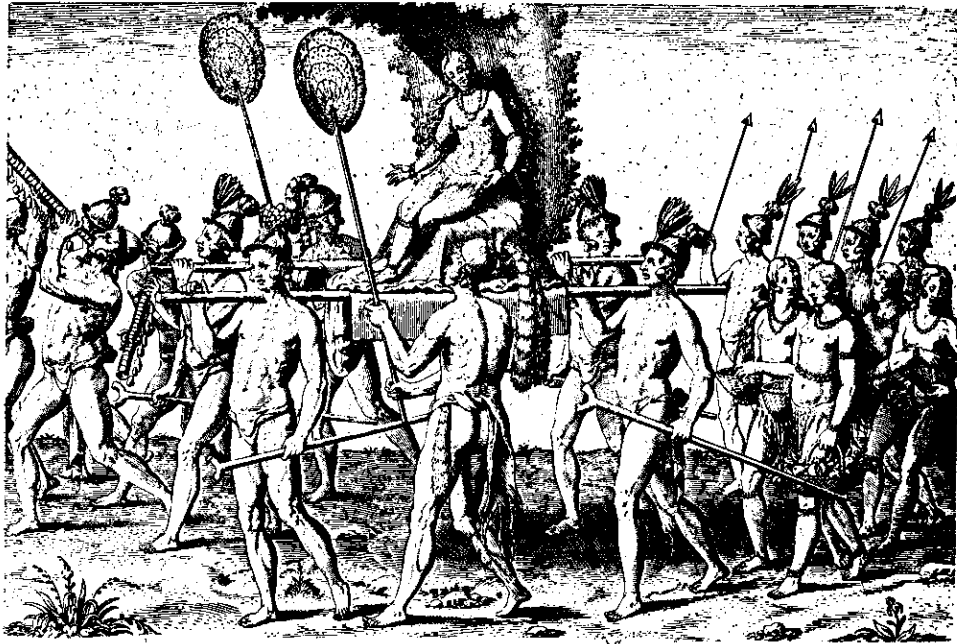
⁴⁷ H. Beuchat, *Manual de Arqueología americana*, Madrid, 1918.

⁴⁸ *Idem.*

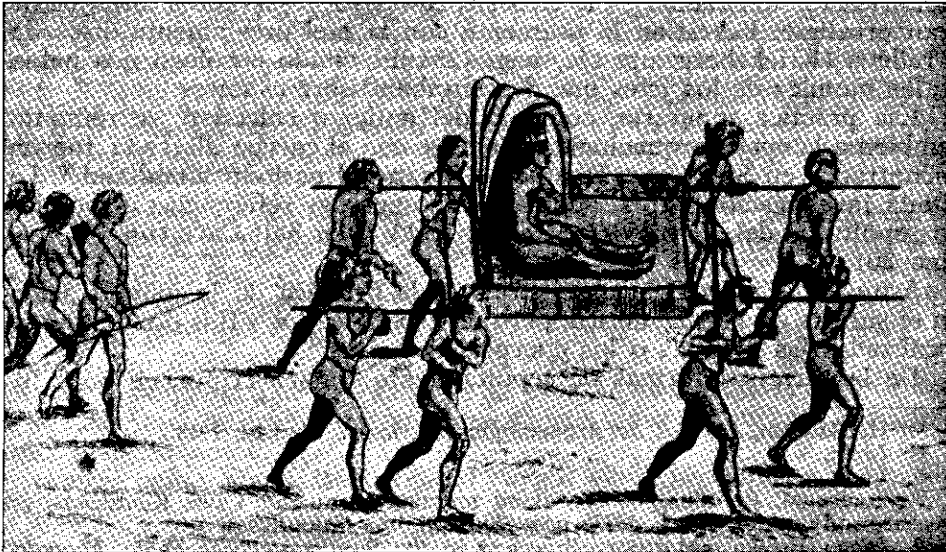
⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ Louise M. Robbins, «A Woodland mummy from Salt Cave, Kentucky», en *American Antiquity*, abril, 1971, pág. 20 (con una fotografía).

⁵¹ James Brown, «Mortuary Practices in the Southeastern U. D. A., *Memoirs of the Soc. American Archaeology*, n.º 25, julio, 1971, pág. 4.



La esposa de un jefe timucua portada en litera, según Du Pratz



El Gran Sol (rey) de los natchez, portado en litera, según Du Pratz

rrado o en plataforma, resalta la preocupación del indígena para evitar todo contacto del cadáver con la tierra, sin duda por la naturaleza semi-divina del muerto. El mismo tabú se observa todavía entre los iroqueses en la conducción del perro blanco sacrificado, que se lleva en andas, porque encarna a un ser divino y como tal está impregnado de fuerza mágica.

Este principio se aplica a los jefes masculinos y femeninos. Son llevados en andas o literas porque representan o personifican entidades divinas. No pueden tocar la tierra por estar cargados de fuerza mágica.

El Gran Sol (jefe o «rey») de los natchez, por ejemplo, era portado en litera, como puede apreciarse en el grabado de Du Pratz, que se reproduce aquí. Personificaba al dios solar y lucía sus insignias, la corona o diadema de plumas y el gran collar de gruesas perlas. Los guerreros le cubrían las espaldas con un manto de cuero y los pies con pieles.



Asimismo, la esposa del jefe timucua, que representaba la diosa-Madre, era llevada en andas, como puede apreciarse en un grabado del mismo Du Pratz que se reproduce en la página anterior.

Resalta el interés etnológico de este elemento cultural y su significación, pues le encontramos en pueblos que corresponden al mismo horizonte cultural. Esa costumbre era conocida entre los mayas, como puede apreciarse en una pintura del vaso de Ratinlinxul, que se reproduce en esta página.

Mitología y Teogonía

Mitos iroqueses de la creación y de los héroes culturales.—He aquí un sumario del mito iroqués de la Creación, tomado del libro de Hazel W. Hertzberg⁵².

En los comienzos no existía el mundo, ni la tierra ni las criaturas que nos rodean en la actualidad. Sólo existía el Gran Océano que ocupaba el espacio. Sobre el Océano había un gran vacío de aire, y en el aire vivían las aves del mar; en el océano vivían los peces y las criaturas de lo profundo. Más arriba estaba el cielo. Allí vivían los dioses, que eran semejantes a los iroqueses.

En el cielo vivía un hombre que tenía una mujer, ella estaba en estado de gravidez. La mujer tenía hambre de toda suerte de extrañas golosinas, como todas las mujeres que esperan un niño. Su esposo se ocupaba casi solamente en distraerla y en buscar cosas deliciosas para que ella comiera.

En el centro del cielo crecía un Gran Arbol, que no se parecía a ningún otro conocido. Había crecido allí siempre. Tenía raíces enormes que se extendían afuera, desde el piso del cielo-mundo (en otra leyenda se dice que «sus blancas raíces se extendían hasta las cuatro esquinas del mundo», pág. 498). En sus ramas había diferentes clases de permisos y diferentes variedades de frutas y flores. El árbol no debía ser marcado o mutilado por ninguno de los seres que vivían en el cielo. Era un árbol sagrado que se erguía verticalmente en el centro del universo.

La mujer deseaba un poco de la corteza del Gran Arbol, acaso para alimento o medicina. Se lo comunicó a su esposo. A él no le agradó la idea. El sabía que esto era malo. Pero ella insiste, y se va adentro. Cava un hueco entre las raíces del Gran Arbol del Cielo, y desnuda algunas de sus raíces. Pero el piso del mundo celeste era muy grueso y para desnudar una de sus raíces la mujer excavó un agujero. Entonces quedó aterrada al ver por el agujero que había un gran abismo en el mundo inferior.

La mujer estaba llena de curiosidad. Consiguió coger algunas raíces a fin de aprovecharlas para ella misma. Se inclinó y miró hacia abajo, donde estaba el Océano. Metió su cabeza en el agujero y miró por todos lados. No podía saber lo que le sucedería después. Se resbaló. Entonces su esposo, harto de todas las peticiones que le hacía, la empujó. La mujer tuvo la sensación de caer al abismo, se agarró frenéticamente de los bordes del agujero, pero sus manos resbalaron. Sin embargo, entre sus dedos estaban adheridos trozos de cosas que crecían en el piso del mundo celestial y trozos de las raíces del gran Arbol. Y así ella comenzó a caer hacia el Gran Océano, allá abajo, lejos.

Los pájaros del mar vieron a la mujer cayendo e, inmediatamente, se consultaron entre sí para ver qué podían hacer para ayudarla. Volando, ala con ala, ellos hicieron una gran balsa de plumas en el cielo para sostenerla y así interrumpieron su caída. Pero, por supuesto, no era posible para ellos transportar a la mujer muy lejos. Algunos otros pájaros del cielo volaron hacia abajo, a la superficie del océano y llamaron a las criaturas oceánicas para ver qué podían ellos hacer para ayudar. La gran tortuga marina vino y aceptó recibirla sobre su lomo. Los pájaros la colocaron suavemente sobre la concha de la tortuga, y entonces la tortuga flotó erráticamente por el inmenso océano, con la mujer a salvo sobre su lomo.

Los seres de arriba, los del mundo celestial, no prestaron atención a esto. Ellos sabían lo que pasaba, pero prefirieron ignorarlo.

Cuando la mujer se recuperó del shock y terror, ella miró en torno suyo. Todo lo que pudo ver fueron los pájaros y criaturas marinas, el cielo y el mar.

⁵² *The Great Tree and the Longhouse*, Macmillan, New York, 1966.

Y la mujer pensó que ella iba a morir. Pero las criaturas del mar vinieron hacia ella y le dijeron que ellos tratarían de ayudarla y le preguntaron qué podrían hacer. Ella les dijo que si ellos pudieran encontrar algo de tierra, ella podría plantar las raíces que traía entre sus dedos, y de ellas crecerían nuevas plantas. Los animales del mar dijeron que tal vez habría tierra en el fondo del océano, pero ninguno había estado nunca allá abajo y así no podían estar seguros.

Si había tierra en el fondo del océano, estaba lejos, muy lejos bajo la superficie, en las frías profundidades. Pero los animales dijeron que ellos procurarían conseguir algo. Uno tras otro, los pájaros que vuelan en picado y los otros animales hicieron el intento, pero fallaron. Llegaron hasta el límite de su resistencia, pero no pudieron llegar al fondo del océano. Finalmente la rata almizclera dijo que ella trataría. Buceó y desapareció. Todas las criaturas esperaron, conteniendo su aliento, pero la rata almizclera no regresó. Después de un largo tiempo, su pequeño cuerpo flotó sobre la superficie del océano, con una migaja de tierra apriionada en su garra. Parecía estar muerta.

Ellas la empujaron sobre el lomo de la tortuga y cantaron y oraron sobre ella y le insuflaron aire en su boca y, finalmente, se estremeció. Así, fue la rata almizclera la Buceadora de Tierra, la que trajo del fondo del océano la tierra de la cual toda la tierra debía formarse.

La mujer tomó el pequeño terrón y lo colocó en medio del enorme carapacho de la tortuga. Luego la mujer comenzó a caminar en círculos alrededor del terrón moviéndose en el sentido que lo hace el Sol. La tierra comenzó a crecer. Cuando la tierra alcanzó un espesor suficiente, ella plantó las raíces que ella misma había arrancado (del Arbol de Vida) y tenía en sus dedos cuando cayó del cielo. Así las plantas crecieron sobre la tierra.

Para mantener la tierra en estado de desarrollo y vitalidad, la mujer caminó en el mismo sentido que la marcha del Sol, moviéndose en la dirección en que la gente todavía se mueve en las danzas rituales.

Ella recogió raíces y hierbas para comer y se construyó una pequeña cabaña. Después de cierto tiempo, le «llegó su tiempo» a la mujer, ella dio a luz a una niña. Madre e hija se mantuvieron caminando o paseando en torno a la tierra, formando un círculo de modo que la tierra y las plantas continuaron creciendo. Ellas vivían de las hierbas y las raíces que recogían. La niña creció con su madre, separadas para siempre del mundo celestial que estaba encima, y sólo conocían a los pájaros y a las criaturas del mar, sin ver otros seres semejantes a ellas.

Un día, cuando la niña ya había llegado a ser mujer, apareció un hombre. Nadie sabe con certeza quién era este hombre. El tenía algo que ver con los dioses de arriba. Tal vez él no era sino el Viento del Oeste. Cuando la niña lo miró, fue presa de terror y asombro y sintió un calor interior; se desmayó como si hubiera muerto. Cuando yacía sobre la tierra, el hombre hurgó en su morral, y sacó de ahí dos flechas: una puntiaguda y la otra de punta roma, y las colocó cruzadas sobre el cuerpo de la muchacha, y silenciosamente se fue.

Cuando la niña volvió en sí de su desmayo ella y su madre continuaron caminando en torno a la tierra. Después de cierto tiempo, ellas se dieron cuenta de que la muchacha iba a tener una criatura. Ellas no lo sabían, pero la muchacha iba a tener gemelos.

Ya en el vientre de su madre, los gemelos comenzaron a discutir y disputarse, uno contra el otro. No podía haber paz entre ellos. Y cuando se aproximó el momento de nacer, los gemelos pelearon acerca del modo de su nacimiento. El de la derecha quería nacer en la forma normal, como todos los niños. Pero el de la izquierda (el zurdo) dijo «no». El manifestaba que veía la luz en otra dirección, y que el debería nacer en esa vía. El diestro le imploraba para que no lo hiciera, advirtiéndole que podía matar a su madre. Pero el de la izquierda era terco. El se fue por el camino por donde veía la luz. Pero no podía nacer por la boca, ni por la nariz de su madre. Así que nació a través del sobaco de ella y, al nacer,

la mató. Mientras tanto el gemelo diestro había nacido en la forma normal, como todos los niños nacen.

Los gemelos se encontraron en el mundo exterior, el de la derecha acusó a su hermano de haber matado a su madre. Pero la abuela les impuso silencio, diciéndoles que dejaran de reñir. Ellos enterraron a su madre. Y de su tumba crecieron las plantas que la gente usa todavía. De su cabeza nació el maíz, los frijoles y las calabazas «nuestro sostén, las tres hermanas». Y de su corazón nació el tabaco sagrado que el pueblo usa todavía en sus ceremonias y a través de su humo ascendente ellos envían sus agradecimientos. Las mujeres la llaman «Nuestra Madre» y ellas bailan y cantan en las ceremonias rituales, para que el maíz, el frijol y la calabaza puedan seguir creciendo a fin de alimentar al pueblo.

Pero el conflicto entre los gemelos no terminó en la tumba de su madre. Y, por extraño que parezca, la abuela favorecía al de la izquierda.

El gemelo de la derecha estaba disgustado, y se ponía más enojado al pensar cómo su hermano había matado a su madre. El de la derecha hacía todas las cosas como debían ser hechas. El decía lo que pensaba y sus palabras tenían el sentido de lo que decía. El siempre decía la verdad y siempre trataba de cumplir con lo que le parecía correcto y razonable. El de la izquierda nunca decía lo que pensaba ni expresaba en palabras lo que sentía. El siempre mentía y siempre hacía las cosas al revés. Uno no podría decir qué es lo que intentaba, porque siempre hacía aparecer como si fuera a hacer lo contrario. El era el descarriado.

Estos hermanos, conforme crecieron, representaron las dos maneras de ser en el mundo, presentes en toda la gente. Los indios (iroqueses) no los llaman lo bueno y lo malo —lo correcto y lo equivocado—. Los llaman el pensamiento recto y el pensamiento torcido; el hombre vertical y el hombre torcido; la derecha y la izquierda.

Los gemelos tenían poderes creadores. Ellos tomaron arcilla y modelaron animales a los cuales dieron vida. En esto competían uno con el otro. El gemelo de la derecha hizo al venado y el de la izquierda hizo al puma (león de la montaña) que mata al venado. Pero el de la derecha sabía que siempre habría más venados que pumas. Y él hizo otro animal. El hizo a la ardilla de tierra. El de la izquierda vio que el puma no podría alcanzar a la ardilla, que cava hoyos, de modo que hizo a la comadreja. Y aunque la comadreja puede meterse en los hoyos de la ardilla de tierra y matarla, siempre hay muchas ardillas y no tantas comadrejas. En seguida el de la derecha decidió que él podía hacer un animal que la comadreja no podría matar, y así fue que creó el puerco-espín. Pero el de la izquierda hizo al oso, que de una manotada pone al puerco-espín sobre su espalda y le arranca las entrañas.

Y el de la derecha hizo las bayas y otras frutas, para que sus criaturas tuvieran de qué vivir. El de la izquierda hizo las zarzas y las yedras venenosas y las plantas venenosas, como la actea y el cornejo, y la raíz del suicidio, con lo que la gente se mata a sí misma cuando se ponen fuera de sentido. Y el de la izquierda hizo también medicinas, para bien y para mal, para fines curativos y de brujerías.

Y, finalmente, el de la derecha hizo al hombre. La gente no sabe realmente cuánto tiene que ver el izquierdo con la hechura del hombre. El hombre fue hecho de arcilla, como la alfarería, y fue cocido al fuego.

(Posteriormente se adicionó la idea de que algunos hombres fueron horneados insuficientemente: éstos son los hombres blancos. Otros hombres fueron horneados demasiado: éstos son los negros. Pero otros fueron horneados al punto exacto: éstos son los indios iroqueses. Los que fueron horneados muy poco o demasiado, fueron lanzados lejos. Los indios iroqueses fueron colocados para señorrear la tierra).

El mundo que construyeron los gemelos estaba bien equilibrado y ordenado y éste era bueno. Los animales comedores de plantas, creados por el de la

derecha, hubieran comido toda la vegetación si su número no se hubiese mantenido a un nivel gracias a los animales carnívoros que había creado el de la izquierda. Pero si estos animales carnívoros comieran demasiados otros animales, ellos luego se morirían de hambre, porque dejaría de haber carne. Así, el de la derecha y el de la izquierda, los gemelos, establecieron un equilibrio ecológico en el mundo.

Conforme los gemelos iban llegando a la madurez, seguían compitiendo entre sí. Ninguno había ganado, ninguno había perdido. Y se dieron cuenta que el conflicto se iba poniendo cada vez más agudo y que uno tenía que vencer al otro.

Y así llegaron a desafiarse en duelo. Comenzaron jugueteando. Tomaron un tazón de madera y en él pusieron huesos o semillas de ciruela silvestre. Un lado de las pepitas estaba quemado para que se viera negro y agitando las semillas en el tazón y apostando en qué forma caerían, ellos jugaban el uno contra el otro, como todavía lo hace la gente en los ritos de año nuevo.

Durante toda una mañana ellos jugaron este juego, y también toda la tarde, y el sol al fin se puso. Y cuando llegó el ocaso, el juego había concluido, pero ninguno había ganado.

Así llegaron a luchar entre ellos en el juego llamado *lacrosse*. Y contendieron todo el día y el Sol llegó al ocaso y el juego había terminado. Ninguno había ganado.

Después lucharon con clavos, y pelearon todo el día y el Sol descendió del todo, y la lucha seguía. Pero ninguno había ganado.

Y ellos fueron de duelo en duelo para ver cuál de ellos había de sucumbir. Cada uno sabía en su más profundo pensamiento que había algo en alguna parte que podía derrotar al otro. Pero, ¿qué era aquello? ¿Dónde encontrarlo?

Cada uno de los gemelos sabía cuál era el punto débil del otro. Ellos hablaban de ello mientras luchaban en esos duelos, día tras día, y de alguna manera recóndita el pensamiento profundo de cada uno penetró en el del otro. Y en su mente, el de la derecha mintió a su hermano, en tanto que éste, el izquierdo dijo la verdad.

En el último día del duelo, mientras estaban en suspenso, ellos supieron al fin cómo el de la izquierda iba a matar a su hermano. Cada uno escogió su arma. El de la izquierda escogió un simple garrote que no le serviría de nada. Pero el de la derecha tomó la cornamenta de un venado, y con un solo toque mató a su hermano.

Y el gemelo de la izquierda murió, pero murió y no murió. El gemelo de la derecha recogió el cuerpo y lo arrojó por el borde de la tierra. En algún lugar del inframundo, el gemelo de la izquierda vive y reina todavía.

Cuando el Sol se levanta por el Este y viaja a lo largo de la cúpula del cielo, la cual descansa sobre el plato de la tierra, los hombres están en el dominio luminoso del gemelo de la derecha. Pero cuando el Sol se desliza hacia abajo por el Oeste, al caer la noche, y se escapa en el borde occidental, los hombres están, de nuevo, en el dominio del gemelo de la izquierda, el espantoso reino de la noche.

Habiendo matado a su hermano, el gemelo de la derecha retornó al hogar con su abuela. Ella lo recibió iracunda. Tiró el alimento fuera de la cabaña, sobre el suelo, y dijo que él era un asesino porque había matado a su hermano. El se encolerizó y le dijo a la abuela que ella siempre había ayudado a su hermano, quien había matado a la madre de ambos. En su enojo, él la agarró de la garganta y le cortó la cabeza. Lanzó su cuerpo al océano y tiró su cabeza en medio del cielo. Ahí «Nuestra Abuela Luna», todavía sigue vigilante por la noche sobre los dominios de su nieto favorito.

El gemelo de la derecha tiene muchos nombres, uno de ellos es *Sapling*, que significa joven, suave, verde y fresco, inocente, íntegro, de crecimiento recto, flexible, educable y entrenable. Pero desde que se fue, él tiene otros nombres.

El es llamado «El que sostiene el cielo», «Señor de la Vida» y «Gran Creador». El gemelo de la izquierda también tiene muchos nombres. Uno de ellos es *Flint*: Pedernal. El es llamado también «El desviado», el «Buboso», el «Viejo Verrugoso». El es terco. Se lo concibe como siendo de color oscuro.

Estos dos seres gobiernan al mundo y tienen la vista fija en los asuntos del hombre. El gemelo de la derecha, el Señor de la Vida, vive en el Cielo. El está contento con el mundo que ayudó a crear y con sus criaturas favoritas, los seres humanos. El aroma del tabaco sagrado, elevándose de la tierra, llega gratamente a sus narices.

En el mundo infero vive el gemelo de la izquierda. El conoce el mundo de los hombres y halla placer en ello. El oye los ruidos de la guerra y la tortura, y los encuentra buenos.

Durante el día, las gentes celebran ritos y ceremonias que honran al gemelo de la derecha. En el curso de los rituales diurnos, ellos celebran ritos de acción de gracias al Señor de la Vida. En la noche, los hombres bailan y cantan para el gemelo de la «izquierda».

Hay diferentes versiones del mito iroqués de la creación, pero todas giran en torno a los mismos temas. La primera mujer, la que cae del cielo tiene por nombre *Ataentsic* y los gemelos *Yoseka* o *Yuseka*, el de la derecha y *Tawiskara*, el de la izquierda. Otra versión específica que, al llegar al suelo, la mujer celestial se convirtió en la Madre Tierra.

Respecto a la creación de los seres humanos, R. Douville y J.-D. Casanova nos dicen que:

«Es la posteridad de *Yuseka* que pobló la tierra, pero desapareció a la tercera generación a consecuencia de un diluvio. Para repoblar la tierra hubo que cambiar los animales en seres humanos».

«*Yuseka* representa el sol, fuente de fecundidad engendrada por la luz y el calor. *Ataentsic* simboliza la luna» (*La Vie quotidienne des indiens du Canada*, op. cit., págs. 96-97).

Daniel G. Brinton nos da la versión siguiente del mito iroqués de la Creación:

Al comienzo todo era sólo agua. En ella vivían animales y monstruos. En lo alto se extendía el cielo, poblado de seres sobrenaturales. *Ataentsic*, una diosa, cae de un agujero del mundo celeste sobre las aguas primordiales.

Una tortuga la acoge sobre su propio dorso.

La diosa toma un poco de fango traído por una rana y con ello, gracias a su poder divino, creó al mundo.

Cuando cayó del cielo, *Ataentsic* estaba encinta. Después de cierto tiempo, dio a luz a una niña. Esta hija creció y, sin haber visto jamás un hombre, concibió dos gemelos: *Ioseka* y *Tawiscara*. *Tawiscara* mostró sus inquietudes aun antes de nacer, nació fuera del flanco de su madre. En consecuencia de ello, *Ataentsic* murió y su cuerpo fue enterrado: de él se originaron los diversos productos vegetales que faltaban al mundo, para poder ser habitado por el hombre. Los gemelos crecieron.

Ioseka anduvo por el mundo árido, creando fuentes de agua, lagos, ríos, majestuosos riachuelos, etc. Su hermano, *Tawiscara*, le dio vida a una rana inmensa que bebió todo el agua, de manera que el mundo volvió a quedar árido como antes. *Ioseka*, informado de este acontecimiento por una perdiz, anduvo en la parte del mundo habitado por su hermano, encontró la rana gigantesca y, perforándole el flanco, hizo salir todo el agua. El espíritu de su madre reveló a *Ioseka* que *Tawiscara* habría intentado matarlo a traición.

Los dos hermanos se encontraron y se desafiaron a muerte. Ellos, sin embargo, no eran hombres, sino seres divinos y sólo un poder superior podía hacerlos morir. Era éste un secreto que cada uno de ellos guardaba con cuidado.

Ioseka confesó que para él, un ramo de rosas silvestres era más dañino que cualquier otra cosa; *Tawiscara* declaró que sólo el cuerno de venado podía golpearlo en la parte vital.

A la primera oportunidad, *Tawiscara* atacó con violencia a su hermano con un ramo de rosa silvestre, pero no cayó muerto.

Ioseka, a su vez, reponiéndose inmediatamente, asaltó a su adversario con un cuerno de ciervo y le golpeó en el costado; la sangre brotó de la herida.

Tawiscara se fugó del campo de combate, hacia el occidente; la sangre caía sobre la tierra transformándose en cuchillo de sílex. *Ioseka* le alcanzó y finalmente lo mató.

Tawiscara fue expulsado del mundo, pero, siendo un ser inmortal, siguió viviendo en el lejano occidente, donde fue el rey de los muertos.

Ioseka, ahora, se dedica a poblar el mundo.

Abre una gruta y hace llegar a ella todos los animales que se encontraban en la floresta y en las praderas. Para hacer de modo que los hombres pudieran agarrarlos más fácilmente, les golpeó a todos los pies, a excepción de la avispa.

Ioseka creó después a los seres humanos.

Les enseñó a encender el fuego, como él mismo había aprendido de la gran tortuga, y les enseñó también a cultivar el maíz⁵³.

Se transcribe a continuación el mito seneca de «La Mujer que cayó del Cielo»⁵⁴:

Hace mucho tiempo los seres humanos vivían allá arriba en el Cielo. Ellos tenían un grande e ilustre jefe. Su hija se enfermó gravemente de una extraña afección. Todo el pueblo estaba muy ansioso por seguir el proceso de su enfermedad. Ninguno de los remedios conocidos logró curarla.

Cerca de la casa de este jefe, se erguía un gran árbol, que producía maíz todos los años para alimentación. Uno de los amigos del jefe tuvo un sueño en el cual se aconsejaba decirle al jefe que para curar a su hija, él debía tenderla bajo el árbol y que debía arrancar el árbol. Este consejo fue seguido al pie de la letra. Mientras la gente estaba trabajando y la joven yacía allí, llegó un joven. El estaba muy disgustado y dijo: «No está bien que destruyan este árbol. Sus frutos en todo lo que tenemos para vivir». Y diciendo esto, le dio un empujón con el pie a la joven que yacía allí enferma, haciéndola caer en el hoyo que había sido excavado.

Y entonces este hoyo se abrió hacia este mundo, que por entonces era sólo agua sobre la que flotaba un conjunto de aves de muchas clases. Cuando estas aves acuáticas vieron a la mujer cayendo, ellos gritaron «vamos a recibirla». Entonces ellos, por lo menos algunos de ellos, juntaron sus cuerpos y la joven cayó sobre esta plataforma de cuerpos y plumas. Cuando esto hubo ocurrido, preguntaron: «¿Quién se ofrecerá para cuidar a esta mujer?». La gran tortuga la tomó entonces y cuando se cansó de sostenerla, a su vez, preguntó quién tomaría su lugar. Al final se planteó la cuestión de qué deberían hacer para proporcionarle (a ella) un alojamiento permanente en este mundo. Finalmente se decidió preparar la Tierra, sobre la cual ella viviría en el futuro. Para hacerlo así, se determinó que debería traerse tierra del fondo del mar primordial y colocarla sobre el

⁵³ Transcrito por Tulio Tentori, en *Mitti e leggende sulla creazioni dei primitivi nordamericani*, Roma, 1941, págs. 19-20.

⁵⁴ Smith Thompson, *Tales of the North American Indians*, Indiana University Press, Bloomington and London, 1966, págs. 14-17.

amplio y firme carapacho de la tortuga, donde crecería en tamaño a tal grado que podría recibir a todas las criaturas que nacieran en adelante. Después de mucha discusión, el sapo fue finalmente persuadido para que buceara hasta el fondo de las aguas en busca de tierra. Haciendo valientemente el esfuerzo, el batriacio triunfó y trajo tierra de las profundidades marinas. Esta fue cuidadosamente extendida sobre el carapacho de la tortuga y, al instante, comenzó a crecer de todos lados y en profundidad.

Cuando la joven se recuperó de la enfermedad que sufría cuando fue lanzada del mundo superior, ella misma construyó una cabaña en la cual vivía contenta. En su tiempo dio a luz una niña, que rápidamente creció en tamaño e inteligencia.

Cuando la hija llegó a la pubertad, su madre y ella acostumbraban a salir en busca de plantas silvestres. Su madre le había dicho que durante la recolecta ella debía dar siempre la cara al Oeste. Antes de mucho tiempo, la joven dio señales de estar encinta. Su madre la respondió diciendo que ella había violado el tabú de nunca mirar frente al Este. Se dice que el aliento del Viento del Oeste había entrado en su persona, causando su concepción.

Cuando el tiempo de dar a luz estaba ya próximo, ella escuchaba a los gemelos dentro de su cuerpo en acalorado debate respecto a quién debía nacer primero y sobre el mejor lugar para salir. Uno declaraba que saldría por el sobaco de su madre, y el otro decía que él emergería por el camino normal.

El primero en nacer, que era de color rojizo, fue llamado *Othagwenda*, esto es, *Pedernal*. El otro, que era de color claro, fue llamado *Djuskaha*, esto es, *Renuevo mozueto*.

La abuela de los gemelos quería a *Djuskaha*, pero odiaba al otro, así que tiró a *Othagwenda* en el hueco de un árbol, a cierta distancia de la cabaña. El muchacho que permaneció en la cabaña creció rápidamente y pronto estuvo en capacidad de construirse él mismo arcos y flechas y de ir a cazar en las vecindades. Finalmente, durante varios días él regresó a casa sin su arco y flechas. Por último, se le preguntó por qué tenía que hacer un nuevo arco y nuevas flechas todas las mañanas. El replicó que había un muchacho en un árbol hueco en las cercanías de su hogar. La abuela inquirió dónde estaba el árbol, y luego de eso, ellos fueron allí y trajeron al otro muchacho de nuevo a casa.

Cuando los gemelos habían crecido hasta hacerse hombres, decidieron que era necesario para ellos aumentar el tamaño de la isla y se pusieron de acuerdo para salir juntos y luego separarse para hacer florestas, lagos y otras cosas. Partieron, de acuerdo con lo convenido; *Othagwenda* se fue hacia el Oeste y *Djuskaha* hacia el Este. Al regresar, después de algún tiempo, se reunieron en su cabaña, por la noche y convinieron en ver al día siguiente lo que había hecho cada uno. Primero fueron al Oeste, para ver qué había hecho *Othagwenda*. Resultó que él había hecho un país de solo rocas y bordes y también un mosquito que era muy grande. *Djuskaha* pidió al mosquito que volara, para ver si el mosquito podía pelear. El mosquito corrió y metiendo su trompa en un bote, le hizo caer, a lo cual dijo *Djuskaha*: «Esto no está bien, porque matarás a la gente que va a venir». Así que agarrándolo, le frotó entre sus manos y de esta manera le volvió muy pequeño, luego sopló al mosquito que volvió a salir volando. También modificó otros animales que su hermano había hecho. Después de regresar a su cabaña, convinieron en ir al día siguiente a ver lo que había creado *Djuskaha*, al Este. Al viajar al Este encontraron que *Djuskaha* había hecho un gran número de animales que eran tan gordos que apenas podían moverse; que había hecho árboles de arce, para que dieran jarabe; que había hecho sicomoros, para que dieran buena fruta; que los ríos estaban hechos de tal modo que el agua fluía la mitad para arriba y la otra mitad hacia abajo. Entonces el hermano rojizo, *Othagwenda* estuvo muy disgustado con lo que su hermano había hecho, manifestando que la gente llegaría a vivir demasiado fácilmente y sería demasiado feliz. Luego sacudió violentamente los varios animales, osos, venados y pavos, y se volvieron pequeños

al instante, característica que transmitieron a sus descendientes. También hizo que el árbol de arce sólo produjera agua azucarada, y que el fruto del sicomoro se volviera pequeño e inútil, y, finalmente, hizo que el agua de los ríos sólo corriera en una dirección, porque según los planos originales habría sido demasiado fácil, para los seres humanos que habían de crearse, navegar por las corrientes en un sentido y en otro.

La inspección que hicieron los gemelos de sus respectivos trabajos, provocó una mortal enemistad entre ellos. Finalmente lucharon entre sí y *Othagwenda* murió en la fiera lucha.

La versión onondaga del mito del Génesis de los iroqueses, registrada por Hewitt, comienza de este modo:

«Los seres humanos habitan en el cielo, en el lado más lejano del cielo visible. Sus cabañas son generalmente casas-largas. Es allí donde pasan la noche. Temprano, por la mañana, los guerreros acostumbran ir a cazar y ellos regresan todas las noches.

Este paraíso que ha existido desde la eternidad, es el modelo del mundo en el cual vivimos; y allí se sitúa el primer acto del drama cósmico. La pena y la muerte eran allí desconocidos, era una tierra de tranquilidad y abundancia.

Pero sucedió que una muchacha nació de una moza celestial, habiendo su padre enfermado y muerto —la primera muerte del universo— poco antes que ella naciera. El cadáver fue depositado en un andamiaje funerario. La niña tomó la costumbre de llegar a la tumba para hablar con su padre. Cuando ella creció, él le indicó que debería hacer un viaje a través de los dominios del Jefe que detiene la Tierra, con quien ella había de casarse. La doncella atravesó un río sobre un tronco de arce y después de haber escapado a diversos peligros, llega a la casa del jefe situada cerca del Gran Arbol del Cielo. Este la somete a pruebas dolorosas, y llega a ser la esposa del jefe. Habiendo soportado exitosamente estos sufrimientos él la envía después de tres noches a su propio pueblo con regalos de maíz y de carne de venado. Ella retorna con el jefe su esposo. Pero éste, viendo que ella está encinta, es devorado por feroces e injustificados celos contra el Dragón de Fuego. *Ataentsic* da a luz a una hija: «Ráfaga de Viento». Después el jefe recibe visitas de todos los jefes de clanes que habitan en el cielo y celebran consejo. Entre ellos se encuentran los del Venado, del Oso, del Castor, el Viento, el Día, la Noche, la Calabaza, el Maíz, el Frijol, la Tortuga, la Nutria, el Pájaro Carpintero, el Fuego, el Agua, la Medicina —modelos de la creación futura—; la Aurora Boreal adivina que el jefe tiene la mente perturbada por los celos y sugiere arrancar el Arbol del Cielo. Esto se hace en el acto. Y entonces aparece un profundo abismo bajo el hueco donde estaba el árbol.

Por esta abertura el Jefe del Paraíso arroja a su esposa y a la niña, proveyéndola primero de maíz y carne de venado y un haz de leña, mientras Dragón de Fuego la envuelve en un gran rayo luminoso.

Aquí termina el acto del drama en el mundo superior. El nombre de la mujer que es arrojada del cielo es *Ataentsic*, quien habría de ser la Gran Madre Tierra. El jefe del Cielo es su esposo, de modo que los primeros actores del drama del mundo son la Tierra y el Cielo respectivamente, mientras que su primera cría es *Hálito de Vida*.

El segundo acto del drama se sitúa en el Mundo de Abajo. El mito onondaga continúa así:

Así, pues, su cuerpo siguió cayendo. Ella estaba sorprendida de que hubiera luz abajo, de un color azul. Ella miró y allí parecía haber un lago, en el sitio donde ella iba cayendo. No había tierra por ninguna parte. Ella vio muchas

aves en el lago, aves acuáticas de todas variedades, que nadaban en bandadas. El cuerpo de la mujer siguió cayendo.

Una de las personas dijo: «Parece que debe haber tierra en las profundidades del agua». En ese momento, la *Loon* dijo: «Busquemos para encontrar quién será capaz de cargar la tierra sobre sus espaldas, por medio de mecapan» (banda frontal para cargar bultos).

Todos los animales se ofrecieron. La nutria y la tortuga intentaron la hazaña, pero fracasaron. La rata almizclera triunfó, poniendo sobre el carapacho de la tortuga la tierra traída del fondo del mar. Y desde entonces el carapacho comenzó a crecer enormemente y la tierra con que la habían cubierto llegó a ser la tierra firme. Sobre esta tierra puso sus pies *Ataentsic*, habiendo sido interrumpida su caída por las aves acuáticas que volaron a encontrarla para llevarla en sus alas.

Sobre la tierra en proceso de crecimiento renace «Ráfaga de Viento» y crece. Ella recibe visitas de un extraño que llega por la noche y que no es otro que el jefe de los Vientos y la fecunda. Así nacieron los gemelos.

Episodio de la muerte de la madre de los gemelos. El tercer acto del drama relata los actos creativos de cada gemelo y su enemistad.

Yoskeha, también llamado *Teharonhiawagon*, el que sostiene al cielo, visita a su padre, el jefe de los Vientos, quien le obsequia arco, flechas y maíz, dándole así los elementos que le permitan alimentarse. Luego crea las diferentes especies de animales. Su hermano, sin embargo, los aprisiona en una caverna y aunque *Yoskeha* logra liberar a la mayoría de ellos, algunos permanecen cautivos y serán convertidos en las criaturas malignas del mundo subterráneo. Después, *Yoskeha* en un duelo de fuerza, vence al jorobado *Hadui*, causa de todas las enfermedades y la decrepitud. Le arranca el secreto de la medicina y del uso ritual del tabaco. Darles su curso al Sol y a la Luna, creados por *Ataentsic* de la cabeza y del cuerpo de la madre de los gemelos fue su siguiente proeza. Pero la abuela y *Tawiscara* habían ocultado esos cuerpos celestes y la tierra estaba sumida en la oscuridad. *Yoskeha*, ayudado por cuatro animales, que están en los cuatro Cuartos del mundo arregla el curso del Sol.

En fin, *Yoskeha* crea al hombre, *Tawiscara* queriendo imitarlo, sólo logra producir monstruos, y por ende es desterrado por su hermano en el mundo infero. Al llegar a viejo, *Yoskeha* tiene la facultad de transformarse en joven. La ofrenda inmanente es su cuerpo, y por medio de ella es dotado de fuerza y potencia.

En las *Relaciones* de 1636, Brébeuf dice de los hurones:

«Si ellos ven reverdecir sus campos en la primavera, si ellos recogen abundantes cosechas y si sus cabañas se llenan de mazorcas de maíz, ellos lo deben a *Iouskeha*. Yo no sé que nos tiene Dios en reserva para este año; pero *Iouskeha* se ha informado que ha sido visto muy abatido y flaco como un esqueleto, con una miserable mazorca de maíz en la mano»⁵⁵.

Yoskeha aparece en los mitos como héroe creador en tanto que su hermano es la encarnación de las potencias malignas. El primero crea al hombre y a los animales y sostiene el cielo. Es él un dios benefactor de los iroqueses. Manifiesta su voluntad a los hombres en sueños; así se explica la gran importancia que los iroqueses atribuyen a los sueños cuya interpretación queda a cargo del chamán. *Ataentsic* es la abuela de los dioses y, a la vez, divinidad de la muerte. *Tawiscara* es el patrón de las fuerzas destructoras de la naturaleza.

John R. Swanton ofrece una interesante leyenda acerca de la creación del hombre y los saltamontes por *Aba*:

Poco después de la creación de la Tierra, el hombre y el saltamontes llegaron a la superficie a través de un lago subterráneo que partía de una gran caverna, en el interior de la tierra. Llegaron a la cumbre de una colina llamada *Nané chaha*. El hombre y los saltamontes habían sido creados por *Aba*, el Gran Espíritu, que los formó de arcilla o barro amarillo.

Al emerger del pasillo subterráneo se esparcieron en todas direcciones. Algunos se fueron al Norte, otros al Sur, al Este y al Oeste.

La madre de los chapulines, que había permanecido en la caverna, fue matada por los hombres, en consecuencia no hubo más saltamontes que alcanzaron la superficie. Desde entonces, los que viven en la tierra fueron conocidos por los choctaw, bajo el nombre de *eske ilay*, es decir los de la «madre muerta». Sin embargo, los hombres continuaron saliendo a la superficie de la tierra a través del largo subterráneo que conducía a la cumbre del cerro *Nané chaha* y pisotearon y mataron a muchos saltamontes, al moverse en las hierbas.

Los chapulines se alarmaron, temiendo que fueran todos matados si salían más hombres sobre la tierra y hablaron a *Aba*, quien los escuchó y cerró el pasadizo para no permitir la salida de más hombres. Había todavía mucha gente que permanecía en la cueva, pero *Aba* los transformó en hormigas y desde entonces las pequeñas hormigas vienen saliendo de hoyos que hay en la tierra (John R. Swanton, *op. cit.*, pág. 37).

Mitos del dios del Trueno. El Sol. Las Pléyades y las estrellas.—Algunos estudiosos consideran que el mito del dios del Trueno o de la Tempestad es el más extenso de la mitología iroquesa.

En concepto de Lewis Spence, el *substratum* más antiguo corresponde al relato de las aventuras de la deidad principal, *Hi'nun*, el dios del Trueno o de la Tempestad, quien, con su hermano el Viento del Oeste, vence finalmente y extermina a la poderosa raza de los Gigantes de piedra.

Muchos mitos interesantes tratan de la manera como *Hi'nun* destruyó a los monstruos y gigantes que infestaban el mundo primitivo.

Sorprendido por un tremendo aguacero con truenos y rayos, un cazador se refugió bajo el follaje del Arbol Grande; desde allí oye una voz misteriosa que le conmina a seguirle.

El tuvo, conscientemente, la sensación de elevarse lentamente desde la superficie terrestre y pronto, se encontró mirando hacia abajo, desde un punto cercano a las nubes, a una distancia de muchos árboles sobre el suelo. Estaba rodeado por seres de apariencia humana; uno de ellos parecía ser el jefe. Ellos le dijeron que mirara hacia la tierra y si podía ver una enorme serpiente acuática. Como no podía verla, el jefe le untó los ojos con un unguento sagrado, que le dio una vista sobrenatural. Así pudo descubrir una forma de dragón en las profundidades acuáticas, allá lejos, abajo de él. El jefe ordenó a uno de sus guerreros que matara al monstruo. Pero le enviaba flecha tras flecha sin poder traspasar al descomunal dragón. Entonces el cazador fue invitado a mostrar su pericia como arquero. Tomando su arco, él apuntó cuidadosamente. La flecha zumbó hacia las profundidades y luego se perdió de vista. Pero una terrible conmoción se hizo sentir allá abajo, en el lago, en tanto que el cuerpo de la gigantesca serpiente daba saltos entre el agua sanguinolenta, con espantosos retorcimientos y contorsiones. Era tan aterrador el ruido que se elevaba hacia ellos que aun los seres celestiales que rodeaban al cazador se pusieron a temblar. Pero gradualmente la ruidosa tempestad se calmó y el enorme bulto de la serpiente, mortalmente herida, se hundió en el lago, cuya superficie se fue calmando, poco a poco, hasta que todo estuvo quieto. El jefe agradeció al cazador el servicio prestado

⁵⁵ *Mithology of all Races*, vol. 10, Northamerican, págs. 34, 38.

y éste fue conducido nuevamente a la tierra. Así fue llevado el hombre, por primera vez, ante *Hi'nun*, y así fue como conoció la existencia de un poder que podría protegerlo contra fuerzas adversas de la humanidad⁵⁶.

Hino o *Hi'nun*, es el dios benévolo del Trueno y de la Lluvia que hace madurar las cosechas, cuando se le propicia con ofrendas de humo de tabaco, como se ha visto precedentemente.

Hartley Burr A., tratando de «Los Poderes de arriba» expresa:

Aún mayor que el poder del Gigante-del-Viento es el del «Tronador» o dios del Trueno y de la Tempestad, a quien los iroqueses consideran el «Guardián de los Cielos», armado con un arco poderoso y flechas flamígeras. Destruye todos los elementos nocivos a la humanidad. Es reverenciado, en particular, por haber matado la Gran Serpiente del Agua, que estaba devorando a la humanidad. *Hino* es el nombre del dios de la Tempestad o del Tronador, y su esposa es el Arco Iris. El tiene muchos asistentes, los Tronadores menores, y entre ellos, el joven *Gunnodoyah* que anteriormente fue un ser mortal. *Hino* se llevó a este joven a sus dominios, lo armó con un arco celestial y lo envió a combatir la Gran Serpiente. Pero el animal devoró a *Gunnodoyah*, y éste comunicó su fracaso a *Hino*, en un sueño de éste. Entonces el Tronador y sus guerreros mataron a la Serpiente y llevaron a *Gunnodoyah* aún vivo a los cielos.

El Tronador es un amigo y protector de los hombres, pero éstos no deben invadir sus dominios.

Los cherokees cuentan una historia del «Hombre que se casó con la hermana del Tronador».

Seducido por la doncella, fue llevado a la cueva del Tronador. Allí se encuentra radeado por monstruos de formas cambiantes y cuando él rehúsa montar en un corcel-serpiente ensillado con una tortuga viva, el Trueno se disgusta, lanzando relámpagos de sus ojos y un tremendo estallido arroja al joven héroe sin sentido. Cuando él vuelve en sí y recorre el camino hasta su casa, aunque cree que ha estado fuera sólo un día, descubre que su gente hace mucho que le da por muerto. En realidad, después de este percance sólo sobrevive siete días.

Uno de los asistentes de *Hino* es *Oshadagea*, la Gran Aguila del Rocío, cuyo *habitat* es el cielo occidental. El Ave divina lleva un lago de rocío (agua) en una cavidad que tiene en su espalda. Cuando los espíritus malévolos del Fuego están destruyendo todo lo verde (vegetación) que hay en la tierra, *Oshadagea*, el Ave del Trueno, vuela por todo el mundo y de sus alas extendidas cae la humedad curativa (rocío o lluvia).

El Aguila del Rocío de los iroqueses es probablemente sólo la figura del Ave del Trueno, que ha sido reemplazado entre ellos por *Hino*, el Arquero divino. El Pájaro-del-Trueno es un espíritu invisible; el relámpago es el destello de sus ojos; el trueno es el ruido de sus alas (En otras leyendas el trueno es la voz de *Hino*). Al igual que el dios del Trueno, el Pájaro está rodeado de asistentes, los Tronadores menores, bajo la forma de aves del tipo del águila o del halcón. *Keneu*, el Aguila Dorada, es el representante principal.

Si no fuera por los Tronadores, dicen los indios, la Tierra sería abrasada por el fuego y la hierba se marchitaría y moriría.

El padre Le Jaune cuenta como, cuando un nuevo altar cristiano era instalado en una misión, los indios al ver el Espíritu Santo representado

⁵⁶ Lewis Spence, *The Myths of the North American Indians*, Londres, 1914, páginas 218-219.

por una paloma rodeada de rayos de luz, preguntaban si el ave no era el trueno, porque ellos creen que el trueno es un ave; y cuando ellos ven plumas bellas, preguntan si no son las plumas del trueno.

El dominio por encima de las nubes es el paraíso del Sol, de la Luna y de las Estrellas. El Sol es masculino, la Luna femenina. A veces son hermano y hermana; a veces, marido y mujer.

Los iroqueses dicen que el Sol, *Adekagagwaa*, descansó en los cielos del Sur durante el invierno, dejando su «espíritu dormido» para mantener la guardia en su lugar. La víspera de su partida, él se dirige a la Tierra, prometiéndole regresar: «Tierra, Gran Madre, sosteniendo a tus hijos contra tu pecho, escucha mi poder... ¡Yo soy *Adekagagwaa*! Yo reino y dirijo todas vuestras vidas. Mi campo es ancho, donde corren las rápidas nubes y cazan, saltan, se arremolinan y caen en lluvias hacia vuestros ríos y corrientes. Mi escudo es vasto y cubre vuestra tierra con su brillo amarillo, o la quema con mis llamas. Mis ojos son grandes y buscan por todas partes. Mis flechas son rápidas cuando yo las sumerjo en rocíos que nutren y forman alimento. Mi ejército es fuerte; cuando yo duermo, él vigila mis campos. Cuando yo regrese de nuevo, mis guerreros batallarán por todos los cielos, *Ga-oh* guardará sus vientos huracanados, *Hino* ablandará su voz, *Gohone* (el Invierno) desaparecerá y las tempestades ya no darán guerra».

Los indios conocen también la poesía de las estrellas. Sigue la leyenda de la doncella-estrella, que es la Estrella de la Mañana o *Gendenwitha*, la que trae el «día» o el Sol.

Las Pléyades son llamadas las estrellas danzantes. Fueron un grupo de hermanos despertados en la noche por voces cantantes. Conforme ellos bailaban, las voces se retiraban y ellos, siguiéndolas, fueron conducidos poco a poco hasta el cielo, donde la piadosa Luna los transformó en un grupo de estrellas fijas y les ordenó bailar durante diez días, cada año, sobre la casa del Consejo en la época del Año Nuevo. Uno de los hermanos danzarines, oyendo los lamentos de su madre, miró hacia abajo y cayó con tal fuerza que quedó enterrado. Por un año la madre lloró sobre su tumba, y entonces surgió de ella una diminuta planta que creció hasta convertirse en árbol que aspiraba a elevarse hacia las alturas del cielo.. Así fue como nació el pino, el más alto de los árboles, la guía del bosque, el vigilante de los cielos (Hartley Burr Alexander, *op. cit.*, págs. 24-27).

He aquí otra versión del mito de origen de las Pléyades, cúmulo estelar que desempeña un rol de gran importancia en la astronomía y el calendario de los iroqueses. Refiere, en síntesis, la historia de siete jóvenes danzantes.

Su madre no les daba de comer, por esto se murieron y se fueron al cielo donde continúan bailando. De ahí que se llama a esa constelación *dancing boys*, en inglés y *wa tca tc'u*, en iroqués. Uno de los danzantes miró hacia abajo y cayó. Es la estrella más baja de la constelación. Este episodio mítico se dramatiza en la «danza de los muchachos».

Este es justamente el número de los siete días que dura la celebración de año nuevo (informes personales de Raymond Gabriel y Juan Juneau).

Estructura del mundo.—«En todas las grandes ocasiones —dice De

Smet—, en sus ceremonias religiosas, políticas y en sus grandes fiestas, el calumet preside. Los salvajes envían sus primeros frutos (primicias) o sus primeros alimentos al gran *Waconda*, Maestro de Vida, al Sol, que les da luz, a la Tierra y al Agua de las que se nutren. Después ellos lanzan una bocanada de humo en las direcciones de la Rosa de los Vientos, pidiendo del Cielo todos los elementos y vientos favorables. Ellos ofrendan el calumet al Gran Espíritu, a los cuatro Vientos, al Sol, al Fuego, a la Tierra y al Agua».

El ritual del calumet define para los indios la estructura del mundo y la distribución de los poderes que residen en él. Arriba, en el remoto y brillante cielo, está el Gran Espíritu, cuyo poder es el aliento de la vida que sumerge toda la naturaleza y cuya manifestación es la luz, que revela la creación. El espíritu de la luz se muestra a sí mismo en el Sol que es *El Ojo del Gran Espíritu*. Como aliento de la vida, penetra en todo el mundo en la forma de los movimientos de los Vientos. Debajo está la Madre Tierra, que produce el Agua de la Vida y que nutre en su seno a todos los seres orgánicos, las formas vegetales y animales.

Intermediarios entre el *habitat* del hombre y los poderes superiores son los pájaros. Las serpientes y las criaturas de las aguas, son intermediarios que comunican con los poderes del inframundo.

Por encima de la tierra plana está el dominio de los vientos y las nubes, donde se mueven los espíritus y el Gran Pájaro del Trueno. Por encima de éstos, el Sol, la Luna y las Estrellas, y sobre esto, en lo alto, está el círculo del cielo superior, el recinto del Gran Espíritu.

Comúnmente, el firmamento visible se considera como el techo del mundo del hombre, pero al mismo tiempo es el piso del mundo celestial, que contiene los modelos de todo lo que existe en el mundo de abajo. De este paraíso los seres divinos descienden para crear el mundo visible. A su vez, la Tierra es el piso, para nosotros, pero es un techo para aquellos que están debajo, que son los poderes que envían hacia arriba los gérmenes fructificantes que brotan como espíritus de vida en la superficie de la Tierra; esto es, la vegetación. Ambos dominios, el de arriba y el de abajo, son habitáculos de las almas humanas que se han ido para siempre. Porque, para el indio, la muerte sólo es un cambio de vida.

Los chipewas creen que hay cuatro «capas» o pisos del mundo de arriba y cuatro del mundo de abajo. Esto es probablemente una expresión del mundo tetragonal de la estructura cósmica, ya que el cuatro es el número sagrado del indio en todas partes. La raíz de la idea debe encontrarse en la concepción de los cuatro puntos cardinales y de las cuatro esquinas del universo, donde radican los espíritus que sostienen el cielo.

Frecuentemente los indios identifican los espíritus de los cuadrantes del mundo con los cuatro Vientos.

El 4 es un número mágico de la tradición indígena. Fundamental-

mente representa las cuatro direcciones del mundo, fijadas por el Creador cuando midió su obra (*Mythology of all Races, op. cit.*, págs. 21-23).

A propósito del numeral 4 y su relación con la medida del cosmos, cabe citar la definición que da J. A. Couq. La voz iroquesa *kaieri* significa cuatro y, a la vez, «medida, justa medida, justo lo que se necesita». Es decir, que hay analogía entre la idea de cuatro y la de mensuración.

Y Hartley Burr Alexander nos dice que el 4 es un número mágico o número sagrado de la tradición indígena. Resulta de la natural consecuencia de dar énfasis a los cuatro cuartos (*quarters*) del cuadro cósmico, en las prácticas del culto. Fundamentalmente, representa el cuadro de las direcciones por medio del cual el Creador midió o mensuró su trabajo (*Mythology of all Races, n.º 10, op. cit.*, págs. 23 y 311).

Las leyendas iroquesas cuentan la historia de los gigantes de piedra, que eran magos muy poderosos y excelentes cazadores que no conocían ni el arco ni la flecha. Empleaban las piedras como proyectiles y arrancaban los árboles más grandes sin el menor esfuerzo. Eran temidos por su canibalismo.

En otra leyenda se cuenta cómo *Onatha* (espíritu del maíz), hija de la Madre Tierra llamada *Eithinoha* (Nuestra Madre), partió un día en busca del «Rocío refrescante» y fue raptada por el Espíritu del Mal que la encerró bajo tierra, en las tinieblas. Ella se quedó allí hasta que el Sol la descubrió y la condujo de nuevo a la sementera o al campo que había abandonado. Desde entonces *Onatha* jamás volvió a buscar el rocío.

Sobre la tierra y bajo la tierra habitan una multitud de seres más o menos invisibles. Los enanos, por ejemplo, que los iroqueses agrupan en tres categorías: los *gahongas*, que habitan el agua y las rocas; los *gandayahs*, encargados de hacer fructificar la vegetación y de custodiar los peces en los ríos y los *ohdomas*, que viven bajo tierra y custodian toda clase de monstruos y animales venenosos. Bajo el agua viven también seres con formas humanas, vestidos con pieles de serpiente y adornados con cuernos. Hay monstruos que habitan tanto en los bosques, como en parajes subterráneos; entre ellos resaltan las Cabezas gigantes.

Entre las deidades principales de los iroqueses las más importantes son: el Trueno, el Viento y el Eco. Gigantes de piedra desempeñaron el papel de titanes. Sin embargo, entre sus más antiguas divinidades los iroqueses colocan sus ancestros y ciertos animales que revistieron la forma humana y cuyos nombres sirvieron más tarde a designar los clanes. Los gigantes son magos poderosos. Uno de los más importantes es *Ga-oh*, el gigante que manda los vientos, a la par de este gigante se encuentra *Hino* el espíritu del trueno. Es el guardián del cielo, armado de un arco y de flecha de fuego, destruye todas las cosas nocivas. Su esposa es el Arco Iris (*Mythologies des deux Amériques, Mythologie Générale Larousse, París, 1938*).

Cosmogonía de los pawnees.—El mundo es gobernado por un Ser

omnipotente e invisible que precede a todos los otros dioses. Los pawnees lo llaman *Tirawa*, o sea, la bóveda de los cielos. El Sol, *Shakonron*, es uno de los dioses mayores y el más poderoso. Un ritual muy importante es celebrado en su honor, la Danza del Sol, la mayor ceremonia del año. Durante esa fiesta, que dura ocho días, las hazañas de los jóvenes guerreros son exaltadas y se discuten los asuntos de la tribu. Nuestra «Madre Tierra» es el origen y fin de la vida. Ella es la dispensadora del alimento. Celebran en su honor ceremonias que representan el connubio de la Tierra con el Cielo y el nacimiento de la vida. Después del Sol, la Estrella de la Mañana es la más importante de las potencias celestes. Los indios la representan bajo la forma de un hombre pintado de rojo (color de la vida). Sobre su cabeza es plantada una pluma de águila, tinta en rojo. Los pawnees tenían la costumbre de sacrificarle una virgen en su honor. El cuerpo de la víctima era despedazado y enterrado en las sementeras para fertilizarlas.

Una leyenda de los pawnees de Nebraska cuenta la creación del mundo como sigue:

Al comienzo, vivían en el cielo el gran jefe *Tirawa* y *Atira*, su esposa. En torno a ellos estaban los otros dioses. Y *Tirawa* les dijo: Daré a cada uno de vosotros una misión a cumplir en el cielo, y una parte de mi poder, porque crearé los hombres a mi imagen y semejanza. Estarán bajo la protección de ustedes y ustedes cuidarán de ellos. Y así *Shakonron* fue colocado al Este, para dar luz y calor; *Pah*, la luna, al Oeste, para alumbrar la noche. Dice a la «Estrella brillante», la estrella de la tarde (Venus): «Tú te quedarás al Oeste.» A la «Gran Estrella», la estrella de la mañana (Venus): «Tú te quedarás al Este y serás un guerrero». Colocó al Norte la «Estrella polar», e hizo de ella la primera estrella del Cielo. Al Sur colocó la «Estrella de los Espíritus», o sea, la «Estrella de la Muerte».

Después colocó cuatro estrellas, una al Nordeste, una al Noroeste, una al Sureste y otra al Suroeste (Es decir, a los cuatro puntos solsticiales que señalan las esquinas del mundo cuadrangular) y les dijo: Su misión será la de sostener el Cielo.

Cuando todo fue hecho *Tirawa* le dijo a la Estrella de la Tarde: «Te enviaré las nubes, los vientos, los rayos y el trueno y cuando los recibas, los colocarás en el 'Jardín celeste'. Allí se convertirán en seres humanos». En el acto las nubes se juntaron, los vientos soplaron, los truenos y rayos penetraron en las nubes. Cuando el cielo fue enteramente recubierto de esos elementos, *Tirawa* dejó caer una piedra sobre las espesas nubes que se entreabrieron, dejando ver una inmensa extensión de agua. Y *Tirawa* proveyó de armas a los dioses de las cuatro estrellas de los cuatro cuartos del cielo ordenándoles golpear las aguas. Estas se separaron y la tierra apareció. Según una nueva orden de *Tirawa*, los cuatro dioses celebraron con cantos la creación de la Tierra y, a sus voces, los dioses de los elementos, de las nubes, de los vientos, de los rayos y del trueno, se juntaron e hicieron estallar un espantoso huracán que por su violencia vació la tierra de montañas y valles. Después los cuatro dioses (de las esquinas del mundo) se pusieron a cantar de nuevo, celebrando los bosques y las praderas e inmediatamente después estalló un nuevo huracán que dejó la tierra verdeante y cubierta de árboles y vegetación. Los cuatro dioses cósmicos cantaron por tercera vez, y los ríos y torrentes se pusieron a correr impetuosamente. Al cuarto canto, semillas de toda clase germinaron y enriquecieron la tierra.

Para poblar ese paraíso terrestre, *Tirawa* ordenó al Sol y a la Luna unirse, y un hijo nació de ese connubio. Las estrellas de la mañana y de la tarde se unieron también y tuvieron una hija. Los dos niños fueron enviados sobre la tierra y *Tirawa* envió a otros dioses a enseñarles los secretos de la naturaleza. La mujer recibió las semillas y la humedad para hacerlas fructificar, una cabaña y fuego o hogar. Ella aprendió el arte del fuego y de la palabra. El hombre recibió vestuario masculino y las armas de un guerrero. Aprendió la ciencia de las pinturas de guerra y el nombre de los animales, el arte de servirse del arco y la flecha, del calumet y de las piedras de fuego. Entonces la Estrella Brillante apareció ante el joven y le reveló el ritual de los sacrificios. Otros seres humanos fueron creados por las estrellas, y él fue su jefe (el héroe mítico) y les enseñó lo que el mismo había aprendido. Un campo circular fue construido y dispuesto de la misma manera que las estrellas en el cielo, en reminiscencia de como el mundo fue creado.

Entre los pawnees el Coyote es un héroe mítico, que se relaciona con el origen de la muerte.

Antes de crear a los hombres, *Tirawa* envió al rayo para explorar la tierra. Este había recibido de Estrella Brillante que dirige a los elementos el saco de los huracanes, en el cual estaban encerradas las constelaciones. El Rayo depositó su saco y sacó las estrellas que suspendió en el firmamento. Pero una de las estrellas, llamada Engaña-Coyote, celosa de la potencia de Estrella Brillante, envió un coyote para robar el saco de los huracanes. El lobo tiene éxito y liberó a todos los seres encerrados en el saco. Estos, furiosos de no encontrar al Rayo, su jefe, se precipitan sobre el coyote y le matan. Esta fue la primera muerte. Desde entonces la muerte ya no quitó más la tierra, y no la quitará más, sino hasta el día en que todas las cosas desaparecerán y cuando la Estrella del Sur, la Estrella de la Muerte, reinará sobre la tierra. Entonces todos los hombres serán convertidos en pequeñas estrellas y volarán al cielo por la Vía Láctea, que es el camino que toman los muertos para ir al Cielo.

En una leyenda de los blakfoot, la Estrella de la Mañana lucha contra siete aves monstruosas. Su hijo *Poia* salva a su padre matándolas a todas. *Poia* enseña a los hombres la famosa Danza del Sol.

Las constelaciones más importantes figuran en la mitología indígena, cada una tiene su leyenda que varía de tribu a tribu. Así la Gran Osa es un fardo funerario seguido de parientes; siete hermanos perseguidos por un oso o siete jóvenes reducidos por la miseria se transforman en estrellas y suben al cielo desarrollando una tela de araña.

Para los siux, el trueno es la voz del Gran Espíritu, hablando en las nubes. Creen que el trueno toma la forma de un enorme pájaro y es acompañado de muchos pájaros más pequeños. El batir de sus alas produce el ruido lejano que se oye repercutir en la nubes, después de cada trueno (*Mithology of all Races, op. cit.*, págs. 21-23).

Cosmogonía choctaw.—Los choctaw creían que el mundo era plano y que la bóveda del cielo era una concha sólida sobre la cual vivían otros seres, incluyendo desde luego el dios-Cielo o dios-del-Cielo. Al principio la Tierra era plana y pantanosa, mientras estaba aún en ese estado, un ser de forma humana descendió de lo alto y provocó el levantamiento

de la colina sagrada llamada *Nanih Waiya*. De ella él sacó en seguida a la gente roja. Después de esto se formaron colinas y la tierra se secó. Más tarde el hombre llegó a poseer el maíz. Sus instituciones sociales y políticas les fueron reveladas en *Nanih Waiya*, desde el Oeste. Los choctaw tienen varias versiones del mito del diluvio⁵⁷.

Cosmogonía creek.—La deidad suprema de los creek era conocida bajo el nombre de *Hisagita-imisi* (el «Preservador del Aliento»). También la llamaban *Ibofanga* («El que está sentado encima»). Tiene íntima relación con el Sol, pero no es totalmente el equivalente del astro. Su representante en la Tierra era el Fuego o el Espíritu del Fuego. Los espíritus del Fuego fueron, al parecer, su mensajero. Dos espíritus estaban relacionados con el del Fuego: *Yaholá* y *Hayúya*.

El último aparece en la versión de Hawkins de la leyenda de la migración. Está dividido en cuatro espíritus que se identifican, sin duda, con los cuatro rumbos del cosmos y probablemente los cuatro vientos que soplan de esos puntos. El trueno y el relámpago, que configuran la misma entidad, desempeñan un papel importante en los mitos. Se conciben como un ser de figura humana, aunque Adair parece identificarlo con *Hisagita-imisi*. En uno de los mitos, *Tuggle*, el Viento, aparece como un individuo con muchos hijos.

Los animales, las plantas y los seres creados, como las cosas, poseían poderes mágicos y eran el hábitculo de espíritus.

También hay muchos monstruos con mentalidad humana. Además de su individualidad los animales podían vivir en poblaciones. Sobre el particular tenemos algunas historias de visitas a pueblos de serpientes, generalmente aquellas que pertenecen a la categoría de las serpientes de agua. Los mamíferos y reptiles que viven en el agua son mencionados, con frecuencia, bajo el término de «Amos del Agua» (Dueños o Maestros del Agua).

La *Tie-snake*, Serpiente-Lazo, era un ofidio muy poderoso, capaz de llevarse una vaca o un caballo. Según la tradición se origina de un ser humano que se convirtió en serpiente. La Serpiente cornuda compartía con el dios del Trueno la facultad de producir rayos (John R. Swanton, *op. cit.*, pág. 773).

Mitos diversos.—Además de los mitos cosmogónicos ya mencionados, hay otros que se refieren a la diferencia entre animales diurnos y nocturnos; al regalo del Fuego por los Tronadores y su colocación en el fondo de un sicomoro hueco, hasta que una porción de fuego fue obtenida por la Araña del Agua, después que otros animales habían fracasado en esa misión; al origen del venado y del maíz, de una pareja antigua: *Kanati* (el Feliz cazador) y *Seleu* (Maíz); al origen del pecado;

⁵⁷ John R. Swanton, *The Indians of the Southeastern United States*, Washington, 1946, pág. 777.

a la liberación de los animales de una caverna subterránea; al origen de las enfermedades y de las plantas medicinales; a la determinación del Sol de destruir la humanidad y el cambio de su propósito debido a que la Serpiente cascabel mató a su hija: intentó salvar a su hija del país de los muertos y fracasó en tal intento, siendo desde entonces establecida la muerte; al rescate del tabaco, arrancado a los gansos; al viaje hacia el Este y el descubrimiento de la naturaleza del Cielo y del Sol; al origen de las manchas de la Luna; a la naturaleza del Trueno y de las estrellas; al origen de las Pléyades y del árbol de pino; al origen de la Vía Láctea; al origen de las fresas; al origen de los peces y de las ranas y el Diluvio.

Los creeks creían que la Tierra era plana y cuadrada y que el Cielo era una bóveda sólida que se levantaba y bajaba a intervalos. Los meteoros de menor importancia se concebían como serpientes o leones y la Vía Láctea era llamada «El camino de los espíritus». Los eclipses se suponía que eran causados por un gran sapo que trataba de tragarse al Sol o a la Luna. Se creía que la Luna estaba habitada por un hombre y un perro; el Sol se relacionaba con el Ser Supremo. El arco iris era una gran serpiente llamada «El cortador de la lluvia». Sobre la bóveda del cielo vivía el Dios del Paraíso y las almas de la gente buena. De los espíritus malignos se pensaba que vivían en el Oeste. Por debajo de la tierra había otro mundo habitado semejante al nuestro.

En varias partes encontramos al Sol, el Fuego y el Paraíso representados por la misma deidad.

El principal mito tunica es la historia del Trueno, compartida por cierto número de tribus. También hay un mito bien elaborado del diluvio.

Los indios chitimacha comparten la creencia, común en el Sureste, de un dios del cielo, aunque hay pruebas de que, como las deidades correspondientes de los yuchi y de los cherokee, fue originalmente femenino. Cada jovencito sufría confinamiento solitario en una casa especial, hasta que obtenía un espíritu guardián; lo mismo hacían con las niñas. El Trueno se dice que fue hechura del Ser Supremo *Kutnahin*. Hay muchas historias referentes a animales en las que éstos están comerciando con los seres humanos. Una clase de canario silvestre era capaz de conversar con hombres y mujeres y de predecir el clima.

Había un monstruo llamado Espíritu Nariz-Larga, quien destruía a los seres humanos.

También tenían la creencia en la existencia de cuatro Arboles sagrados: uno en la desembocadura del Mississipi; otro, en alguna parte del Este; otro, en la entrada de Vermilion Bay, y otro, en una ciudad llamada Huminimsh, sobre el Gran Lago (Jonh R. Swanton, *op. cit.*, páginas 773-781).

Historia del hombre que se convirtió en Serpiente.—Se cuenta que dos indios,

uno de ellos llamado *Kowe*, salieron de cacería, pero tuvieron mala suerte. Sus vituallas se les agotaron antes que pudieran matar ninguna presa, y ya no tenían nada que comer. Una tarde, mientras caminaban por el bosque, hambrientos y desanimados, *Kowe* observó un tronco de árbol, hueco, que había sido quebrado a poca altura del suelo. Se aproximó y vio que contenía agua. Al observarlo más de cerca, vio que algunos pececillos nadaban en esa agua y los capturó pensando que servirían de alimento.

Cuando llegó la noche y como no podían proseguir su caminata, los cazadores se detuvieron y acamparon. Preparando el pescado para la cena, *Kowe* invitó a su compañero a unírsele en la comida. El compañero rehusó, diciendo que un pescado capturado en tan insólito lugar, podría no ser apropiado para consumo humano y podría afectar a quien lo comiera. Le advirtió a *Kowe* mismo que no lo comiera, pero *Kowe* estaba muy hambriento y no le detuvieron los temores de su compañero.

Cuando se retiraron a descansar no había señales de ningún daño, pero más tarde de la noche, se oyó a *Kowe* gruñir y hacer ruidos como si se sintiera en muy mal estado, de modo que su amigo despertó. Al preguntarle qué ocurría, *Kowe* replicó: «Tú me advertistes que no comiera ese pescado, pero yo no hice caso y lo comí, y eso, me parece, es lo que me causa esa calamidad. Estoy en este momento tomando una forma horrible y no puedo controlar ni detener ese proceso de transformación. Quiero que vengas a verme, pero confío en que no tendrás miedo de mí, porque cualquiera que sea mi forma actual, nunca olvidaré nuestra amistad ni te causaré daño».

Tras esto, el amigo se levantó, y levantó la cobija de su infortunado compañero y vio que se había gradualmente transformado en serpiente y que gran parte de su cuerpo se había arrollado sobre su cama.

Volvió a poner la cobija en su lugar y soportó su pena en silencio. Cuando vino la mañana y hubo luz, *Kowe* ya se había convertido en una serpiente completamente desarrollada y de horrible aspecto. Sin embargo, podía conversar con su amigo en lenguaje humano y le invitó a seguirlo, rumbo a un lago por cuya orilla habían pasado el día anterior. Poco después, la serpiente le pidió a su amigo que volviera al hogar para informar a su mujer y a todas sus amistades de lo sucedido, y les dijera que él deseaba que todos vinieran al lago para verlo por última vez. Le indicó, además, que debían traer una sonaja, para sonarla sobre la orilla, a fin de darle a conocer que eran su esposa y sus parientes los que habían venido a verlo. Luego desapareció en las profundidades del lago.

Tan pronto como pudieron, sus parientes y muchos otros fueron al lago para ver el raro espectáculo que en la mente de cada uno era lo más extraño que habían sabido; al llegar al lago, comenzaron a agitar la sonaja y matraquear llamando a la vez: «¡*Kowe!* ¡*Kowe!*». En seguida el agua se conmovió enormemente y apareció una enorme serpiente. Llegó a la orilla donde se había reunido una gran multitud y puso su cabeza en el regazo de la mujer que había sido su esposa durante sus días de vida humana. Ahora su cabeza estaba adornada con un par de cuernos. Sólo la mujer tenía un instrumento cortante; ella cortó los cuernos, guardándolos como recuerdo de quien ya no le podría hacer compañía.

Estos cuernos, según se comprobó luego, eran valiosos talismanes, ya que producían suerte y éxito en la caza. Una canción o salmo debería cantarse antes de salir de cacería, llevando un fragmento del cuerno:

El se enrolló sobre sí mismo/El se desenrolló/El se enderezó de nuevo/El se fue alejando en zig zag/El resplandeció al Sol/ El desapareció en el agua/Y el agua borboteó⁵⁸.

⁵⁸ Bureau of American Ethnology, *Bulletin* 123, Hewitt, Swanton: «Notes on the Creek Indians», pág. 157.

Hay varias historias acerca del hombre que se transformó en serpiente o de Serpientes míticas. En la sección «Etnografía» se dio a conocer una de esas leyendas dramatizada en la fiesta y la danza de los muertos.

El origen de los indios natchez.—Los indios natchez tienen por tradición el conocimiento de que ellos proceden del Sol; que el Sol es una mujer que tiene menstruaciones, y que una gota de esas descargas mensuales cayó sobre la Tierra y se convirtió en un hombre. Ellos creen que si mueren todos los natchez el Sol expirará, pues el Sol brilla sólo para ellos.

Este mito de origen natchez es idéntico al mito de origen de los yuchi. Tal leyenda se relaciona directamente con el culto solar de los natchez y de los yuchi (Hewitt-Swanton, *El origen de los indios natchez, op. cit.*, página 159).

Mito cosmogónico de los natchez.—Al comienzo había un Gran Espíritu que no tenía ojos ni orejas; sin embargo lo veía todo, comprendía y sabía.

El fue el Creador de todas las cosas. Su nombre era *Thumé Kené Kinté* (El que tiene buen sentido), *Cacunche* o *Cawuche*.

De su cuerpo derivaban todos los principios de la vida.

Comenzó por hacer el agua. Los peces fueron los primeros animales creados, habiéndose propuesto crear el mundo, ordenó a un animal ir a tomar un poco de tierra en el fondo de las aguas primordiales y traerla a la superficie del agua. Así se hizo. Entonces él creó muchos hombres que llamó *chitimaches*.

El les dio leyes, mas el gobierno humano degeneró a tal punto que el pueblo fue oprimido del mal y de la desgracia.

Entonces *Thumé* creó el tabaco; los hombres le masticaron y descansaron. Pero sólo fue para poco tiempo, pues la humanidad cayó de nuevo en el dolor y la agitación. *Thumé* tuvo compasión de ellos y creó la mujer, pero una mujer rígida que no podía moverse. Uno de ellos, inspirado, tomó un instrumento y enseñó a los hombres y a las mujeres cómo obtener el movimiento. Mientras ellos dormían, *Thumé* les dotó de los órganos necesarios para la generación y cuando despertaron les enseñó su uso.

Cuando los animales encontraron a los hombres se mofaron de ellos y aun los despreciaron porque no tenían pelos, plumas o lana para protegerse de las inclemencias del tiempo y de las estaciones. Y la gente se sintió humillada debido a su desnudez. Pero *Thumé Kené* tuvo piedad y les enseñó a matar animales para nutrirse de su carne y cubrirse el cuerpo con sus pieles, castigándolos por la irritación que hicieron de los hombres.

A estos dones agregó el arte de obtener el fuego de dos piezas de madera, una plana y otra aguzada, haciéndolas girar una sobre otra con fuerza.

Los animales tomaron parte en el consejo de los hombres y daban su propia opinión. Se distinguían de la especie humana por la protección que de ella recibían. Aún en la actualidad cada familia guarda un respetuoso acatamiento a cierta especie de animales de los que pretenden que reciben servicios en caso de necesidad.

El sol y la luna fueron creados como mujer y hombre. La luna era masculina, quería iluminar todas las cosas sobre la tierra; pero habiendo tratado de superarse, permaneció en el mismo estado en que había salido de manos de su creador, una luz pálida y sin fuerza, que continuaba el incesante perseguimiento de su mujer, el sol, sin poder alcanzarlo. El sol, al contrario, habiendo prestado mayor atención, alcanzó la prerrogativa de esparcir sus beneficios sobre el mundo

y sobre el género humano. El ha sido tenido siempre en gran veneración y estableció firmemente su carrera, para dar tiempo de alcanzar los enemigos, de asegurar la presa, etc.⁵⁹.

Alexandre Haggerty Krappe registra una leyenda de ciertas tribus del Mississippi (sin especificar cuáles) respecto al hijo del Sol que bajó un día del cielo para seducir una joven de la que tuvo un hijo. La llevó consigo al Cielo, pero le advirtió que no debía desarraigar un nabo que había allí. Sin embargo, la mujer arrancó la planta y a través del agujero que se formó pudo ver la tierra, su país natal. Llena de nostalgia, regresa a la tierra, pero sólo para morir, después de contar su aventura. Su hijo partió en busca del Sol para que le curase una cicatriz. Habiendo matado a siete aves gigantescas, enemigas de su padre, se gana el favor de su abuelo que le cura y, además, le enseña la danza ritual del Sol que la transmite a sus compañeros al volver a la tierra⁶⁰.

Mito choctaw de la Creación.—Esta es una versión registrada por Wright respecto al mito choctaw sobre la creación.

Como en otra versión, ya transcrita, la Tierra era plana y cenagosa. La palabra con que ellos expresan este estado se aplica también a la sangre coagulada y a la jalea. La Tierra, en ese estado caótico, fue producida por la acción inmediata del Creador.

Cuando la tierra estaba en ese estado, un Ser superior, que se representa como un hombre rojo, descendió de lo alto y se posó en el propio centro de la nación choctaw. Hizo surgir en ese centro un gran montículo o colina, llamada en el idioma choctaw *Nanih waiya*, «colina empinada». Después de esto, hizo salir de allí a los pueblos rojos y cuando estimó que ya había un número suficiente golpeó el suelo con su pie. Cuando dio esta señal de su poder, algunos hombres estaban parcialmente formados, otros estaban apenas sacando su cabeza surgiendo a la luz y luchando por tener vida. Pero todos ellos perecieron. Habiendo así formado los hombres rojos de tierra y creado la colina, el Creador les dijo que ellos vivirían para siempre. Pero ellos no le entendieron y le preguntaron qué había dicho. Por esta razón el Creador retiró su ofrecimiento de que serían inmortales y les dijo que estarían sujetos a la muerte.

Después de la formación del hombre con tierra o barro, fueron hechas las colinas, la tierra se endureció y fue apropiada para la vida humana.

Las colinas, según ellos suponen, fueron formadas por la agitación de las aguas. Cuando la tierra estaba en estado caótico, las aguas fueron lanzadas con fuerza como las de un líquido hirviendo y eran arrastradas por vientos muy violentos, de modo que el fango fue arrastrado en varias direcciones, formando las montañas y colinas que existen hoy en la superficie de la tierra.

Cuando el Creador hubo formado a los pueblos rojos, de tierra, y había acondicionado la Tierra para su residencia, les dijo que la tierra produciría espontáneamente castañas, nueces y bellotas para su subsistencia. En los tiempos primitivos los choctaw vivían principalmente de esos productos naturales de la tierra. Fue cierto también después que ellos se organizaron en un pueblo, cuando

⁵⁹ Traducción italiana por Dino Satoli y Tulio Tentori de J. R. Swanton, «Indian tribes of the lower Mississippi valley and adjacent of the Gulf of Mexico», *Bulletin* 43. Bur. of Am. Ethnology, 1911.

⁶⁰ Haggerty Krappe, *Mythologie Universelle*, pág. 429. París, 1930.

el maíz que ahora forma parte considerable de su alimentación, fue descubierto por medio de un cuervo.

Ellos afirman que en la época de la creación hombres y mujeres andaban completamente desnudos. Después de cierto tiempo, aunque no recuerdan por qué causa, ellos empezaron a cubrir su desnudez con alguna cobertura. Al principio los largos musgos que abundan en los climas sureños, atados en torno a la cintura, constituían su única protección. En un período posterior, después de la invención del arco y las flechas, cuando ellos habían adquirido habilidad para cazar bestias salvajes, comenzaron a usar sus pieles.

Las leyendas del diluvio eran naturalmente de interés para los misioneros. Cushman ofrece tres versiones, dos recogidas directamente por él y una tercera transcrita de un manuscrito de Israel Folsom.

La primera dice así: En los tiempos antiguos, después de muchas generaciones humanas que habían vivido y después de la creación de los primeros hombres, la humanidad llegó a un grado de gran corrupción. Hermanos peleando contra hermanos en continuas guerras, inundando la tierra con sangre y carne humana. El Gran Espíritu, irritado por esta situación, decidió destruir a la especie humana con una inundación...

Origen del maíz.—El mito de origen del maíz es llamado por Cushman «La Historia del *Ohoyo Osh Chisba*» («La Mujer desconocida»), del que sigue un resumen. Dos cazadores que habían fracasado en su misión iban a comer un miserable halcón cuando les aparece una diosa virgen, joven y bella. Con ella comparten su magra comida. En gratitud ella les dio cita en este mismo sitio, un mes o una luna después. Cuando se encuentran, de nuevo, con la diosa, la tierra estaba cubierta con una extraña planta que proporcionaba un excelente alimento. Desde entonces los choctaw cultivan esa planta que llamaron *tanchi*, el maíz.

Hay otras versiones distintas como la que recogió Halbert. En dos de ellas con ligeras variantes un cuervo dejó caer un grano de maíz y un niño lo descubrió y preguntó a su madre que era aquello; la madre le identificó como *tanchi*, maíz, lo sembró y pronto tuvieron maizales. En otra variedad, el cuervo da el grano a un niño huérfano y éste llamó al grano *tanchi* y lo sembró.

Al igual que los cheek, los choctaw consideraban que había nacido de la tierra. En tiempos muy remotos, antes de que viviera el hombre, *Nane Chaha* («Alta colina») fue formada y de la cima de esa colina partía un pasadizo hacia el interior, hacia las cavernas de la tierra, de las que emergieron los choctaw, y se extendieron hacia los cuatro rumbos del cosmos. Sigue el episodio de los chapulines. Estos persuadieron a *Aba*, el Gran Espíritu, para que cerrara la boca del pasadizo a fin de que no salieran más hombres del interior de la tierra⁶¹.

El Sol.—Al igual que los cherokees, los indios yuchi, que estaban estrechamente relacionados con los creek, consideraban al sol como una

⁶¹ Bureau of Am. Ethnology, *Bulletin* 103 «Source material for the social and ceremonial life of the Choctaw indians», de John R. Swanton, Washington, 1931 páginas 201-210.

mujer. Era la ancestro de la especie humana. Según otra versión los yuchi nacieron de la sangre que manaba de la cabeza de un brujo decapitado, cuando él intentó matar el sol. En ese momento la cabeza parece tan sólo una réplica del sol mismo.

Entre las tribus muskogee, el culto al sol parece estar estrechamente relacionado con los festivales del fuego y los templos del fuego, en forma sorprendentemente semejante a los de los incas del Perú (*Mythology of all Races, op. cit.*, pág. 56).

En concepto de los iroqueses, el Sol es el «ojo del Creador y la luz del mundo», la Luna es el Sol de la noche. En otras versiones, el Sol es el ojo del Gran Espíritu.

El Sol es también el dios de la guerra, y la Luna es la «Madre», que tiene influencias benéficas sobre sus hijos en la tierra. Las estrellas son el fuego mortecino de los muertos; las nubes son la morada del tío Trueno, y el rayo una flecha flamígera. El trueno vigila encima y en la superficie de la tierra para destruir serpientes y dragones que tienen propensión a matar los niños⁶².

La Tierra.—La Tierra se concibe como un don del Hacedor (Maker) según los seneca (iroqueses), un don o un regalo necesario para la supervivencia. La tierra en sí es reverenciada como la Madre del hombre, porque ella proporciona el sostenimiento en forma de animales y plantas. Esos animales y esas plantas se prestan voluntariamente a ser tomados, para que el hombre pueda continuar viviendo, medrando sobre la tierra⁶³.

Hijo del Sol.—Según los indios chippewa el espíritu del maíz fue enviado del cielo bajo la forma de un niño. Pero un héroe mortal le venció y le sepultó en la tierra. Del cuerpo del niño surgió el maíz (*Mythologie Universelle, op cit.*, pág. 428).

Origen de las plantas.—Un mito algonquino (los algonquinos están influidos por las culturas del Sureste, principalmente por la iroquesa) acerca del origen de las plantas culturales básicas dice así:

Después del diluvio, un Manítú forma un joven muy bello; pero hallándose solo éste se encontraba triste y cansado de vivir. Dios le dio una hermana durante el sueño del joven. En un sueño que tuvo le contó a su hermana que había soñado que cinco seres antropomorfos le visitarían esa noche en su logia pero que le habían prohibido hablar a ninguno de los cuatro primeros y que ella debía darle la bienvenida solamente al quinto personaje, cuando se presentase. Después de su metamorfosis esos cuatro jóvenes se convirtieron respectivamente en *Sama* o Tabaco, que no recibió ninguna contestación de la hermana y murió de tristeza; *Wakepone* o Calabaza, *Eshketamok* o Melón y *Kojees* o Frijol, corrieron la misma suerte que el primero. Pero *Mandamin* o Maíz, el quinto, recibió una

⁶² Charles A. Cooke, *Iroquois personal names*, American Philosophical Society, volumen 96, n.º 4, 1952, pág. 430.

⁶³ Bureau of Am. Ethn., *Bulletin 149*, «Simposium on local diversity in iroquois culture», Ed. William N. Fenton, 1951, pág. 15.

contestación y fue recibido por la hermana; entró en la logia y fue su esposo. Entonces *Mandamin* enterró a los cuatro compañeros y luego vieron crecer sobre su tumba, tabaco, calabazas, melones y frijoles en tal cantidad que tenían suficiente para el año entero, y bastante tabaco para poder ofrecer a los seres antropomorfos primitivos y fumar en consejo. De esa unión se originó la raza indígena⁶⁴.

Hechos y Palabras del Creador.—Y esto es lo que el Creador de los iroqueses hizo. El decidió:

«Habrán manantiales en la Tierra. Y habrá arroyos. Los ríos fluirán y pasarán bajo la tierra. Y habrá pozos y lagos. Ellos trabajarán mano con mano, en la forma que yo he dispuesto sobre la Tierra. Y el rocío (lluvia, humedad) seguirá cayendo sobre la tierra». Y esto es verdad, el agua dulce se obtiene en abundancia por nosotros, los que nos movemos sobre la tierra. Cuando el nuevo día amanece lo primero que utilizamos es el agua. Tengamos por ello gratitud. Todo va sucediendo como lo proyectó Nuestro Creador... Agradecemos al Creador por los manantiales, los arroyos, las corrientes de los ríos, etc.

Y ahora, esto es lo que Nuestro Creador hizo. El decidió: «Yo continuaré residiendo sobre el cielo; y es allí donde aquellos de la Tierra terminarán sus acciones de gracias. Ellos continuarán teniendo gratitud por todas las cosas que ellos saben que yo crié sobre la Tierra, y por todas las cosas que ellos ven creciendo. La gente que se mueve sobre la tierra tendrá amor; ellos sencillamente serán agradecidos. Ellos comenzarán sobre la Tierra, dando gracias por todo lo que ven. Y proseguirán hacia arriba, hasta terminar donde yo habito. Yo siempre estaré escuchando atentamente lo que ellos están diciendo o hablando. Y, en realidad, Yo siempre estaré vigilando cuidadosamente lo que ellos hacen sobre la tierra». Y hasta el momento presente, de verdad, nosotros los hombres creemos que somos felices. Y por lo tanto, que haya gratitud también... Y pongamos en ello nuestro pensamiento, que con nuestra mente podamos ahora dar las gracias para El, Nuestro Creador. Y nuestras mentes continuarán así.

Mito de origen de la Confederación iroquesa.—Esto sucedió en un lugar denominado *Tkahanahyenh*. Hace mucho tiempo nació un muchacho en un caserío hurón en las orillas del lago Ontario. Su advenimiento había sido anunciado a su abuela en un sueño. En este sueño, un mensajero del Gran Creador le dijo a ella que su hija, una virgen, daría a luz un hijo que traería la paz y la vida a los hombres de la Tierra. El niño fue llamado *Deganawidah*.

Cuando él creció construyó una gran canoa de piedra blanca. Despidiéndose de su abuela y de su madre él partió en su misión. No retornaré, les dijo, pero si ellas deseaban conocer su destino, deberían golpear cierto árbol con un hacha. Si manaba sangre de la herida (del árbol), ésta sería la señal de que había perecido en su misión. Al contrario, si no fluía sangre, su misión habría sido cumplida.

Así, *Deganawidah* partió a través del lago en su canoa de piedra. Al llegar al otro lado, encontró una banda de cazadores. Ellos le dijeron que habían huido de su poblado porque había conflictos en él. *Deganawidah* les dijo que volvieran a sus lares y anunciaran a la gente la Buena Nueva de Paz y Poderío que habría de venir. Así lo hicieron ellos.

A una mujer que vivía en la ruta de *Deganawidah*, éste le habló de su misión. «Yo llevo el Pensamiento del Señor de la Vida, dijo, y mi mensaje traerá el final de las guerras. La Palabra que yo traigo es de que todos los pueblos se amarán unos a otros y vivirán juntos en Paz. Este mensaje tiene tres partes: Rectitud, Salud y Poder y cada parte tiene dos ramas.

⁶⁴ *Manuel des Indiens du Canada*, Ottawa, 1915, pág. 388.

Rectitud significa justicia practicada entre los hombres y entre las naciones y también significa el deseo de que tal rectitud prevalezca.

Salud significa equilibrio de pensamiento y de cuerpo; y también significa la paz, porque ello es lo que adviene cuando las mentes están sanas y se ha tenido cuidado de mantener bien los cuerpos.

Poder significa autoridad, la autoridad de la ley y de la costumbre, apoyada por tanta fuerza como sea necesaria para hacer prevalecer la justicia; y también significa religión, porque la justicia obligatoria es la voluntad del «Sostenedor del Cielo» y tiene su sanción.

Tu mensaje es bueno, dijo la mujer, pero una palabra no es nada mientras no se le da forma y se le pone a trabajar en el mundo. ¿Qué forma tomará el mensaje cuando llegue a transitar entre los hombres?

Tomará la forma de la Casa Larga en la cuál hay muchos fogones, uno para cada familia, todos viven en un solo hogar, bajo la autoridad de una matrona-jefe, replico *Deganawidah*. En esta región hay cinco naciones, cada una con su propio Consejo del Fuego, pero ellas deberán vivir juntas, como una casa en paz. Ellas serán la *Kanonsiönni*, la Casa Grande. Ellas tendrán sólo un pensamiento y vivirán bajo una sola ley. La razón reemplazará a la matanza y entre ellas habrá una comunidad de intereses.

Y así, la mujer aceptó el Buen Mensaje.

Luego *Deganawidah* dijo a la mujer que, por haber sido ella la primera en aceptar la Buena Nueva de la Paz y el Poder, ella tendría en la Gran Casa comunal títulos de jefatura y que podría designar a los jefes capitanes.

Después, *Deganawidah* llegó a la casa del hombre que comía seres humanos. El se subió al techo, miró a través de la chimenea y debajo de él vio al hombre colocando un cuerpo humano en el perol.

Cuando el caníbal miró en el perol vio reflejado en el agua del perol un rostro inteligente y bondadoso; el de *Deganawidah*. Pero el caníbal pensó que era el suyo propio, y pensó para sí mismo que un hombre en cuyo rostro había tanta sabiduría y bondad no podía ser un caníbal. De modo que sacó el perol, derramó su contenido y resolvió que nunca más comería seres humanos (Hazel W. Hertzberg, *The Great Tree and The Longhouse*, op. cit., págs. 43, 86-87).

Arbol de Vida

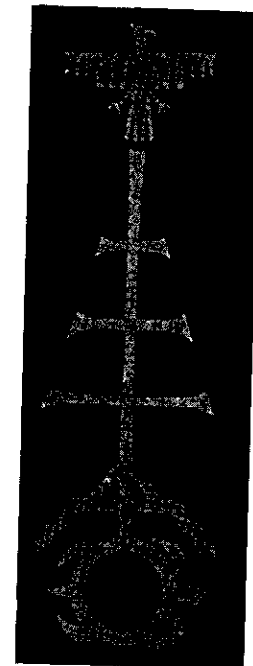
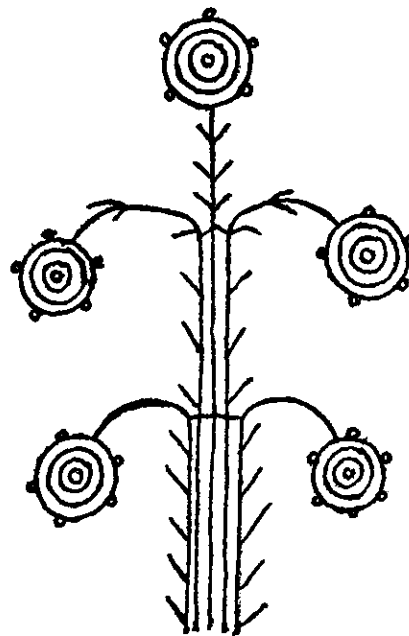
Según los mitos iroqueses el gran Arbol de Vida está en el centro del mundo. Es concebido como un olmo gigantesco, uno de los árboles más altos del bosque, y alcanza hasta 20 metros de altura; su tronco es derecho y la copa ancha y espesa. Utilizan su madera en la construcción de la Casa Larga y para hacer canoas. Según Hertzberg, su imagen se proyecta en la doble curva, símbolo usado con frecuencia en el arte indígena.

Pero el Arbol sagrado no es cualquier olmo, sino un Arbol de Vida, lleno de frutos y flores.

Además del fogón, el símbolo de la Casa Larga de la Liga iroquesa era el Gran Arbol de Vida que, en sí mismo, representaba la Ley. Sus anchas ramas proporcionaban abrigo y protección al gran consejo que se reunía debajo de ellas para deliberar. Sus blancas raíces se extendían hasta las cuatro esquinas del mundo. Posado en la copa del árbol, vigilaba el «Aguila que mira lejos». El daba la voz de alarma al acercarse

cualquier peligro. Este árbol, réplica del Arbol primigenio, vinculaba la creación de la Liga iroquesa con la propia creación del mundo (Hazel W. Hertzberg, op. cit., págs. 101-102).

Se ilustra con la figura de la derecha el símbolo de *Deganawidah*, que consiste en la esquematización del Arbol de Vida. Esta plantado en el centro de la tierra representada por la tortuga primordial. En la cima del Arbol, está el Ave del Trueno o ave solar, con las alas abiertas. El eje une un cielo y tierra⁶⁵.



En la ilustración de la izquierda se ve otro diseño representativo del Arbol de Vida, con cuatro ramas que rematan en símbolos solares formados por círculos concéntricos. En la cima del asta hay otra figura solar. El conjunto representa a los cinco soles cósmicos asociados al Arbol de Vida. Y para que no nos quepa duda acerca del valor simbólico de esas figuras, cada círculo se enmarca en cinco circulitos que, igual que los cinco soles, representan el numeral sagrado que corresponde a la deidad solar en su posición al centro del universo⁶⁶.

Acerca de la mitología iroquesa se dispone de un material considera-

⁶⁵ Reproducido de la figura 40 del libro *Apple of Cuna Tree*, Panamá, 1961.

⁶⁶ Helga Benndorf y Arthur Speyer, *Indianer Nordamerikas*, Offenbach, Alemania, 1968, pág. 17.

ble. Una sola de sus fuentes *Huron and Wyandot Mythology*, de C. M. Barbeau, publicada en Ottawa en 1915, nos ofrece 437 páginas de mitos y leyendas. De ese material disponible he tratado de ofrecer al lector los mitos que considero de mayor interés.

Las Tres Edades del Mundo

Poco interés ha merecido de la investigación el tema de las «Edades del Mundo» en mitologías de los pueblos agricultores del oriente americano o aculturados por ellos.

El único análisis que conozco sobre el particular es el de Wigberto Jiménez Moreno acerca de la mitología de los wichita. Dice así: «Los wichita tenían un culto para el sol, la luna y las estrellas; tenían diosa del agua, diosas de los vientos; además, había la creencias en edades del mundo.

En la primera época apareció la tierra flotando sobre las aguas y el primer hombre y la primera mujer, a los que se les dio una mazorca, un arco y flechas y al flechar al tercero de tres venados apareció la luz y las estrellas, luego fueron creadas más gentes.

La segunda época es la que se llamaría de transformación; la gente se dispersa sobre la tierra, se dan a sí mismos nombres de animales. La conducta de los hombres no va muy bien y una mujer da a luz cuatro monstruos. Para matarlos viene el diluvio.

La tercera época fue aquella en que vivían los informantes y que se inició con la supervivencia de una pareja escapada del diluvio, a la que de nuevo se le dio una mazorca y arco y flechas⁶⁷.

Es, pues, para los wichita la época presente o histórica.

Para los pueblos del Sureste se carece de una mitología completa que haga referencia a sucesivas creaciones y destrucciones de la humanidad, como en otras mitologías americanas. El estado fragmentario de los mitos y las diferentes versiones de los mismos ponen a prueba la paciencia del investigador.

Sin embargo, en algunos materiales se transparenta, al parecer, un desarrollo histórico en «Edades». En un mito choctaw, por ejemplo, el Creador hacer surgir los primeros hombres de una colina. Después pateó la tierra y todos ellos perecieron.

La leyenda habla, de nuevo, de los hombres rojos formados de tierra o barro. Pero la humanidad llegó a tal grado de corrupción que el Gran Espíritu, irritado por esta situación, decidió destruir la especie humana con una inundación. El mito es incompleto, pero resalta, en primer lugar, la existencia de dos Edades antes del diluvio que implica el

⁶⁷ W. Jiménez Moreno, «Relaciones etnológicas entre Mesoamérica y el Sureste de Estados Unidos», en *El Norte de México y el Sur de Estados Unidos*, México, 1943, págs. 293-294.

advenimiento de una tercera creación, esto es, una tercera Edad. Los hombres de la segunda época son hechos de barro o de tierra, como en los mitos florestales y los maya-quichés que corresponden a este horizonte mitográfico.

En fin la mitología onondaga publicada por Hewitt se desarrolla en tres actos. En el tercero se relatan las hazañas de los gemelos cuya historia corresponde siempre a la última Edad, en todos los mitos americanos.

Mitología, Teogonía y Sociedad.—Como se desprende de los textos míticos, transcritos precedentemente, la mitología registra la cosmogonía y la teología iroquesas desde la creación del mundo hasta el advenimiento de los gemelos o héroes culturales y el ciclo de sus hazañas. Explican el origen del universo, el nacimiento y la vida de los héroes míticos, de los hombres, de las especies y de las cosas, así como del ritualismo; la situación de la persona humana en el mundo, las concatenaciones entre los hechos, la misión ética del individuo y de la comunidad. Revelan al indígena y su mundo, sus bases de sustentación y sus instituciones. Los dioses que se veneran en la actualidad son los seres que actúan en el escenario mítico y la mitología es la historia de esos dioses.

La organización familiar, social y política de la comunidad iroquesa se proyecta al mundo de los dioses. Mis informantes son explícitos al respecto, manifiestan que «lo que ocurre arriba (en el cielo) acontece también abajo (en la tierra)».

Otros mitólogos han notado esas correlaciones.

«La posición y las relaciones mutuas de los seres de su teogonía eran fijadas y reguladas por leyes y costumbres similares a los que estaban en boga en la organización social y política de ese pueblo y existía entre los dioses un sistema de parentesco calcado sobre el de los propios iroqueses» (*Manuel des Indiens du Canada*, op. cit., pág. 232).

La diosa-madre y su hija, por ejemplo, constituyen los modelos del derecho materno, de la descendencia por línea femenina y de la mujer cultivadora.

En cambio, la dirección política está en manos de los hombres, organizados en consejo, bajo el mando de un jefe que tiene su modelo arquetipal en el «Maestro de la Vida», el héroe civilizador y dios solar. De ahí que los jefes sean la personificación de esa deidad, como la abuela lo es de *Ataentsic*.

Asimismo el régimen comunitario está calcado sobre el consorcio divino. Los dioses actúan colectivamente como la comunidad humana. Así como la deidad solar ejerce sus funciones en unión de los soles cósmicos, así también el Gran Sol o el jefe gobierna en unión del consejo y de los guerreros que se identifican conscientemente con el sol.

Por otra parte tenemos a *Hinon*, el dios de la tempestad, que es un desdoblamiento del sol y, como él, afín al Gran Espíritu que se mani-

fiesta en el fuego celeste. *Hinon* es asistido por los dioses de los rumbos cósmicos y por numerosos auxiliares incluso los muertos. Todas esas entidades pluvíferas «trabajan» en perfecto sincronismo para producir las lluvias que hacen crecer y fructificar las plantas.

El sacerdote, representante del dios de la tempestad, actúa ritualmente en unión de sus auxiliares y de toda la comunidad.

Esa proyección multiforme de lo divino en el tiempo y en el espacio es un enlace de la concepción divina con la cosmología.

El orenda de los iroqueses.—Interesado en profundizar en las relaciones del «Gran Espíritu» con el sol, indago entre mis informantes de Grand River sobre el particular. Descaheh y Raymond Kanatase me dicen que el Gran Espíritu está presente en todas partes. De su ser emana una sustancia mágica, el *orenda*, que impregna el mundo, los seres y las cosas. Uno de mis informantes especifica que el Gran Espíritu «está dentro del sol», el otro me dice que el sol es «el ojo del Gran Espíritu».

En la transcripción precedente de la mitología iroquesa resulta que el *orenda* es immanente al cuerpo de *Yoskeha*, el héroe cultural y dios solar; por medio del *orenda* es dotado de fuerza y potencia.

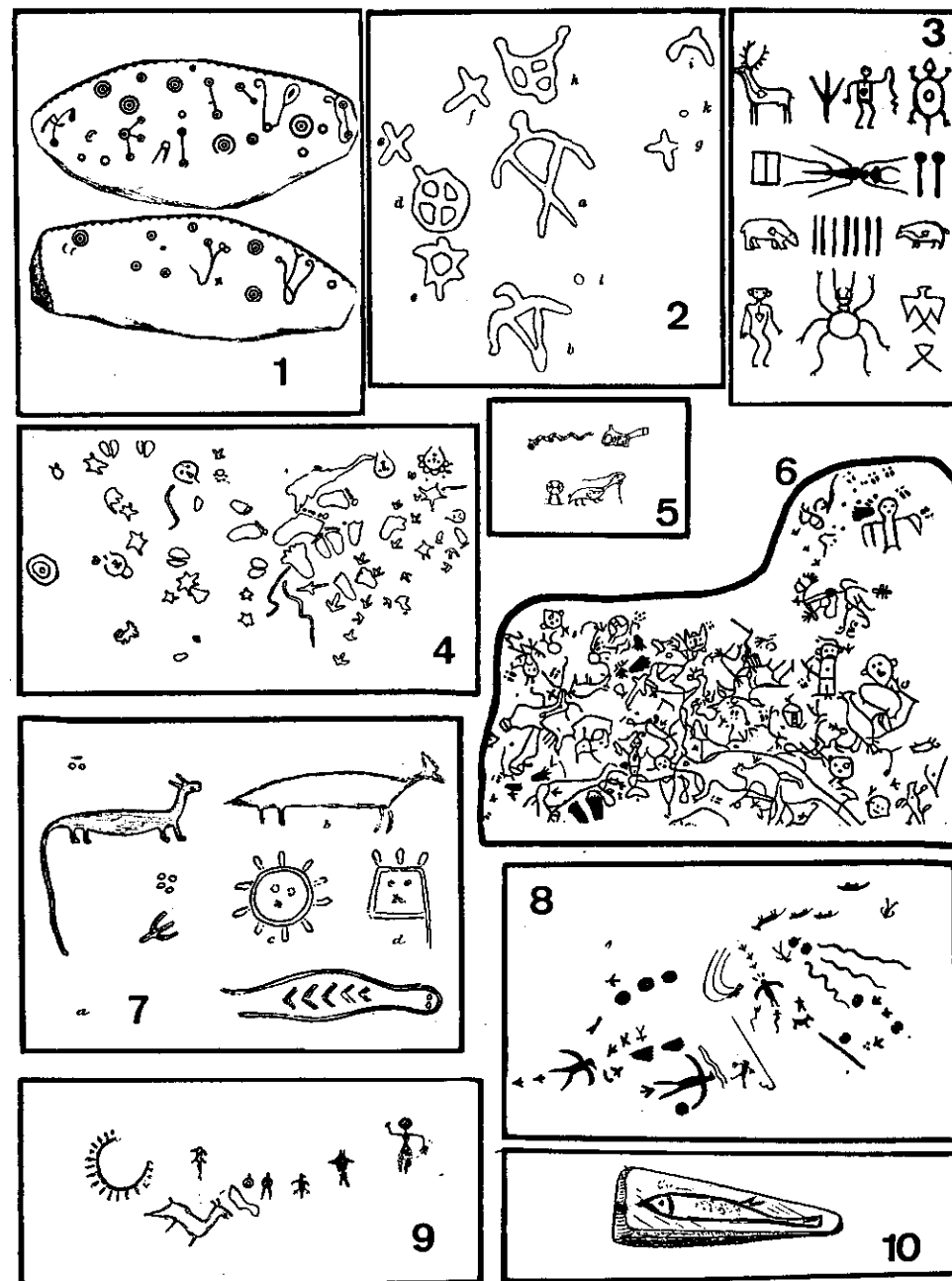
Lejos de ser exclusiva de los iroqueses, el *orenda* parece una concepción panamericana, poco estudiada aún. Los siux lo llaman *wakan*, los hurones *oki* y los antillanos *zemi*. Es conocido ya en el horizonte de la agricultura incipiente. Corresponde a la neblina vivificante de los tupí-guaraníes. Se mantiene entre los mayas contemporáneos. Los chortis llaman *magin* a esa fuerza capaz de impregnar los seres y las cosas de fuerza mágica. Por esta razón no hacen ninguna transacción después de la puesta del sol, porque los seres, como las cosas, han perdido su *magin*, que asimilan a los rayos solares, cuyo fluido mágico baña el universo.

Arte y símbolos

Grabados rupestres.—Los mitos no sólo reflejan la estructura de la sociedad en cuyo seno nacieron, sino también la realidad de la vida y del pensamiento del hombre iroqués. Este pensamiento se refleja en el arte del Sureste, en sus figuras naturalistas o geometrizadas que, en gran parte, pueden identificarse gracias a la vigencia de los mitos en ritos y ceremonias, en las formas socio-económicas y religiosas, en las creencias y costumbres tradicionales, que configuran la cultura del indio contemporáneo.

Expresan la ideología del tiempo presente y de tiempos pasados manifestada en los restos arqueológicos.

⁶⁸. Garrick Mallery, «Pinture-Writing of the American Indians», *Smithsonian Inst.*, n.º 10, Washington, 1893.



Se presentan en la página 681 algunas expresiones artísticas y símbolos de culturas orientales de Norteamérica, sin tomar en cuenta, por el momento, el factor cronológico, ya que las mitologías y las teologías del área son semejantes en sus aspectos fundamentales. Las mismas concepciones se expresan en grabados rupestres, en dibujos, pinturas, esculturas o en montículos efígies, como se verá más adelante.

Comienzo con los petroglifos.

Sobre el particular se dispone de materiales ilustrados en diversas publicaciones, entre otras, de Garrick Mallery⁶⁸, de la que se reproducen las siguientes figuras: 1, grabados rupestres de Georgia (pág. 76, *op. cit.*), que representan círculos concéntricos, circulitos, serpientes estilizadas, cruz decusata; un círculo con un punto en el centro del que parten tres ramificaciones que rematan en círculos más pequeños y diseños de círculos unidos por un eje que objetivan el acoplamiento sol-luna, figurado del mismo modo como se estila en petroglifos suramericanos. Asimismo los demás dibujos geométricos son frecuentes en el arte rupestre suramericano, como se ha visto al tratar del arte florestal. 2, grabados rupestres de Brown's Valley, Minnesota (pág. 89, *op. cit.*). Representan aves en posición de vuelo y tortugas cuyo cuerpo está decorado con símbolos cósmicos. Compárese la imagen del ave central con las de aves similares, grabadas en rocas en Venezuela. Son bien conocidos en la mitología y la etnografía el símbolo de la tortuga que representa la tierra y el de las aves de la tempestad. La cruz decusata que figura en este panel es un símbolo solar panamericano. 3, petroglifos de Piperstone, Minnesota (pág. 88, *op. cit.*). Representan un ciervo, un tridente, un ser humano de cuerpo rectangular, que sostiene una serpiente en la mano; una tortuga con un círculo en el centro del carapacho; un cuadro dividido en dos partes iguales por una línea; un insecto; dos figuras que podrían representar sonajas; un oso; una serie de siete líneas verticales, un animal, un ser humano; una araña y un ave con las alas abiertas. Además de los animales míticos ya conocidos del lector (ave del trueno, tortuga, araña, oso) y del numeral sagrado Siete, expresado en líneas, estas figuras se singularizan por la expresión tangible del alma, o espíritu humano o animal, mediante un hilo que parte de la boca y termina en el corazón. 4, petroglifos de Barnesville, Ohio (pág. 103, *op. cit.*), representa indudablemente una escena del culto a la fertilidad: aves volando por el cielo, dos cabezas invertidas en actitud de bajar del cielo a la tierra, figuras de serpientes semi-naturalistas, huellas de pies, estrellas y, a lo lejos, tres círculos concéntricos que representan una entidad solar. Todo parece indicar una escena de tempestad, en conexión con ritos de fertilidad, cuando los dioses bajan del cielo a la tierra, escena que puede interpretarse a la luz de las ceremonias y creencias actuales de los iroqueses. Se hace notar de paso que huellas de pies se encuentran igualmente en la iconografía maya, como puede apreciarse en figuras del

Códice de Dresden que se ilustrarán más adelante. Grupos de puntos representan indudablemente estrellas o constelaciones, como en la iconografía maya. 5, petroglifos de Wellsville, Ohio (pág. 104, *op. cit.*), representa dos animales sagrados de la mitología indígena: la serpiente cornuda, de cuatro pies y medio de largo, y la tortuga, de cuya boca salen líneas serpentiformes, las otras figuras son de difícil interpretación. En petroglifos de la roca de Bald Friar, Maryland, se ven círculos concéntricos, de 3 y de 5 círculos, cifras sagradas ambas, y un dibujo en el centro formado por dos cruces encerradas en un rectángulo (*op. cit.*, pág. 86). Los círculos concéntricos formados por tres o más círculos, son omnipresentes en la iconografía del Norte, Centro y Sur de América. 6, los petroglifos de Millsboro, Pennsylvania (*op. cit.*, pág. 111), representan, al parecer, el pandemonium de la tempestad; una figura humana en actitud de caer del cielo a la tierra, el motivo hombre-pájaro, aves volando, huellas de pies, cabezas humanas, animales, serpientes estilizadas, tridentes, cruces, puntos, escalera, personaje con cara romboidal y rasgos faciales configurados por tres puntos; otro cuyo cuerpo consiste en un cuadrilátero, con un punto en el centro, cabezas mirando hacia arriba y un personaje en la parte inferior en posición forzada, mirando hacia la parte superior del cuadro, que representa el bien conocido motivo panamericano del suplicante o rogante. Asimismo el cuerpo humano o divino formado por un cuadrángulo con un punto en el centro es frecuente en la iconografía americana y expresa la vinculación de un hombre, o un dios, al orden universal. 7, petroglifos de Indian God Rock, Pennsylvania (*op. cit.*, pág. 110). Representa un rostro solar nimbado con diez rayos. A la par otra cara de forma cuadrangular, coronada por tres rayos o plumas; arriba animales, el de la izquierda al parecer es un felino. Abajo personaje o animal indefinido en posición horizontal. Tridente, cuatro circulitos distribuidos en forma de cuadrángulo. 8, petroglifos de Little Indian Rock, Pennsylvania (*op. cit.*, pág. 108). Representa dioses cayendo del cielo, aves volando, serpientes, tridentes, huellas de pies, tres puntos formando un triángulo hombre-pájaro, hombre-serpiente, óvalos divididos por una línea. El pájaro o hombre-pájaro del centro luce una diadema de tres plumas como las aves figuradas en el dibujo de Poking Fire, ilustrado precedentemente. Las aves de la tempestad se representan generalmente con las alas abiertas, de esas alas abiertas caen los aguaceros. 9, petroglifos de Tazewell, Virginia (*op. cit.*, pág. 121). En el centro figura de diosa, cuya cara redonda está decorada con líneas cruzadas. A la izquierda un sol radiante; ave o danzante enmascarado con los pies que rematan en cruces. Círculo concéntrico con una raya vertical, cuadrúpedo. Centro de interés de este conjunto petroglífico es la diosa que levanta una mano hacia el cielo y señala la tierra con la otra. Su cuerpo femenino está perfectamente dibujado. La cabeza redonda sugiere la forma de la luna llena, como se estila en el arte ameri-

cano. El signo líneas cruzadas que sustituye los rasgos de la cara representa, en la simbólica americana, una serie de sementeras. Esta figura femenina objetiva probablemente la Luna del Maíz, que anuncia y preside las cosechas según la creencia iroquesa. 10, la importancia del pez mítico, omnipresente en la iconografía americana, resalta en esta figura, que representa una gran piedra en la que aparece únicamente un pez. Este motivo puede ponerse en relación con el de una estela maya en la que se ve solamente la figura de un pez (se ilustrará más adelante), que también es una entidad mitológica importante en el *Popol-Vuh*.

Petroglifos de Fayette County, Pennsylvania (*op. cit.*, pág. 113) muestran un personaje con tocado de plumas o rayos solares y a la par, un pez y una serpiente de grandes dimensiones.

En grabados rupestres de Roberts County, Dakota del Sur, hay figuras de aves en actitud de vuelo y tortugas con círculos sobre el carapacho, en estilo similar al del dibujo 2.

Predomina la pintura rojo oscura. Las piedras pintadas, o grabadas, se encuentran generalmente cerca de los ríos que a veces bañan los símbolos en tiempo de creciente, lo que revela la existencia de un culto al agua, semejante al que practicaban los suramericanos.

Petroglifos y pinturas rupestres son verdaderos ideogramas, ya que usan signos o símbolos que designan conceptos.

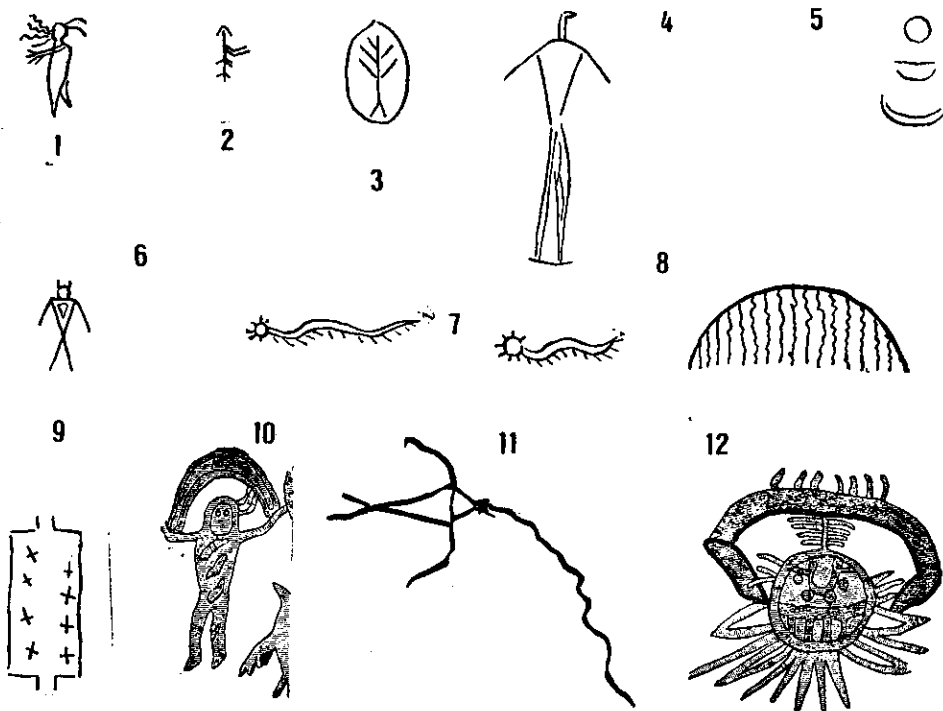
Grabados rupestres del Ohio Superior publicados por James L. Swauger muestran la figura de un signo en forma de M, como los hay en Suramérica y una serpiente enrollada con la cabeza erguida. Los petroglifos de Poberty Farm, publicados por Waldo R. Wedel, muestran un rombo, dividido por una cruz, que connota un símbolo cósmico, una escalera de ocho peldaños y esquematizaciones de figuras humanas. En otra ilustración de los mismos petroglifos se ve un enorme círculo concéntrico.

Interesante es la figura que representa un Sol radiante en la cima de un árbol, esto es, el Arbol de Vida que en la iconografía iroquesa está coronado por un ave, representación del sol y del dios de la tempestad.

Además de las figuras ilustradas precedentemente, encontramos en las citadas publicaciones grabados o pinturas rupestres que representan: rombos concéntricos (uno de ellos de tres pies de alto), zigzags, cruz en un círculo, triángulos, sigmas, espirales, cabezas humanas adornadas con dos cuernos, seres humanos cuya cabeza está formada por círculos concéntricos coronados de rayos solares. Un grupo de 7 circulitos, de los cuales uno de mayor diámetro y otro más bajo, sugiere la representación de las Pléyades, cuyo mito de origen ha sido transcrito precedentemente.

Mallery reproduce, en su citada obra, algunas pictografías que se relacionan con los cantos sagrados de los ojibwa o chipewa, un grupo

algonquino fuertemente influenciado por culturas del Sureste. Las palabras y conceptos expresados en dichos cantos sagrados se usan desde muchas generaciones sin alteración alguna y pertenecen a un lenguaje cuyas formas arcaicas cayeron en desuso. Esas pictografías están pintadas en tablas que sirven de memorandum al chaman, director de las ceremonias. Es interesante observar cómo se materializa en esas tablas conceptos abstractos, como puede apreciarse en el grabado adjunto. La figura 1, expresión de la voz o del sonido mediante líneas onduladas que salen de la boca (pág. 243). 2, la flecha mágica del hechicero (242). 3, el Arbol de Vida (240). 4, el hombre-pájaro (235). 5, luna llena y medias lunas, que gobiernan el cielo ritual de cultivo (242). 6, un



chaman con cuernos en la cabeza y cuerpo triangular como el del ave del trueno (253). 7, serpientes emplumadas (253). 8, representación de la lluvia (701). 9, dos filas de cuatro cruces que representan una reunión de seres humanos (242). 10, chaman sosteniendo en sus manos una serpiente de nubes (84), que simboliza el cielo. Hace pensar a *Yoskeha*, en función de *Teharonhiawagon*, el que sostiene el cielo. 11, el ave del trueno arrojando el rayo de su pico, evoca a *Hinon*, el dios de la tem-

pesta que mata con un rayo al monstruo de la tierra. Otra figura (83) representa a una pantera fabulosa, a la par de la serpiente cornuda, tan popular en los mitos del Sureste. 12, el «Gran Espíritu que llena todo el espacio con sus rayos de luz e ilumina al mundo con el halo que emana de su cabeza. Está representado como dios del trueno, del rayo y del relámpago. Su voz se oye en todo el ámbito del cielo» (texto de Mallery, 84). Como se ha dicho, el Gran Espíritu, el dios del Trueno y el ave, disfraz de aquél, son manifestaciones de la misma entidad divina materializada en la imagen del sol.

Todas esas figuras pueden interpretarse a la luz de creencias y ritos iroqueses.

En la obra de Selwyn Dewdney y Kenneth E. Kidd, encontramos un buen número de pinturas y grabados rupestres semejantes a los que están registrados en la citada publicación de Mallery. Predominan aves del trueno, serpientes cornudas, esquematizaciones de seres humanos, tortugas, el hombre-pájaro, círculos con un punto en el centro, aspas, canoas, venados, peces, individuos cuyas manos son sustituidas por rombos, rombos acoplados, zigzags, etc.

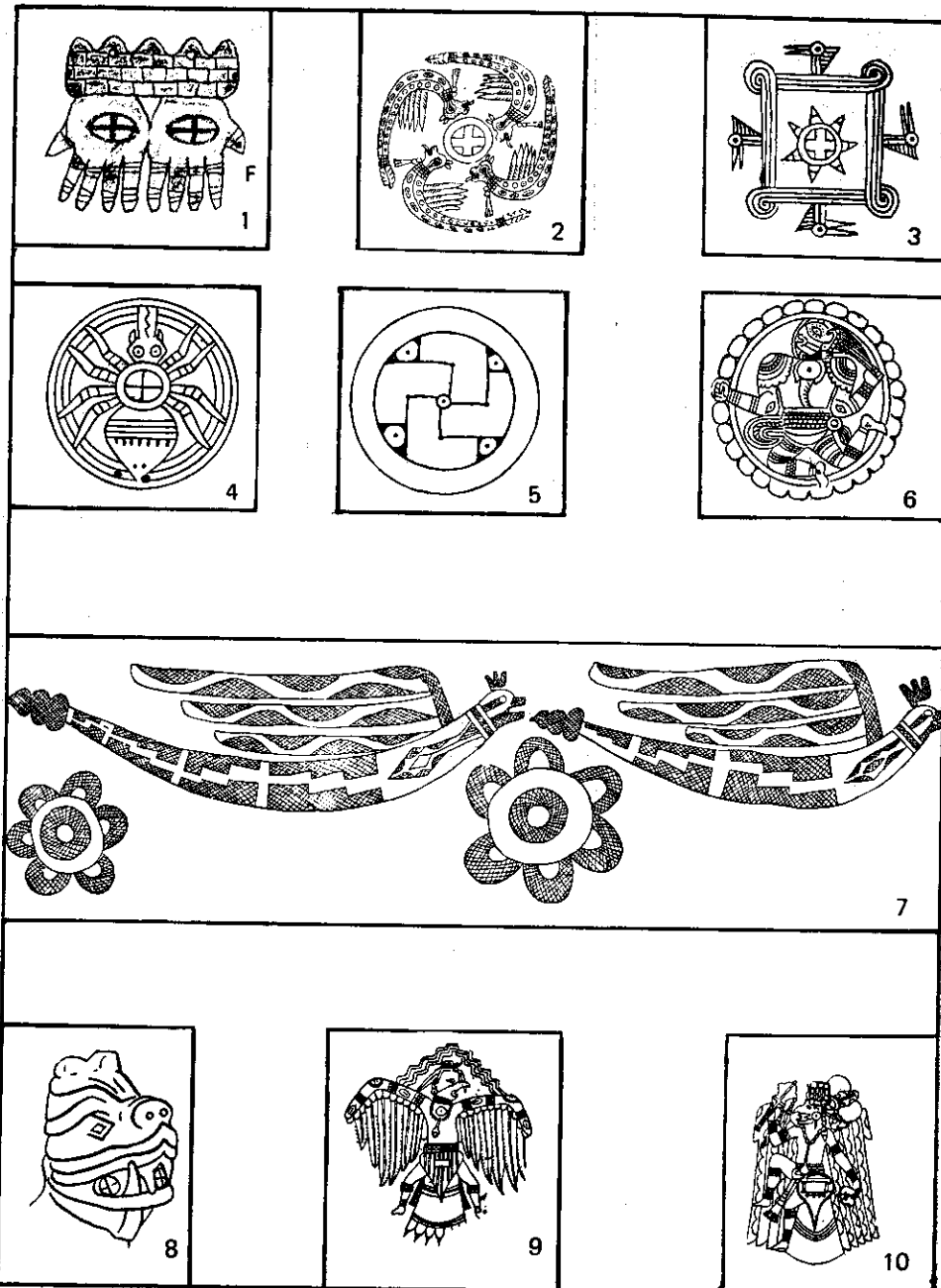
La mayoría de los motivos considerados se refieren al culto a dioses de la tempestad, destacándose figuras de ofidio y de pájaros con las alas abiertas de las que se derrama la lluvia. De gran interés es la identificación de la luna del maíz, por los símbolos que la configuran.

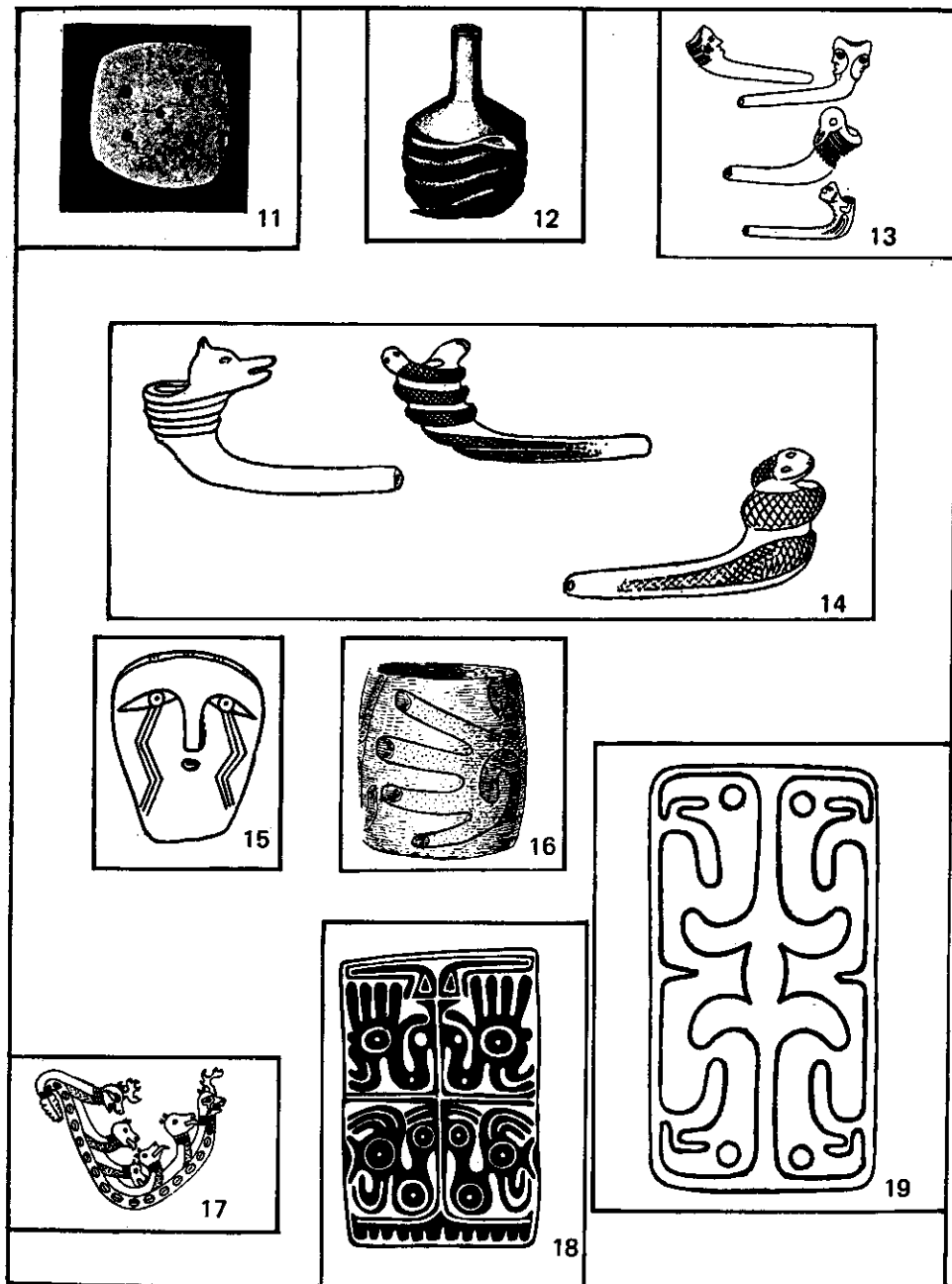
En general encontramos en el arte oriental de Norteamérica los mismos motivos grabados o pintados en rocas en la América Central y Suramérica, como podrá apreciarse en las figuras que se ilustrarán más adelante, lo cual pone de manifiesto la unidad ideológica de las culturas agrarias del continente.

Piezas arqueológicas.—Hay tal abundancia de figuras y símbolos plasmados en objetos arqueológicos que sólo podrán reproducirse algunos de los más significativos:

La figura 1 representa dos manos abiertas unidas en un solo cuerpo. Simbolizan el numeral 10, que es la unidad aritmética en todo el área. Esa unidad se cuenta precisamente con los dedos de las dos manos. Detalle importante es la cruz estampada en cada una de las manos, motivo panamericano que volveremos a encontrar en la estatuaria de Nicaragua y en el arte suramericano. La 2 representa la cruz cósmica enmarcada en cuatro serpientes emplumadas emplazadas en las cuatro direcciones del mundo. Obsérvese que el cuerpo de los ofidios encierra numerales al estilo del glifo *kin* de los mayas.

El motivo serpiente con circulitos o glifos *kin* en el cuerpo se presenta también en la iconografía maya, como puede apreciarse en pinturas del *Códice de Desden*, que se ilustrará más adelante. Tales figuras connotan las mismas concepciones. Ambas figuras son reproducidas de





la obra de Jesse D. Jennings⁶⁹. Esas cuatro serpientes presentan un interesante paralelo con los cuatro *Chih Chan* de la cosmología chorti, emplazadas en los cuatro rumbos del cosmos. Son los dispensadores de la lluvia.

El dibujo 3 muestra la cruz cósmica en el centro de un círculo del que irradian siete rayos. Cuatro aves están emplazadas en la prolongación de los brazos de la cruz. (De un pectoral de concha de Tennessee). Tenemos aquí otra representación del cosmos dividido por una cruz en cuyas extremidades están emplazadas las aves sagradas. La figura central se caracteriza por un sol de siete rayos, anagrama del dios solar en función de dios de la tempestad, común a mayas e iroqueses. La cruz formada por cuatro entidades cósmicas tiene un largo historial que parte del horizonte de cazadores de tipo selknam. El 4, reproduce otro pectoral de concha de Tennessee que representa una araña asociada a la figura del cosmos. Siete líneas verticales en el cuerpo la identifican con la deidad del centro del universo. Se ha visto que la araña desempeña un importante papel en la mitología. El 5, svástica grabada en un pectoral de Tennessee, en combinación con los cinco puntos del ideograma cósmico. El 6, pectoral de concha, de Spiro, Oklahoma, que representa a un danzante⁷⁰. El 7, serpiente emplumada pintada en cerámica del período Mississippi medio y dos figuras de seis rosetas que con la central configuran el mítico Siete. El 8, cabeza de felino esculpida en una pipa de piedra de Moundville, Alabama, según Phillips, 1940. Obsérvese la cruz en el círculo entre los colmillos. El tigre es una entidad divina mencionada en los mitos del Este de Norteamérica, omnipresente en el horizonte de las culturas Medias o Formativas, como se verá más adelante. Los dibujos 9 y 10 representan a hombres-pájaros o personajes con disfraz de águila. El primero con las alas extendidas bajo un arco formado por zigzags, símbolos del rayo. Obsérvese los ricos adornos que lucen, entre ellos, el símbolo líneas cruzadas que representa las sembreras. Objetivan, de manera muy clara, el dios o ave de la tempestad en plena acción, lanzando rayos y derramando la lluvia sobre las sembreras (reproducidas de la obra de Gordon R. Willey, *An Introduction to American Archaeology*, vol 1, Prentice-Hall, 1966, pág. 302). El 11 representa esquemáticamente el ideograma cósmico de cuatro puntos unidos por un centro, omnipresente en la iconografía americana.

Los animales sagrados que se representan con mayor frecuencia son: el ave del trueno o del sol, águila, zopilote, serpiente, serpiente emplumada, serpiente cornuda; el felino, híbrido, como el hombre-pájaro,

⁶⁹ Jesse D. Jennings, *Prehistory of North America*, New York, 1968, pág. 230.

⁷⁰ Miguel Covarrubias, *El Águila, el Jaguar y la Serpiente*, Universidad Nacional Autónoma, México, 1961. De esta obra se han reproducido los figuras 17, 18, 19 y 20.

⁷¹ De la obra de William H. Holmes, *Ancient Pottery of the Mississippi Valley*, Bureau of Ethnology, n.º 4.

el hombre-serpiente, el ave serpiente, la serpiente felino. Otros animales: la tortuga, el lagarto, la rana de la lluvia, la araña, el lobo, el oso, el ciervo, peces, la mayor parte conectados con los ritos de la fertilidad.

Con frecuencia se utiliza la serpiente como motivo decorativo de profundo sentido simbólico. Véase, por ejemplo, el vaso de Missouri, figura número 12, rodeado por una serpiente enroscada. El ofidio cumple su función de «guardador de agua», según el concepto que los iroqueses, como los mayas, tienen sobre el particular. Las decoraciones de la cerámica se relacionan siempre con su función. Son bien conocidas, por ejemplo, las vasijas funerarias de Arkansas, adornadas con tibias cruzadas y figuras esqueléticas. Sirven indudablemente para ofrenda de alimentos a los muertos. La representación de un recipiente de agua asociado a la serpiente es general en las culturas Medias o Formativas. Los dibujos 13 y 14 representan pipas escultóricas, tres con cabezas humanas de las que una es bifronte, y las otras adornadas con figuras de serpientes enrolladas. Resalta la figura del ave-serpiente, o serpiente con cabeza de buitre⁷². Esos animales y las concepciones que representan son panamericanos. Asimismo el dios bifronte, el motivo ave-serpiente, el buitre y el recipiente arrollado por una serpiente son motivos panamericanos, que el lector encontrará con frecuencia en las culturas Medias, como en la mava.

La figura 15 representa un rostro humano, grabado en una concha de Virginia. Resalta el motivo lagrimón que brota de los ojos e identifica a una deidad pluvifera. Ese motivo es panamericano.

Entre las figuras geométricas no ilustradas precedentemente deben mencionarse todavía: el signo en forma de T (tau griega); la lemniscata o signo en forma de 8; triángulos concéntricos; sigmas, filas de sigmas; cruz doble, es decir, una cruz dentro de otra mayor, varios círculos concéntricos divididos por una cruz; sol de siete rayos triangulares asociado al ideograma cósmico de cuatro puntos; figuras helicoidales; aspa o cruz decusata; círculos rodeados de picos o signos, rayos solares, svástica, onda, espiral, doble curva, líneas verticales que representan la lluvia, cruz equilateral; yugo; signo biyugal formado por cuatro espiras unidas por un centro (los iroqueses dibujan todavía este símbolo cósmico ilustrado precedentemente); bichos; filas de rombos; damero; figuras escalonadas; greca; signo ovalado que termina en dos y más puntas y suele estar asociado al ojo de algunas deidades. Encontré el mismo signo en la iconografía peruana (museo de Lima). Ideograma cósmico de cinco puntos perforados en una concha, motivo omnipresente en las culturas agrarias.

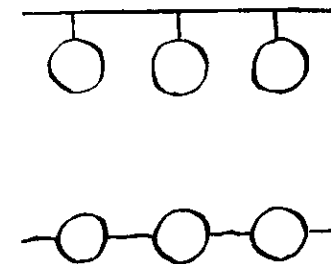
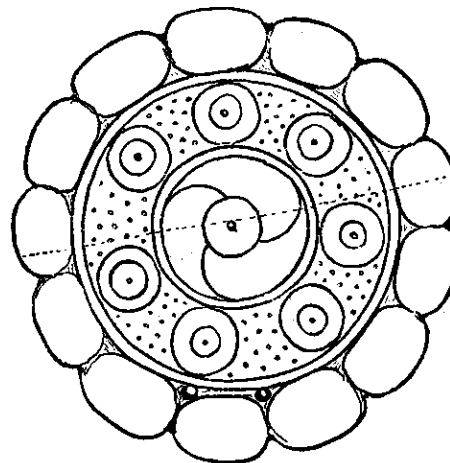
Entre otras figuras de interés para fines comparativos pueden mencionarse las siguientes: Cabezas cadavéricas que tienen un círculo concén-

⁷² Marqués de Nadaillac, *L'Amérique Préhistorique*, París, 1883, pág. 165. y H. Beuhcat, *Manual de Arqueología Americana*, Madrid, 1918, pág. 169.

trico en lugar del ojo (asociación de los muertos con su patrono, el sol). La mano, recortada en concha; mano con sólo cuatro dedos (figura 16), característica de las culturas Medias; figuras geométricas asociadas a numerales sagrados; serpientes de seis cabezas, que recuerdan el arte de Nazca (figura 17, copiada de Waring and Holder); cabezas trofeos, etcétera.

En la cultura adena se encuentran tabletas de piedra con dibujos incisos de admirable simetría. Representan principalmente motivos de pájaros configurativos del ideograma cósmico, como puede apreciarse, en las figuras 18 y 19.

William H. Holmes llama la atención sobre ciertas figuras geométricas del Sureste, compuestas de círculos y puntos dispuestos en tres zonas y que sugieren, en su concepto, cifras calendáricas. Establece comparaciones entre esos discos y símbolos calendáricos mexicanos y de otros pueblos del Sur, encontrando semejanzas, aunque no identidad absoluta entre ellos. Resalta el hecho de que esa peculiar división en tres zonas ocurre solamente en el calendario de los muyscas de Colombia⁷³. Se reproduce, a continuación, uno de esos discos, rodeado de 13 círculos, cifra sagrada que es, a la vez, un guarismo calendárico y el número de los integrantes del consejo del jefe de Ohsweken, en la reserva de Grand River.



Exposición gráfica de la sección del tiempo

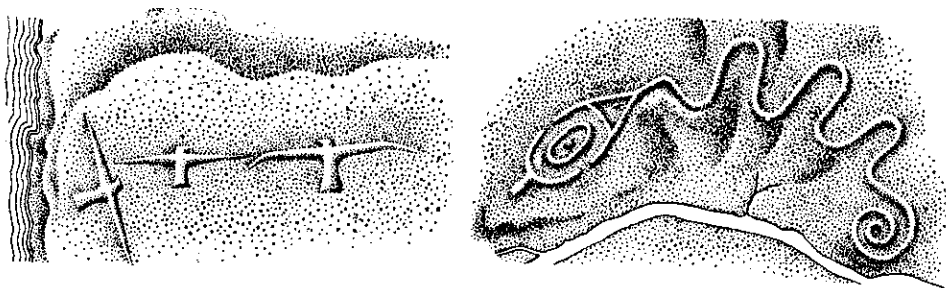
Refuerza la hipótesis de Holmes la investigación de William H. Curbusier acerca del sistema dakota de usar un círculo para expresar la unidad aritmética. Figuran un círculo pequeño para representar el año

⁷³ William H. Holmes, *Art in shell on the Ancient Americans*, Bureau of Ethnology, Washington, 1883, pág. 279 y lámina LVI.

y uno de mayores dimensiones para expresar un período de tiempo mayor como la vida de un hombre. La continuación del tiempo se expresa por una serie de círculos colgando de una línea horizontal o unidos por pequeñas líneas, como puede apreciarse en las ilustraciones de la derecha (pág. anterior)⁷⁴.

En el fondo, ese sistema no difiere del de la cuerda de nudo, aún en uso entre los iroqueses. El nudo, en este caso, es sustituido por un círculo. El círculo, con punto o sin él en el centro, es también el símbolo usado por los mayas para expresar la unidad matemática.

Figuras cimeras de la mitología del Sureste, como el ave y la serpiente, se repiten con insistencia desde la época arqueológica hasta el presente, incluso en gigantescas construcciones de tierra, como los mound-efigie de Wisconsin y de Ohio, que se ilustran a continuación.



El primero representa tres aves en actitud de vuelo, el otro una gigantesca serpiente de 430 metros de largo (figuras tomadas de la citada obra de Covarrubias —figura 81—).

Tres aves que sin duda representan los tres poderes del dios de la tempestad (trueno, rayo, relámpago) adornaban el frontispicio del templo natchez, ilustrado en el grabado que representa el entierro del jefe guerrero Serpiente Tatuada.

Proyección de la imagen cósmica en construcciones.—Ya se ha visto que las culturas del Sureste, y las que están influenciadas por ellas, reproducen el ideograma cósmico en una u otra forma, como una obsesión, en objetos de madera, de metal, de concha, de piedra y aún en figuras de seres humanos o de animales. La mayor parte de las orejeras están decoradas con el ideograma cósmico en sus variadas expresiones, como puede apreciarse, por ejemplo, en las rodajas de Hopewell ilustradas en la citada obra de Alcina Franch, pág. 215, que representa

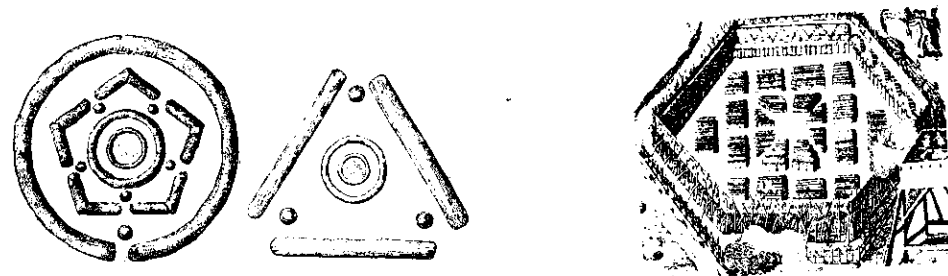
⁷⁴ Cita en F. Mallery, *Pictographs of the North American Indians*, 1886, obra citada, págs. 88 y 89.

el ideograma cósmico por una cruz en medio de cuatro puntos y uno central que coincide con el centro de la cruz. Orejeras decoradas con el ideograma cósmico son frecuentes en el arte maya y en las culturas Medias o Formativas. Porque la imagen cósmica es el patrón universal que se aplica a los seres y las cosas, considerados como microcosmos dentro del macrocosmos.

De ahí que el poblado, la sementera o la Casa Larga sigan el mismo modelo. Este no ha variado desde la época arqueológica hasta el presente.

En Pik Country, por ejemplo, la planificación de los montículos de tierra siguen la traza de un cuadro perfecto, rodeado de un círculo. En Portsmouth cuatro construcciones en forma de círculos concéntricos, cortados por una larga avenida, orientada de Este a Oeste, constituyen el grupo central de la población, esto es, el centro ceremonial. En otras edificaciones de tierra, los círculos concéntricos se encuentran precisamente en el centro del complejo monumental. Un grupo de montículos de Wisconsin está rodeado de un círculo de 1.200 pies de diámetro. En el centro, un recinto circular formado por dos anillos en medio de cinco puntos y rodeado de una figura pentagonal, como puede apreciarse en la figura de la izquierda. Es admirable la simetría de esos monumentos de tierra.

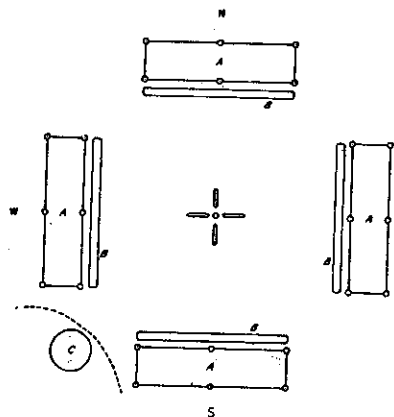
El recinto pentagonal de Wisconsin puede compararse al cercado hexagonal de una aldea iroquesa rodeada de empalizada, según el grabado de Champlain que se reproduce a la derecha. Tales paralelos resaltan la continuación de la misma tradición arquitectónica hasta la época colonial.



Otro grupo de montículos, cerca del río Root, a unas 20 millas de su desembocadura en el Mississippi, está formado por dos círculos concéntricos, rodeados de una construcción de forma triangular y de tres puntos, como puede apreciarse en la figura del centro⁷⁵.

⁷⁵ Marqués de Nadaillac, *L'Amérique Préhistorique*, op. cit., págs. 88, 89, 112 y 113.

Tales figuras geométricas se reproducen, con frecuencia en el arte indígena. Según mis citados informantes iroqueses, la plaza representa al plano cósmico, y su centro, el centro del universo. Esta concepción se objetiva magistralmente en la figura siguiente, que representa la plaza de un pueblo creek. En el centro se ve la imagen de una cruz, perfectamente equilátera. En los cuatro puntos cardinales están emplazados los edificios principales ⁷⁶.



La arquitectura circular de las construcciones del Mississipi, ilustradas en las figuras de la página anterior en especial las de la izquierda y centro es comparable a las formas de las casas en algunos poblados del Sureste. El antecedente mítico de esa planificación está registrado en el mito iroqués de la primera mujer que danza en círculo alrededor de la tierra, configurando su imagen, que es una réplica de la celeste.

Para terminar con el arte de dichas culturas hay que destacar, todavía, la

habilidad manual de los artistas del Sureste en la talla de la madera y de piedra.

Unos centenares de notables objetos de madera, como máscaras, estatuas, tabletas pintadas, cajas, taburetes, lanzadardos, azuelas, mazas, canoas, esculturas de animales, de felinos, venados, lobos, pájaros y caimanes se encontraron en los restos arqueológicos que dejaron tallados con delicadeza y sensible realismo.

Véase, por ejemplo, la estatua de madera de Florida ilustrada en la página siguiente, que representa un puma o un lobo humanizado (reproducción de Covarrubias).

Esa tradición artística se mantiene viva actualmente entre los indios iroqueses.

Grandes escultores, los artistas del Sureste destacaron tanto en la plástica de madera como en la piedra. En un período tan antiguo como el de Adena, ya elaboraban pipas de piedra con la figura humana entera, que Covarrubias considera como una de las obras maestras del arte americano (véase la gráfica pertinente). Tallaron grandes figuras huma-

⁷⁶ J. N. B. Hewitt, «Notes on the Creek Indians», *Bureau of American Ethnology*, *Bulletin* 123, Washington, 1939, pág. 130.



Estatua de madera de la Florida (tomado de Covarrubias)

nas de piedra caliza y magníficos cuencos en forma de pájaro de gracioso y armonioso dibujo, hecho en diorita pulimentada, como el que se encontró en Moudville, Alabama (Covarrubias, pág. 274).

En la sección de arqueología se ampliarán los informes acerca de la escultura del Sureste.

Cultura material y otros rasgos culturales.— Los iroqueses hacían y hacen aún bandas frontales para transportar bultos, bolsones, sandalias y cinturones, primorosamente adornados con símbolos tradicionales; morrales entretejidos con plumas de pavo, de cisne o de pato, que representan, según Krickeberg, un elemento cultural meridional. Tocados de plumas y canastas; esteras de tallos de junco o de liber; abanicos para soplar el fuego.

Ignoraban el tejido de algodón porque el algodón fue desconocido en todo el área del Sureste. Domesticado en el área maya, el algodón (*Gossypium hirsutum*) se extendió en México y, de allí, al área de los indios pueblo, pero no llegó al sureste de Norteamérica donde se desconocía durante la época prehispánica. Pero elaboraron finísimos tejidos de fibra de musgo, de pelos de animales, artísticamente decorados con diseños policromos. El telar del Sureste era un bastidor sencillo, vertical como

el de tipo arawak. Destacan en la escultura en madera: aparte de las pipas y máscaras, hacen asientos o banquillos, bastones de mando, raquetas, morteros, escudillas, platos, tazas, cubetas y otros utensilios de cocina tallados en madera y recipientes de calabaza; canoas y escaleras por entalladura en un palo. Tallan figuras de animales en las que revelan su talento artístico, sin asistir a ninguna escuela. Vi en Cuaughnawaga unas admirables esculturas de alce y de animales, que revelan un profundo conocimiento de las formas realistas. Hacen también tambores de madera, forrados con pieles, flautas o sonajas. Son hábiles curtidores de pieles y usan todavía vestidos de ese material, como puede apreciarse en las ilustraciones precedentes. Fabrican diversos utensilios para la caza, la pesca y el transporte, antiguamente hacían cerbatanas y tomawaks.

Considero de interés etnológico el conocimiento de la cultura material de los iroqueses, no sólo por ser fundamentalmente la misma que carac-

teriza a los pueblos del Sureste, como lo hace notar, H. Tchoppik, sino también por sus vinculaciones con la cultura arqueológica Woodland. «Las pipas modernas de los iroqueses, con su forma de trompeta, de animales o de seres humanos en el depósito de tabaco, continúa sin el menor cambio la tradición de las pipas de esa región arqueológica» (Krickeberg, *op. cit.*, pág. 117). Su cerámica se relaciona con la de Hopewell.

La artesanía en concha, en hueso y en madera, así como las figuras decorativas son las expresiones de un arte tradicional que se remonta al pasado arqueológico. Los iroqueses hacían, además, escudillas de madera similares a las de los natchez y las usaban, como ellos, en banquetes ceremoniales (*Manuel...*, *op. cit.*, pág. 473).

Conservan el juego de pelota, llamado *lacrosse*, que es propio de ellos, según el mito de origen transcrito precedentemente.

Usaban collares, brazaletes, tobilleras, cintura de sonajas arriba de la rodilla y orejeras que consideraban como un honor. Hoy día lucen principalmente collares, bandas frontales y cinturones decorados con los viejos símbolos de la raza. Muy popular es el collar entre las mujeres que siguen el ejemplo establecido por *Ataentsic*, su casa «está tapizada de collares de porcelana».

Todos los adornos que lucen están decorados con los símbolos antiguos y los tradicionales colores sagrados: rojo, blanco, negro, amarillo, azul o verde, que son los mismos en todo el área del Sureste. Radin explica el simbolismo de esos colores entre los natchez y manifiesta, además, que en sus ritos curativos los cherokee tienen una invocación a los cuatro rumbos del mundo donde están: el perro rojo, que descansa en el país del sol; el perro azul, que descansa en el país del frío; el perro negro, que descansa en el país de la sombra, y el perro blanco, que descansa en *Wahala* (*op. cit.*, pág. 174).

El *wampum* se ha mantenido hasta la fecha entre los iroqueses que le usan una vez al año en sus ceremonias religiosas. Consiste en una cintura de conchitas cilíndricas de aproximadamente seis milímetros de longitud, perforadas a mano con un punzón de hueso, ensambladas en hilos y cuyos colores combinan diseños tradicionales, como el rombo, el meandro, la cruz, triángulos, signos en forma de T, etc. La importancia del *wampum* resalta en sus múltiples aplicaciones. Sirve al jefe a guisa de memorándum para los asuntos del consejo y las relaciones con otras tribus. Es, además, un símbolo de la palabra empeñada, de promesa, de contrato y convenio, incluso matrimonial, de sinceridad y de garantía.

Durante el rito de la confesión se toca el *wampum* en señal de veracidad de lo que se dice. El brazaletes con que la novia obsequia al novio como compromiso matrimonial es un *wampum* en miniatura.

El simbolismo del *wampum* no sólo se expresa en sus diseños geométricos, sino también en los colores que enriquecen el sentido de ex-

presión. «El color blanco es considerado favorable y su empleo en los ritos y ceremonias indican paz, salud, bienestar, prosperidad. En cambio el color negro es de mal augurio y su uso indica hostilidad, tristeza, muerte, condolencia y luto. Así era posible expresar mediante la combinación de colores un gran número de ideas sin peligro de confusión» (*Manuel...*, *op. cit.*, págs. 622-623).

En los tratos bilaterales, cada parte recibía copia del mismo documento mnemotécnico.

Los *wampum* de condolencia consisten usualmente de cuatro hilos o sartas de conchas que rematan en un nudo. En esa forma se asemejan al quipu peruano.

Hay continuidad histórica entre las figuras geométricas de la iconografía arqueológica y los diseños tradicionales del arte iroqués contemporáneo, lo cual no es sorprendente, dada la vigencia de los mitos que son los modelos del arte. He visto una figura formada por dos curvas dobles con los ganchos hacia fuera, unidas por un dibujo central que tiene una cruz en medio. Este signo, ilustrado precedentemente, que en concepto de los maya-quichés representa el plano cósmico, tiene el mismo sentido para los iroqueses.

Cuando pregunté a la esposa de Poking Fire cuál era la significación de este símbolo, me contesta sin vacilación: «Es la tierra, esa tierra que debe recorrer todo iroqués antes de morir, como la recorrió nuestra primera Madre». Estas figuras están realizadas con los colores sagrados: rojo, blanco, verde o azul y amarillo.

La doble curva simboliza al Arbol de Vida y la voluta, según A. C. Parker, es una representación de fenómenos celestes, geográficos y míticos, es usada en símbolos del cielo, del Arbol de Vida, del sol, y representa, además, los cuernos del jefe (cita en Gouldsmith, *op. cit.*, pág. 60).



Otra imagen de la cosmografía iroquesa representa al mundo en forma diferente. Consiste en una cruz en el centro de un cuadrante, que Howard Deer luce en su pecho y se reproduce a continuación. Mi citado informante manifiesta que esta figura representa el mundo iroqués. Los cinco triángulos representan las montañas que fueron movidas *in illo tempore* por un gigante, y las líneas verticales en la parte inferior del cuadro simbolizan las lluvias. Ante las dudas acerca de sus explicaciones, me repite que «es la lluvia que cae sobre la tierra».

Esas figuras geométricas y otras muchas que adornan objetos iroqueses pertenecen a su propia tradición que se remonta a la época arqueológica. De esta manera puede comprenderse el arte antiguo por

inducción etnológica, en vez de deducirlo de mudas reliquias arqueológicas. Figuras geométricas de la iconografía antigua del Sureste, enumeradas precedentemente existen en su mayor parte en el arte maya-quiché, con el mismo significado. Es interesante poner en relación las líneas verticales que los iroqueses dibujan todavía, atribuyéndoles el valor de lluvia, con las barbillas de la chaqueta que usan los quichés también representando la lluvia.

En el fondo, esa multiplicidad de símbolos gravita en torno a las mismas concepciones cosmogónicas fundamentales, tanto entre los iroqueses, como entre los mayas.

Un detalle, nimio en apariencia, pero significativo, consiste en el arreglo del cabello de las mujeres en la cultura Hopewell, como puede apreciarse en las ilustraciones siguientes tomadas de James B. Griffin. La figura 1 muestra el cabello de una mujer que amamanta a un hijo; la figura 2, representa el trenzado de una mujer que tiene un hijo, pero no le amamanta⁷⁷. En ambos casos el arreglo del cabello representa a una serpiente cascabel. El diseño de la piel del crótalo forma una serie de rombos enlazados.

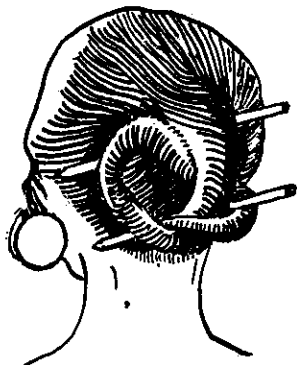
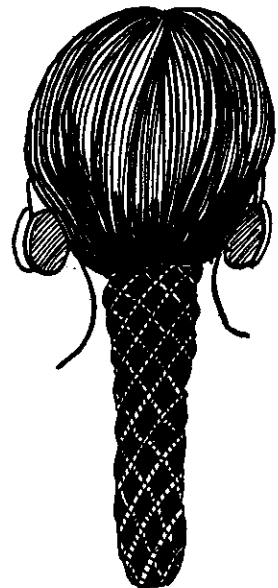
Al tratar del arte de los boras e huitotos se ha visto que, en concepto de ellos, filas de rombos enlazados representan a la serpiente hembra que se relaciona con la mujer, y así usan esos símbolos en sus danzas tradicionales. Si miramos hacia el área maya, veremos que las mujeres de alta alcurnia quekchis usan en eventos ceremoniales largas trenzas que representan a una serpiente. El cabello está trenzado con cintas de colores que se prolongan casi hasta el suelo. A esas trenzas las llaman «tupui» o «serpiente coral»⁷⁸. Simboliza a la

serpiente telúrica, vinculada como la mujer a la tierra.

Acerca del tocado ofidiforme de las sacerdotisas chortis, ilustrado en

⁷⁷ James B. Griffin, *Archaeology of Eastern United States*. The University of Chicago Press, 1952, figura 93.

⁷⁸ Lilly de Jongh Osborne, *Tupui or Coral Serpent*, Maya Research New Orleans, 1935, vol. II, n.º 2, págs. 179-183 (con ilustración).



la gráfica 154 de mi libro *Los Mayas*, ya se ha tratado en otra parte de este trabajo. Esa misma tradición está objetivada en códices mayas que representan deidades femeninas con tocados de serpientes (ver ilustraciones pertinentes).

Los ejemplos citados —que podrían ampliarse— muestran la considerable difusión geográfica de una costumbre y una concepción que ponen de manifiesto la unidad del pensamiento indígena formado en los mismos moldes míticos.

Resumen de Etnografía Comparada

Conviene resumir brevemente los rasgos más característicos de las culturas del oriente de Norteamérica para fines comparativos y para identificar a qué horizonte corresponden.

1. Complejo guerrero-sacrificio de presioneros-extracción del corazón-cabeza trofeo o escalpe. Ausencia de antropofagia institucionalizada.

Este complejo es típico de las culturas Medias⁷⁹ o Formativas, como se verá en el curso de la presente publicación. Se ilustra aquí la figura de un guerrero iroqués, reproducción de W. Krickeberg. Su coraza de varitas está adornada con el ideograma cósmico, representado por el signo bandas cruzadas, que apunta hacia las cuatro direcciones del mundo y cuatro triángulos en los extremos de la cruz cósmica. Campea sobre el yelmo la figura de un sol radiante, en el centro de un haz de plumas.

El dios solar es el patrono de los jefes y de los guerreros; éstos lucen en el remate del tocado las insignias solares o cósmicas, como podrá apreciarse en el curso de esta publicación. Esas representaciones son de tal manera imperativas que aun en cabezas desprovistas de tocado figuran esos símbolos, como se verá más adelante.

Son típicos de las tribus más antiguas del Sureste los sacrificios humanos con motivo de la conmemoración fúnebre; en la misma ocasión, las tribus más recientes organizan corre-



rías para llevarse escalpes (W. Krickeberg, *op. cit.*, pág. 130).

⁷⁹ Por «Cultura Media» entiendo a las que superaron el nivel de la cultura de los plantadores primitivos pero no alcanzaron el de las altas culturas. También las clasifico como Formativas.

El escalpe también se practicaba entre los selvícolas suramericanos. Los caribes y shapras tienen un mito de origen de esa costumbre guerrera.



El dibujo adjunto es la representación de un guerrero de La Florida, que ostenta sobre el yelmo la figura de un águila que sustituye la imagen del sol del guerrero iroqués, con la misma significación ya que el águila es un mensajero o *alter ego* del sol. Los quichés representan también la figura de un águila en sus tocados, como se verá más adelante.

2. En las culturas del Sureste los jefes tenían autoridad y eran muy respetados. Algunos eran llevados en litera. Aparte es el jefe de guerra. Dualismo del gobierno: civil y religioso, como en todas las culturas Medias. El Gobierno civil a cargo del jefe y del consejo tribal; el religioso bajo el liderazgo de un sacerdote y sus auxiliares.

3. Organización social sobre la base de clanes matrilineales. Importancia social y económica de la mujer; ella cultiva la tierra. Las culturas de tipo femenino son características del horizonte Formativo. Las mujeres se casan en temprana edad, entre los iroqueses, a los quince años, en contraste con el *status* de las culturas de plantadores

en que las mujeres se casaban tardíamente. Poligamia de los Señores. Aumento demográfico. Castigos por delitos sexuales. Práctica de la sodomía.

4. Diversas formas de entierro secundario. Entierro en urnas. Entierro colectivo de personajes de rango. Entierro en criptas tapadas con losas de piedra. Enterramiento en casa (Alcina F.) Fosas techadas con vigas de madera. Desecamiento del cadáver. Momificación. Cabaña y fogata sobre la sepultura. Ritual funerario muy elaborado.

5. Adornos. Collares de dientes de animales. Pectoral en forma de media luna usado por los jefes como los tupinambas. Anillo en la nariz (Swanton). Valor mágico de las plumas asimiladas a los rayos solares y usadas en tocados y ritos del culto agrario. Diferencias tribales indicadas en la diferencia de los dibujos corporales. Ennegrecimiento de los dientes de las mujeres. En la época arqueológica se aserraban los

dientes. Tatuaje y pinturas de guerra. Deformación intencional del cráneo, rasgo típico de las culturas Medias. Coronas de plumas.

6. Artesanía, armas, escrituras. Harry Tschopik hace notar que las artes y artesanías del sureste de Norteamérica son muy semejantes a las de la América tropical. Telar de tipo arawak. Tejidos de fibra entrelazados con plumas. En las culturas maya, payas y andinas, tejidos de algodón entrelazados con plumas. Elaboración de bragueros; tobilleras, rasgos de culturas Medias; banquillos en forma de animal; hamaca; canoa de madera (la canoa más antigua de América se halló en las costas de Florida y data de 1090 años antes de la era cristiana, R. Bullen); piedra de moler; mortero de madera; uso de piedras semipreciosas; pipas semejantes a las de Centro y Suramérica. Los guaimis de Costa Rica elaboran pipas escultóricas de piedra, en forma de cabeza humana o de trompeta, como los iroqueses. Pipas de piedra decoradas con cabeza humana se fabricaban también por los araucanos. Pipas de barro con cabeza humana también se encuentran en Venezuela, entre los caduveo y en otras regiones suramericanas.

Al tratar de la cultura tupí-guaraní se ha ilustrado el proceso formativo de la pipa que evoluciona del cigarro a la pipa tubular. Esa misma cultura alcanzó a modelar pipas con reborde basal, como la que se encontró en Pirassununga que, al parecer, es la primera pipa de este tipo encontrada en América⁸⁰. Escritura pictográfica. Los natchez usaban jeroglíficos para nombres y otros conceptos. Los creek y los delawares relatan sobre tablas de madera o sobre pieles toda la historia de su tribu desde los tiempos primitivos (Krickeberg).

Elaboración de sal con cenizas, técnica corriente en la América Central. Máscaras de madera. Maza de guerra. Cerbatana con dardillos. Rodela o escudo. Cuerda para amarrar prisioneros. Taladro para encender fuego...

Instrumentos musicales.—Sonaja, flauta de pan en la cultura Hopewell, ilustrada por Alcina Franch (*op. cit.*, pág. 216). Flauta, tambor, flauta de hueso, concha de tortuga. El sonido de los instrumentos musicales es la voz divina. El tambor que consiste en una vasija conteniendo un poco de agua y cubierta por una piel de venado es similar al que usaban los mayas y se ha ilustrado precedentemente como instrumento del dios del trueno (pág. 34 del *Códice de Dresden*). Palo de ritmo. Sonaja de lagenaria, como en la América Central y en la región andina. Sonaja de concha de tortuga. Sonaja de calabaza usada exclusivamente en los ritos del culto agrario. Ese tipo de sonaja tiene su mito de origen en el *Popol-Vuh*.

⁸⁰ Manuel Pereira de Godói, «Cachimbos tupiguaranis de Pirassununga», en *Selected Papers of the XXIX Cong. of Americanists*, Sol Tax, Chicago, 1952, página 322.